



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

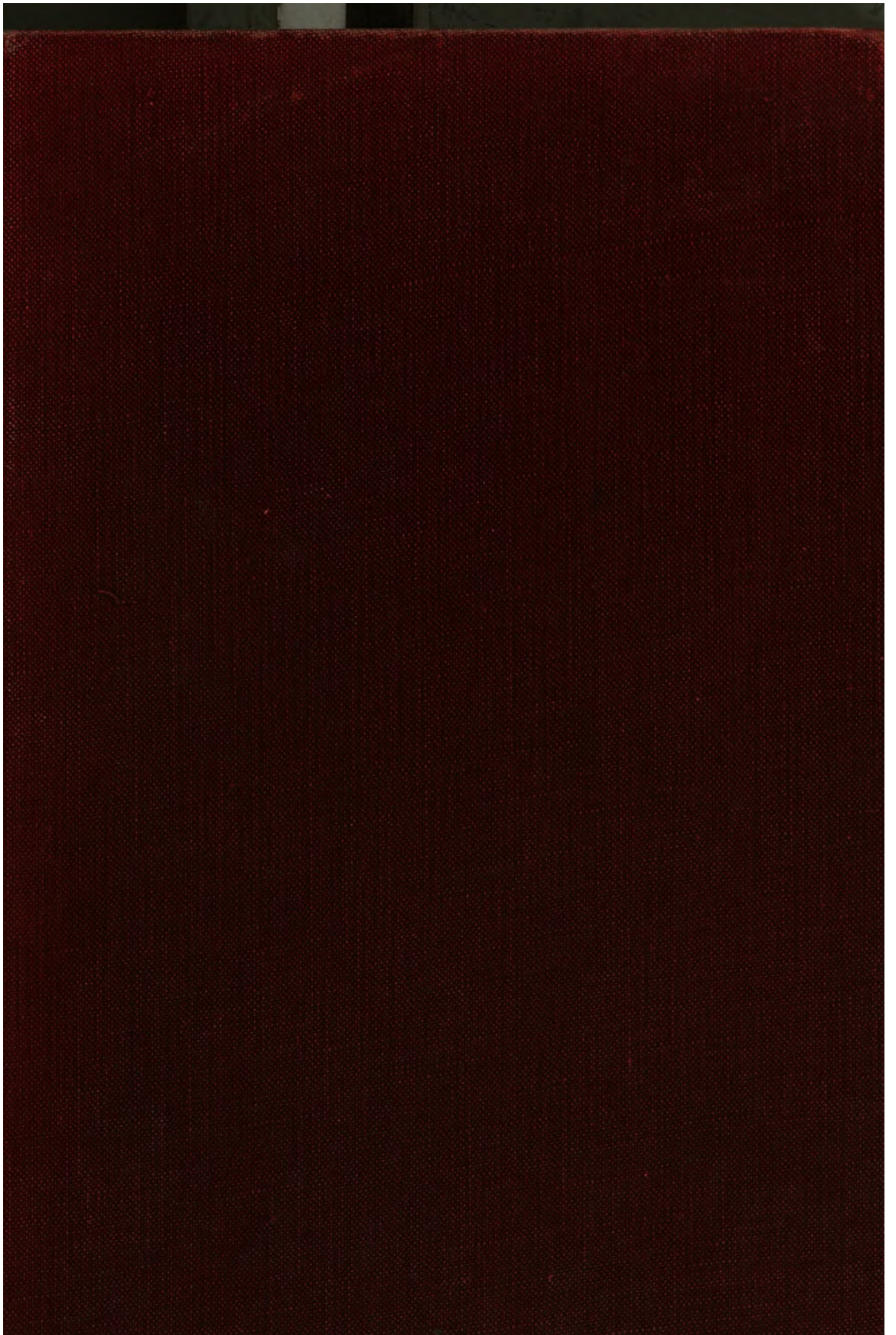
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



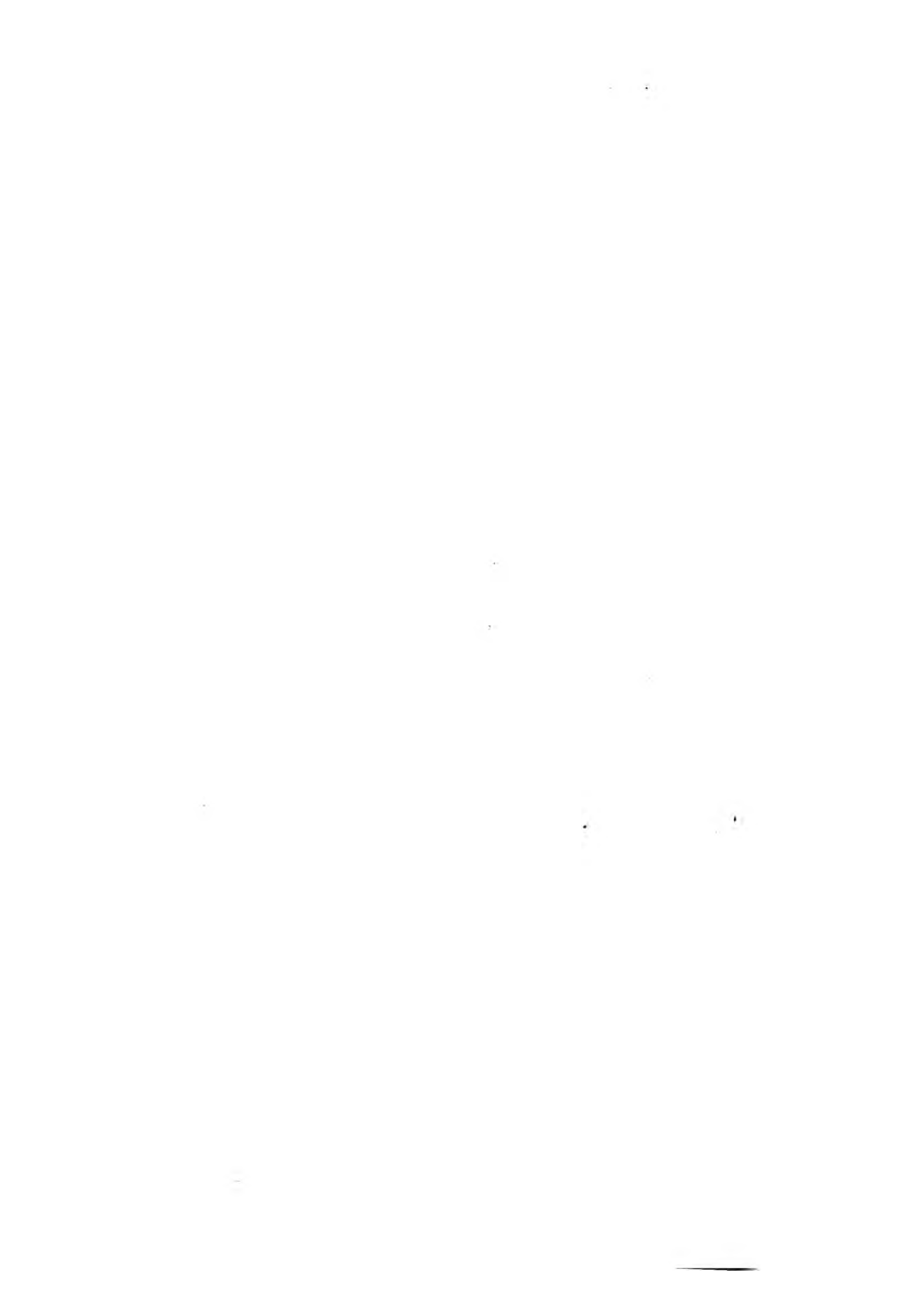
This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

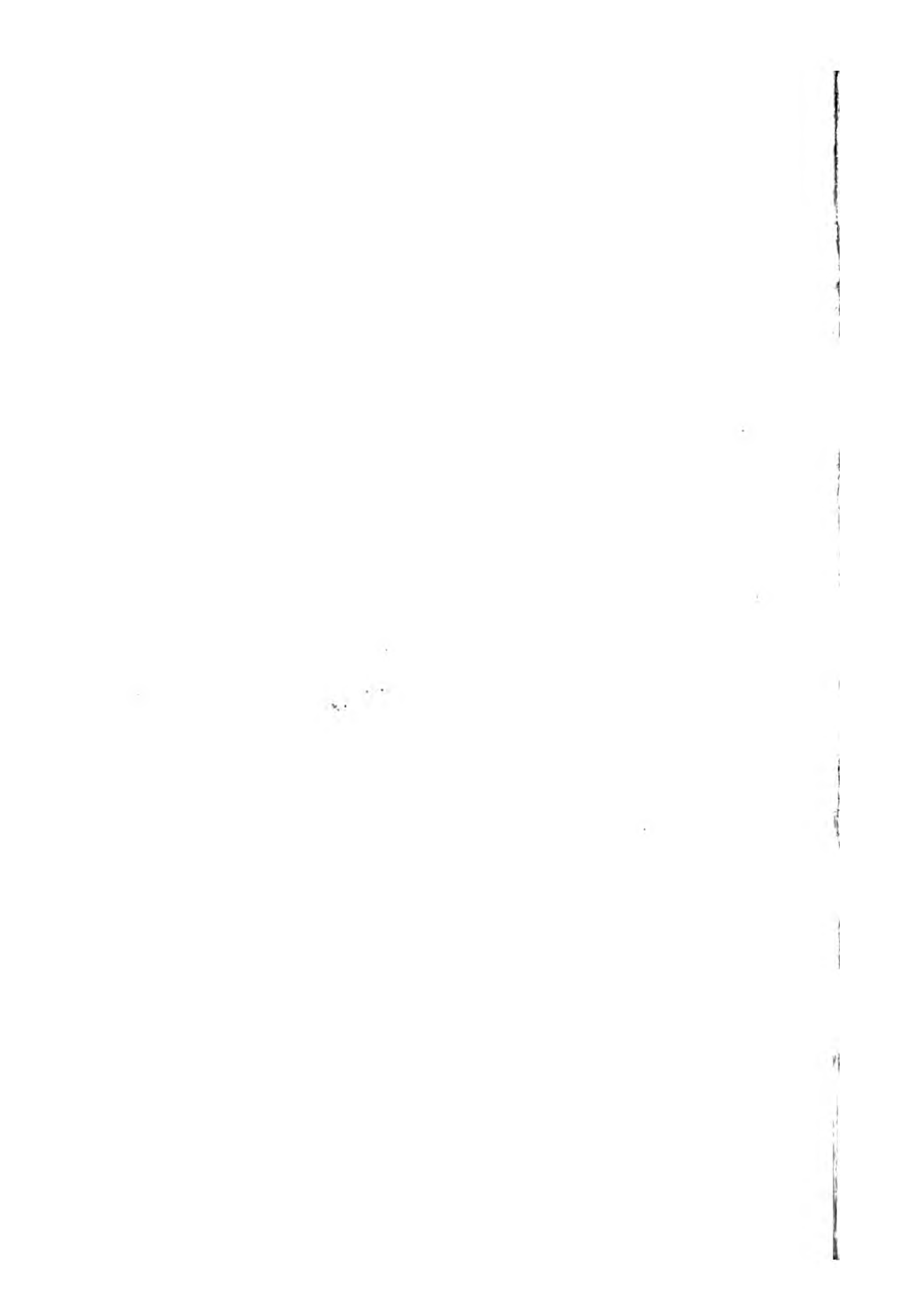


~~317 c h~~



ASL 2771 A. 4





FRAY LUIS DE LEÓN

EL GRAN POETA DEL SIGLO
DE ORO ESPAÑOL
FRAY LUIS DE LEÓN

POR

A. LUGAN



INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS
EN LOS ESTADOS UNIDOS

NEW YORK

1924

ES PROPIEDAD
Derechos reservados
para todos los países

Copyright, 1924
by the Instituto de las Españas



FE DE ERRATAS

- Pág. 23, línea 1. Léase « Méjico » no México.
- » 34, línea 11. Léase « fuera » no afuera.
- » 43, línea 19. Léase « producirán » no brotarán.
- » 49, línea 19. Léase « es decir » no decir.
- » 50, línea 15 Léase « imitaciones » no traducciones.
- » 53, línea 7. Léase « Portocarrero » no Portocarreño.
- » 60, línea penúltima. Léase « Con la Cava » no Con Cavia.
- » 63, línea 2. Léase « hallar » no hallarse.
- » 79, línea 9. Léase « encomiásticas » no alabatorias.
- » 99, línea 24. Léase « siquiera lo cumpliera » no siquiera lo cumpliera.
- » 110, línea última. Léase « codiciado » no cudiciado.
- » 111, línea 1. Léase « Noche » no Eoche.
- » 112, línea 21. Léase « cercado Serena » no cercado. Serena.
- » 114, línea 25. Léase « y escondido » no y ascondido.
- » 115, línea 35. Léase « Envían » no Invian.
- » 119, línea 24. Léase « de color » no colorada.
- » 119, línea 27. Léase « Coster », no Corter.
- » 119, línea 37. Léase « Conversa », no se entretiene.
- » 120, línea 2. Léase « tristes », no triste.
- » 120, línea 20. Léase « cuan », no cual.
- » 120, línea 23. Léase « la que », no que.
- » 121, líneas 9 y 10. Léase « injusto forzador ; que ya el sonido oyó ya, » no : oyo ya forzador ; que ya el sonido injusto.
- » 121, línea 25. Léase « dió por », no hizo en.
- » 124, línea 5. Léase « poderosa », no poderoso.
- » 128, línea 19. Léase « malvado », no lavado.
- » 143, línea 32. Léase « inclina », no incilna.
- » 151, línea 24. Léase « ojos tuyos », no ojos tuos.
- » 152, línea 1. Léase « Lave », no leve.
- » 153, línea 10 y 16. Léase « echásemos », no achásemos.
- » 153, línea 26, Léase « tristes y pensativos », no tristos y pensantivos.
- » 153, línea 37. Léase « si te », no se ti.
- » 158, línea última. Léase « de ti », no de tu.

FRAY LUIS DE LEÓN

I. EL HOMBRE (1)

El medio de su niñez

LAS personalidades de originalidad y arresto de la áurea España, parecen haberse dado cita en la provincia de Cuenca, en Castilla, corazón de este país, como es la Isla de Francia del mío.

Descúbreanse ahí tres regiones bien distintas: la Serranía, con sus agrias y empinadas montañas; la Alcarria, con sus colinas onduladas de suaves pendientes, y la Mancha propiamente dicha, para siempre ilustre en los fastos literarios, llanura desapacible y melancólica, caldeada en el estío por un sol abrasador. Yérguense aquí y allá en la desnudez de una colina, pueblos y aldeas cuyas casas semejan montones de tierra que rompen la monotonía del suelo con sus formas cuadradas o rectangulares horadadas por agujeros sin simetría alguna, que son las puertas y ventanas.

En esas toscas mansiones nacieron y se criaron guerreros famosos como Álvaro de Luna, Diego de Valencia, y pensa-

(1) En la primera parte de mi trabajo doy un gran trozo de la traducción que ha hecho del mismo el doctor Fr. M. Renjifo, de Bogotá, como muy acertada; pero he cambiado algunas cosas y añadido no pocas notas.

dores de raro vigor como Melchor Cano, Luis Molina, Gabriel Vázquez, conocidos de los que entienden en especulaciones teológicas. Cano renovó en sus *Loci theologici* el estudio de la patrología, harto descuidado por los escolásticos; construyó Molina un sistema profundo y sutil para conciliar la presciencia y el poder de Dios con la libertad y la dependencia del hombre; ingenió Vázquez curiosas teorías sobre la causalidad de los sacramentos, la naturaleza del sacrificio de la misa y la razón última de la moralidad de los actos, de que ni los protestantes, ni Kant, se hubieran dado por ofendidos.

Hecho curioso, los únicos reformados doctos y audaces que puedan contarse en España vieron también la luz en esa región monótona y desprovista de atractivo. Citaré a Juan y Alfonso Valdés, al doctor Constantino Ponce de la Fuente y a Juan Díaz, a quien su padre sacrificó sin piedad para castigarle de haber deshonrado a su familia abrazando la herejía. Aquí el ojo avizor de Cervantes sorprendió tipos inmortales y entre todos a sus dos héroes, vivo símbolo de la Humanidad perenne en que los don Quijotes, tan escasos y tan bienhechores, al correr tras el ideal se granjean el escarnio y la befa, y los Sancho Panzas sin número, dañinos y tan sólo preocupados de sus mezquinos intereses, son aclamados por la turba, cuando no por sus víctimas.

¿ Por qué esta tierra, más que otras de España, ha sido fértil en espíritus de tanto relieve? Lo ignoro y me guardaré de llamar en mi auxilio las teorías un tanto caedizas de Taine. Recuerdo que cuando pasé por ella, en presencia de su desolación, de su desnudez y su silencio y bajo su cárdena lumbre, me decía a menudo: para hacer metafísica y llenarse la cabeza de fórmulas abstractas, no hay como venir aquí. Ni los pájaros, ni los árboles, ni las flores, impiden las cabalgadas del espíritu hacia la conquista de los sistemas.

Es, sin embargo, ese país de los caballeros andantes y de los caballeros de la idea, el que ha dotado a España de un metafísico de verdad y de un disputador, conspicuos entre cuantos escribieron o enseñaron en ese siglo XVI, heroico

y teológico, pero, sobre todo, del más grande de sus poetas, lira de las mejor organizadas que el oído y el corazón de los hombres haya escuchado y sentido vibrar. Después de esto, ¡invocad la teoría de los medios para explicar los genios! Ciertamente, este altísimo poeta, en sus actos y en sus versos, deja percibir todas las características de los hombres ilustres nacidos en aquellas comarcas: una rectitud admirable y una recia e indomable energía.

Es verdad también que la villa en que vino al mundo Luis de León, merecía arrullar la infancia de un poeta más que la de un metafísico y casuista familiar a Pascal, el jesuita Vázquez cuya cuna se iba a mecer allí también. La villa se llamaba Belmonte, nombre que se le dió, nos dice en 1579 el bachiller topógrafo Pedro Gago, porque « tenía un monte de encinas corpulentas, fácilmente accesible, encantador y tranquilo ». Luis vió allí la luz probablemente hacia las postrimerías del año 1527 (1). Su padre, Lope de León, y su madre, Inés de Valera, sin ser de gran nobleza, gozaban de posición distinguida (2). No se sabe exactamente la situación de Lope en Belmonte, pero parece haber desempeñado allí un cargo importante de orden del rey. Había estudiado derecho y era abogado. Uno de sus hermanos funcionaba igualmente como abogado en Madrid, otro era profesor de derecho en Salamanca y el cuarto, clérigo tesorero de la iglesia Colegiata de Belmonte. El hijo y sobrino vivirá en cada una de estas tres ciudades; permanecerá cerca de su último tío hasta la edad de cinco o seis años, bien poco para recibir de él y del medio una influencia profunda. En el seno de su familia, con sus dos hermanos Cristóbal y Miguel, aprende a hablar, a leer y escribir. Más tarde,

(1) Acerca del dato de su nacimiento véase la *Vida y Proceso de Fray Luis de León*, por P. A. Getino, O. P., pág. 5.

(2) En su estudio tan completo y acaso definitivo, sobre la vida y las obras de Fray Luis de León, publicado en la *Revue Hispanique* (Octubre, Diciembre 1921, Febrero 1922) M. A. Coster ha probado que tenía ascendencia judaica y « que en sus venas corría una fuerte proporción de sangre judía ». *Revue Hispanique*, Octubre 1921, págs. 26-40.

cuando haya de componer *La Perfecta Casada*, en donde juegan tantas observaciones finas y bien vividas, se acordará de la que en Belmonte le amamantó — pronúnciase con vigor en su libro contra las madres que no amamantan a sus hijos—(1) de la que juntó sus manecitas para la oración, dirigió sus primeros pasos y fué para él, para sus hermanos y para su padre esa « mujer fuerte, tan difícil de encontrar, como dice la Escritura, y cuyo precio es tan caro y apetecido ».

« Y a la verdad, exclama, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada, es la mujer buena ; y en comparación de ella el sol mismo no luce y son oscuras las estrellas, y no sé yo joya de valor ni de loor que así levante y hermosee con claridad y resplandor a los hombres como es aquel tesoro de inmortales bienes de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz que encierra y contiene en sí una buena mujer cuando se la da por compañera su buena dicha » (2).

Cupo sin duda a su padre tamaña fortuna, al paso que su hijo tuvo ocasión en Belmonte, en Madrid y en Valladolid de ser testigo de la mala ventura de maridos y de padres atormentados por compañeras perezosas, esclavas del tocado, habladoras y mal humoradas. De las tales, allá en el retiro de su claustro habrá de trazar, a merced de su experiencia renovada por la memoria, acabados retratos de vivo y picante realismo (3).

De su primera juventud, lo mismo que de la de los hombres ilustres de esta época, se ignora todo. Para adivinarlo es menes-

(1) « Téngase por dicho esta perfecta casada que no lo será si no cría a sus hijos, y que la obligación que tiene por su oficio a hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad a que los críe a sus pechos ; porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido es remedio el olvido ; sino digo que se bebe y convierte en sustancia y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo que hay en aquella de quien se recibe... » *La Perfecta Casada*. C. XVIII.

(2) *La Perfecta Casada*. Introducción.

3) *Ibidem*, C. III.

ter conjeturar, arrancar a una palabra dicha de paso por él o por sus biógrafos, todo lo que en ella va sobrentendido. Pocos días después de su prisión en las cárceles del Santo Oficio en Valladolid, interrogado por los inquisidores acerca de los primeros años de su vida antes de hacerse religioso, respondió: « Nací en Belmonte donde me crié hasta la edad de cinco o seis años ; a esta edad (1533-34) se me llevó a Madrid donde se hallaba la corte. Allí fuí educado en casa de mi padre, entonces abogado de la corte ; después en esta ciudad (en Valladolid donde escribe) cuando la corte se trasladó aquí, hasta la edad de catorce años. A esta edad (1542) me envió mi padre de Valladolid a Salamanca a estudiar el derecho canónico y, después de cuatro o cinco meses de permanencia allí (Febrero de 1543), tomé el hábito de San Agustín en el monasterio de esta Orden en dicha ciudad » (1).

He aquí el único dato seguro acerca de este grande hombre antes de los catorce años : es poco en verdad y hay que deplorarlo. Todo me autoriza a creer que fué de la raza de los « niños sublimes ».

Hacia los seis años, pues, dejó a Belmonte por Madrid. Su padre iba a ejercer allí las funciones de « auditor de la Cancillería real » cuyas atribuciones ignoro, pero a las que Luis de León debe aludir cuando nos dice de su padre que « era abogado de la corte ». En Madrid y luego en Valladolid, según su propio testimonio, fué educado en el seno de la familia. Bien se echa de ver qué formación recibiría de la perfecta casada y del buen marido el corazón de aquél en cuya virtud no osaron poner lengua sus más encarnizados enemigos, de aquél que con tanta energía se pronunciara contra el relajamiento de los religiosos.

Pero ¿ quién ayudó al desarrollo de su espíritu ? ¿ Su padre se encargaría sólo de la cultura intelectual y artística de este hijo « preferido » ? ¿ Compartió el intento con maestros escogidos ? Cuestiones son éstas a que no es dado responder. Sola-

1 Citado por Getino, *Vida y procesos de Fray Luis de León*, págs. 7 y 8.

mente sabemos, por un testimonio contemporáneo, que ya en Belmonte sus padres « le hacían enseñar a leer y a cantar » (1). « A cantar », este detalle es precioso, pues permite comprender su amistad de once años con el músico Salinas y la oda divina que le dedicó : *El aire se serena...* Avezado desde entonces al ritmo y la armonía, se empicó a dejar satisfecho el oído en todos sus escritos así en lengua castellana como latina, en ocasiones a expensas de la claridad en el encadenamiento de la frase.

A causa de sus funciones, hállase su padre en relaciones constantes con la corte, a la que sigue en sus cambios de Madrid a Valladolid. Es la hora del apogeo del poderío español : los judíos son expulsados, realizase la unidad política por la conquista de Granada y la sumisión de los *Comuneros*, la Inquisición asegura la unidad de creencia, Carlos-Quinto, rey de España, acaba de ceñir la corona imperial. Estaba Luis en Madrid cuando vino allí el conquistador de Méjico Hernán Cortés, el cual pasando cierto día cerca del emperador a tiempo que la carroza de éste se encontraba detenida, como el emperador aparentase no reconocerlo, le dijo a la cara : « Yo soy el hombre que os ha ganado más provincias que ciudades habéis heredado de vuestros mayores. » Pudo también ver allí a Fernando Pizarro, el hermano del conquistador del Perú, y a muchos personajes importantes : puede que los reparase más de una vez bajo el techo paterno, viniendo a consultar sus litigios al « auditor de la Real Cancillería ».

El encuentro de estos grandes hombres : guerreros, navegantes, conquistadores de mundos ; el espectáculo de esa España por donde quiera triunfante, siembran en su corazón amor y admiración hacia su país, sentimientos cuya expresión se descubre aquí y allá, particularmente en la oda a Santiago (2). Pero la frecuentación de la riqueza, de la gloria, de la nobleza de sangre, lo llenan más aún de un sentimiento de vacío e insu-

(1) Getino, *Ibid.*, pág. 120.

(2) En su comentario *in Abdiam*, v. 20, declara que el descubrimiento

ficiencia que habrá de proclamar de múltiples maneras. Acompañando a su padre penetra en los palacios, mas

No del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado;

sino más bien adivina ahí el hastío, las rivalidades, las ambiciones malsanas y asfixiantes de los que los habitan : se comprende así ese grito de su alma desengañada :

¡ Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido!...

Si ignoramos por quién y cómo se hizo la formación literaria de Luis de León, sabemos al menos que a la edad de catorce años estaba casi terminada. Semejante afirmación sorprenderá ; es sin embargo exacta. « En Valladolid, dice, a donde mi familia se había trasladado con la corte, permanecí hasta los catorce años, edad a la que me envió mi padre a Salamanca para estudiar el derecho canónico » en la facultad en que enseñaba uno de sus tíos, Francisco de León. Para ser admitido allí se exigía del estudiante una cultura latina y literaria bastante avanzada (1). Luis la perfeccionará, pero posee ya la suficiente para seguir la carrera universitaria.

de América por los españoles ha sido anunciado en el Antiguo Testamento. No obstante, agrega con melancolía : « *Quamvis innumeris devictis gentibus permultisque suae ditioni additis provinciis, Hispani et imperium late propagasse et nomen suum nobilitasse et argenti et auri immensam vim domum retulisse, videri possint, tamen si ea conferantur cum aerumnis quas exantlarunt, utrum ii sint quibus invidere alii an quorum misereri potius debeant nemo facile statuatur. Certe si quae avare illi apud Indos et inhumane et crudeliter plane fecerunt secum quis reputet, imminere ipsis atque adeo impendere a numine ob eas res malum aliquod magnum intelligat. Itaque lamentabitur illorum vicem potius quam prosequetur gratulatione atque plausu.* »

(1) « *Iten ordenamos que ningun Grammatico passe a oyr otra facultad sin primero ser examinado por la persona que la universidad tuviere para ello señalada: el qual al que aprovare y le pareciere suficiente, le de cedula firmada de su nombre en que haga fe que le halla habil para poder pasar a la facultad que pide.* » *Estatutos de la Universidad*, título XXVII, n. 1.

Los grandes acontecimientos de su vida desde su entrada entre los Agustinos hasta su muerte

No encontrando en los estudios a que se dedicaba la paz que su alma inquieta y ya desengañada anhelaba y « deseando — así lo escribirá más tarde, en su defensa a los mismos Jueces de la Inquisición — desde su juventud, servir a la Santa Iglesia según sus talentos » (1), después de cuatro meses de estar en Salamanca, pide a los Agustinos el favor de verse admitido entre sus novicios en esa ciudad. No fué, tal vez, sin pensarlo de antemano, que entre tantas órdenes religiosas por entonces muy florecientes, escogiera la que en España, y en ese ambiente intelectual, era, en esa época lo mismo creo que hoy día, fiel al espíritu de santa libertad, de alto idealismo y de equilibrio humano, del inmortal doctor de Hipona (2).

Terminado que hubo su noviciado, estudió la filosofía desde 1544 a 1546, estudio que abarcaba las Humanidades. Hablando de su profesor de entonces, el joven Agustín de Guevara, lo designa como « su maestro en las Artes » (3). Desde 1546 a 1550, sigue los cursos de teología en la Universidad, en la que tuvo por maestro, y es su testimonio terminante, al ilustre Melchor Cano.

A partir de 1550, le encontramos profesor de diferentes asignaturas en varias casas de su Orden : en Salamanca, Soria (1557), en Alcalá y en Valladolid. Seis meses se quedó en Soria y un tiempo igual en Valladolid, en donde se cree que pasaría

(1) *Documentos inéditos*, t. X, pág. 203.

(2) Vicente de la Fuente en su *Biografía de Luis de Castro* declara que los Agustinos de Salamanca se distinguieron siempre por su gusto por la exégesis bíblica, que « eran muy versados en las humanidades y en todo linaje de erudiciones y que conservaron esta nota distintiva hasta en la época de su dispersión. » Los agustinos Alfonso de Veracruz y Lorenzo de Villavicencio defendieron valientemente a su cohermano atacado a causa de sus famosas lecciones sobre la Vulgata.

(3) Getino, pág. 34.

unos exámenes. Más larga fué su estancia en Alcalá, la cual duró unos 18 meses (1556-1557) ; allí enseñó, al mismo tiempo que seguía los cursos de teología del dominico Mancio de Corpus Christi y los de Escritura Sagrada de un fraile cisterciense, Cipriano de la Huerga, hombre muy sabio y muy entendido en las lenguas orientales.

Terminado el curso de sus estudios — había durado éste nueve años —, Luis de León, alentado por sus superiores que habían sabido distinguir su mérito, procura conquistar los grados teológicos que le permitirán luego ocupar una cátedra, en la famosa Universidad.

En 1558, se le recibe de bachiller en la Universidad de Toledo y pide su incorporación en la de Salamanca. Allí, el 2 de Mayo de 1560, se le otorga el grado de Licenciado y el 30 de Junio del mismo año, el de Maestro en Sagrada Teología. Ya desde este momento tiene capacidad para enseñar. En Salamanca, las cátedras eran dadas por oposición por los mismos estudiantes que, después de haber oído las enseñanzas desarrolladas por los candidatos, otorgaban sus votos al más digno. Cada estudiante tenía tantos votos como cursos seguía ; de donde se pueden adivinar las pasiones, las rivalidades, las luchas francas u ocultas, las intrigas que despertaría entre los individuos y el cuerpo docente tal procedimiento democrático, el cual, pedagógicamente, tiene su plena justificación. La Universidad no tenía menos de siete mil estudiantes.

En 1560, solicitó la cátedra de Escritura Sagrada, viéndose preferido por Gaspar de Grajal el cual no tardará en hacerse uno de sus mejores amigos y por motivos análogos se verá encarcelado por orden de la Inquisición, dentro de cuyas mazmorras morirá. El mismo año ganó, contra el célebre dominico Bañez, una cátedra de suplente con la nota « *con mucho exceso* ». En 1561 hizo oposición para la de santo Tomás y la ganó (1).

(1) Habiendo muerto su padre en 1562 se fué a Granada y aprovecha la ocasión para pasar a Valladolid y denunciar a la Inquisición un libro de Arias Montano. En 1572 le nombraron Rector del colegio de San Guillermo dependiente del convento de Agustinos de Salamanca.

Poco redituaba: 17.750 maravedís, es decir, ciento treinta pesetas con cincuenta y un céntimos. Por habersele presentado nueva ocasión de hacer oposición a otra cátedra, antes de que se le terminaran los cuatro años, que según los estatutos habían de transcurrir en la que estaba, consiguió la de Durand, la cual producía veinte y cinco mil maravedís (1). Era la cátedra que desempeñaba cuando le encarcelaron el 30 de Mayo de 1572, por haber enseñado, según decía el comisario delegado por la Inquisición, « que la interpretación de la Biblia hecha por los Judíos podía ser tan verdadera como la de los santos, que uno y otro pensamiento hubiera podido encontrarse en el espíritu del profeta, por haber enseñado que no hay promesa de la vida eterna en el Antiguo Testamento, porque el precitado prefiere a los judíos Vatablo y Pagnino y a otros judíos sobre la edición de la Vulgata y el sentir de los santos... Parece así mismo que el dictamen del precitado Fray Luis sobre la edición de la Vulgata, es cosa muy perniciosa a la religión y ofrece ocasión a los cristianos para no tener confianza en las palabras de los santos y para apegarse a los escritores hebreos y rabinos, alejándose de lo que la Iglesia tiene por cierto... » (2).

Fray Luis permaneció en la prisión cuatro años. El día 7 del mes de Diciembre de 1576, el Inquisidor General D. Gaspar de Quiroga promulgó un decreto en que ordenaba que « fuese absuelto », pero recomendándole la prudencia y exigiendo que se recogiese el cuaderno del *Cantar de los cantares* traducido en romance y ordenado por el dicho Fray Luis de León. Fué puesto en libertad el 15 de Diciembre y el 30, dice un testigo, « entraba a Salamanca, al són de trompetas y tambores, acompañado de caballeros, de doctores y maestros » (3); « no

(1) La cátedra de Durand, creada en 1508 para la filosofía y teología nominalista, muy honrada en París por aquel entonces, llevaba el nombre de Durand, del ilustre Durand de St. Pourcain, primero dominico y después obispo de la Puy y de Meaux, donde murió en 1334.

(2) Getino, pág. 198.

(3) Efemérides citadas por Gallardo. *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos t. IV, col. 1.328.*

quedó, añade otro testigo, nadie en la Universidad ni en la villa que no saliese a su encuentro ». Dos días después el Rector, oído el consejo de profesores, le otorgó una cátedra de teología, que Fray Luis ocupó el día 29 del mismo mes. Cuéntase que abrió su curso pronunciando « delante de un numeroso auditorio » (1) el famoso « Decíamos ayer, » que parece puramente legendario. No se le encuentra mencionado sino cuarenta años más tarde y esto por un autor italiano, que supone que el maestro dictó su lección el mismo día o el día siguiente de haber llegado a Salamanca (2).

En 1579 ganó en concurso la cátedra de filosofía moral, y en Diciembre del mismo año la de la Biblia que guardó hasta su muerte (1591), aunque sin ocuparla todo el tiempo. En 1578 fué escogido para formar parte de la Comisión de la Reforma del Calendario ordenada por Gregorio XIII y llevada a cabo en 1582. En 1580 Fray Luis publicó su primera obra, un comentario latino sobre el Cántico de los Cánticos, que tuvo tres ediciones en nueve años (1580-1589), éxito debido sin duda a la curiosidad que había despertado la condenación de su comentario en castellano, cinco años después de haber salido de las cárceles de la Inquisición. En 1582 fué de nuevo acusado ante este tribunal por los dominicos y por algunos de sus hermanos en religión, por haber defendido una doctrina pelagiana en la cuestión de la gracia y la predestinación. Esta doctrina, que encontrará más tarde su expresión completa en el libro *Concordia* del jesuíta Molina, fué sostenida en Salamanca por el jesuíta Montemayor y por el benedictino Castaneda (3).

(1) Juan Quijano. — *Varones ilustres agustinianos*, t. I, pág. 343.

(2) Contra esa leyenda indica A. Coster todas las pruebas, *Revue Hispanique*, Octubre 1922, págs. 1-18.

(3) El primero decía : « Si el precepto del Padre a su Hijo se hubiese referido no solamente a la sustancia de las acciones sino también a todas sus circunstancias, y esto antes de que Dios vea que la voluntad de su Hijo se determina a obedecerle, no habría en esto ni libertad ni mérito. » El benedictino sostenía « que una misma gracia puede ser eficaz o ineficaz, convertir a un hombre y no a otro, según las disposiciones respectivas de cada uno. » Blanco, páginas 222-223.

Luis de León, que no compartía las opiniones de éstos, hallaba extraño que no se dejase a los otros la libertad de tenerlas. Debió manifestar muy alto su pensar y su descontento, y una vez más fué denunciado. Llamado a Valladolid el 3 de Febrero de 1587, el mismo Inquisidor General « le amonestó con bondad y caridad... agregando que si no tenía en cuenta la advertencia, se procedería contra él con todo el rigor del derecho ».

En 1585 había publicado los *Nombres de Cristo* comenzados en su prisión de Valladolid, y, poco tiempo después, *La Perfecta Casada*. En tres ocasiones, en 1585, en 1586, en 1587, le envió la Universidad a Madrid para defender los derechos que desde hacía cuarenta años le disputaban los colegios mayores, el del Arzobispo y los de Cuenca y Oviedo. Un éxito completo coronó su habilidad y su constancia, y en 1589 se le colmó de felicitaciones, pero se le rehusaron los dos años de licencia que pedía para ocuparse en la reforma de los recoletos. Con gran trabajo, obtuvo que la Universidad le pagase su sueldo durante la ausencia.

Hacia el fin de 1587, se le ofreció un puesto en la Comisión de correctores de la Vulgata, nombrados por Sixto V y Felipe II. Lo rehusó. Consultado sobre el punto, dió su dictamen, sobrio y mesurado, dejando a los verdaderos sabios un amplio margen dentro de los límites de la ortodoxia (1). En otra memoria se opuso enérgicamente, en nombre de la probidad científica, al proyecto de corregir en los Padres de la Iglesia todo lo que

(1) He aquí ese dictamen: « A mi mal juicio, lo que más convendría en esto de la vulgata es que declarasse Su Santidad la aprobación de ella que el Concilio hizo, que fué en realidad de verdad certificarnos que en las cosas de importancia estaba fiel y que no contenía cosa que dañase a la fe ni a las costumbres, y en lo demás dexar abierta a la industria y diligencia, buenas y modestas letras de los fieles ; que pensar que con la vulgata ni con otras cien translaciones (*que*) se hiciesen, aunque más sean al pie de la letra, se pondrá la fuerza que el hebreo tiene en muchos lugares, ni se sacará a luz la preñez de sentidos que en ellos ay, es grande engaño, como lo saven los que tienen alguna noticia de aquella lengua y los que han leído en ella los libros sagrados. » Blanco, pág. 238

no concordaba directamente con los dogmas entonces definidos (1).

Por un breve de 13 de Abril de 1588, el Nuncio del Papa le ordena verificar, con la ayuda de un clérigo de Valladolid, los gastos hechos en su viaje por un provincial de los agustinos de Castilla y rendir un informe sobre la manera de percibir y aplicar los honorarios de misa en los conventos de esa misma provincia. Hacia esta época colabora en la mejora de su orden y escribe las Constituciones de los Recoletos Agustinos (Septiembre de 1589). A instancia de la venerable madre Ana de Jesús, brazo derecho de santa Teresa en España, se ocupó en arreglar una controversia entre las carmelitas y los religiosos de la misma orden. Por los ruegos de aquella monja prosiguió el admirable comentario de Job, comenzado en 1579 y que no saldrá a luz hasta 1779.

Trabajaba en una *Vida de Santa Teresa*, de que nos quedan apenas algunas páginas, cuando le sorprendió la muerte en el convento de Madrigal, el 23 de Agosto de 1591. Nueve años antes había sido elegido Provincial de los Agustinos en Castilla. Dejó este mundo a los 64 años.

Sus hermanos de religión hicieron grabar sobre su tumba la bella y expresiva inscripción siguiente :

MAG. FR. LVYSIO. LEGIONENSI.
DIVINARVM. HVMANARVMQVE. ARTIVM. ET. TRIVM. LINGUARVM.
PERITISS.
SACRORVM. LIBRORVM. PRIMO. APVD. SALMANT. INTERPRETI.
CASTELLAE. PROVINCIALI.
NON. AD. MEMORIAM. LIBRIS. IMMORTALEM.
SED. AD. TANTAE. IACTVRAE. SOLATIVM.
HVNC. LAPIDEM. A. SE. HVMILEM. AB. OSSIBVS. ILLVSTREM.
AVGVSTINIANI. SALMANT. P.
OBIIT. AN. M.D.XCI. XXIII. AVGVSTI. AET. LXIV. (2).

(1) Blanco, pág. 239.

(2) « Al maestro Fray Luis de León, peritísimo en las artes divinas y humanas y en tres lenguas, primer intérprete de los Libros Santos en Salamanca, Provincial de Castilla, no para perpetuar una memoria que los libros hacen

Tales son los principales sucesos de la vida de tan grande español. Hasta ahora se han contentado más o menos, con estudiar su proceso, sus controversias teológicas y escriturarias, sus dificultades dentro y fuera del convento. Su nombre llegó a ser signo de contradicción y tea de discordia. Sus hermanos los agustinos toman a pecho el defenderlo y traspasan a veces los debidos límites ; los dominicos, por su parte, se empeñan *per fas* y también *per nefas* en disminuirlo como hombre y aún como escritor (1). El egoísmo de las corporaciones es de todos los egoísmos el más ardiente, el más ciego, y, agregaremos, el más incorregible, porque santifica todas las injusticias.



inmortal, sino a manera de consuelo en tan grande pérdida, dedican esta piedra, humilde por sí misma, pero ilustre por los huesos que guarda, los Agustinos de Salamanca. Murió en el año de 1591 el 23 de Agosto a los 64 años de edad. »

(1) Ver, en este sentido, las dos *Vidas* de Fray Luis por el agustino Blanco y por el dominico Getino.

II. EL POETA

El ambiente literario

DEJANDO deliberadamente de mano estas querellas corporativas y monacales, interesantes tan sólo en cuanto permiten sondear mejor el alma de Fray Luis, por extremo compleja y hecha de contrastes como aquellos en que la vida brota en ondas tan presto serenas tan presto alborotadas, quiero detenerme en el estudio del poeta, de su formación y su ambiente, de su obra, expresión de su espíritu y su corazón, y de su genio artístico. Para este trabajo tendré que proceder casi por adivinación y conjeturas; hasta el presente ningún documento serio nos indica el camino; sólo algunas palabras del proceso, tal cual fragmento de cartas vendrán en mi auxilio.

La inscripción funeraria arriba citada celebra a Fray Luis como versadísimo « en las artes divinas y humanas y en las tres lenguas »; por estas tres lenguas entendían los Agustinos el latín, el griego y el hebreo. El castellano no había conquistado todavía el título de lengua sabia y distinguida; era aún el humilde *romance* que hablaba todo el mundo, el rey en su palacio y el campesino en su choza. Luis de León parece no haberlo estudiado más que para servirse de él en casa con sus padres y sus amigos. « Yo no sé otro, dirá en su proceso, que el que me enseñaron los que me gobernaban. » Es verdad, su familia que, según su propio testimonio, era gobernada « por un hombre tan bueno y tan sabio como su padre », fué para él un medio excelente de aprender el castellano puro, elegante y sin provincialismos, el de las gentes distinguidas del estrado y la corte. ¿ Qué libros españoles leía? Lo ignoramos. Las

obras maestras de literatura eran escasas aún. Sólo sabemos que ya entrado en edad leyó a Luis de Granada y a santa Teresa (1). A su prisión de Valladolid se hacía llevar las obras del primero.

Antes de entrar religioso sabía, pues, el castellano. ¿Lo poseía lo bastante para ser ya a los catorce años un gran poeta? Muchos lo creen, apoyados en lo que dice en la dedicatoria de sus versos a Portocarrero: « Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas... » *En mi mocedad y casi en mi niñez* nos parecen palabras bien claras.

El Padre Getino, sin embargo, no admite esta precocidad; dice que estas palabras deben interpretarse del período de veinte a treinta años. M. Coster, hispanista muy distinguido, no admite tampoco que las poesías que tenemos de Fray Luis hayan sido compuestas antes de la edad de veintitrés años. Sobre la dedicatoria a Portocarrero emite una hipótesis de que hablaremos más adelante (1).

Entre las poesías recogidas por Fray Luis hay algunas un poco extrañas para un religioso. No dejan ellas de ser un embarazo para sus biógrafos panegiristas, que sostienen que estos versos pertenecen a « su niñez y su mocedad » y que fueron escritos antes de entrar en el claustro. El Padre Getino, orondo por su parte de poder oponer al puritanismo del agustino estos versos apasionados y sensuales, se los endosa al monje: « si no los compuso entonces ¿ cómo se explica que los haya coleccionado y reunido para publicarlos siendo ya hombre avanzado en edad? ¿ Cómo pueden ser de un niño esas poesías que entre todas las tuyas tienen quizá la forma más perfecta? » Esta última razón, a mi parecer, no es decisiva. Pico de la Mirándola asombró a sus contemporáneos por su precocidad; Calderón escribía dramas a los trece años; a los doce Mozart era un músico incomparable, y entre nosotros hemos

(1) Cf. *Revue Hispanique*, Junio 1919.

tenido « el niño sublime » (1). En México, Juana Inés de la Cruz componía a los siete años un himno al Santísimo Sacramento (2). En igualdad de edades, los niños que nacen más cerca del Ecuador llevan siempre la delantera en desarrollo psíquico y fisiológico.

Que Luis de León haya puesto estos versos en su colección con el fin de imprimirlos, de ninguna manera prueba que no los hubiese compuesto antes de ser monje. Asumía la responsabilidad para que no recayera sobre otro, probablemente sobre Arias Montano, como lo indicaremos más lejos. El público, por cuyas manos circulaban dichos versos, no atribuía la paternidad de ellos al verdadero autor, y él quería, nos lo dice, acabar con las molestias que esto ocasionaba al padre putativo.

Confesamos, sin embargo, que la cuestión de saber si Luis de León fué desde su niñez y adolescencia un gran poeta permanece aún sin respuesta decisiva. Estaba empero a los catorce años a buen seguro muy familiarizado con el latín para poder seguir los cursos que en la Universidad se daban todos en esa lengua. Por lo demás, sus poesías amorosas están ciertamente inspiradas en Horacio.

Conjeturo que a su padre « tan bueno y tan sabio, » ayu-

(2) He aquí lo que dirá del estilo de la mística doctora : « En los cuales libros) sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo ; porque en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata excede a muchos ingenios ; y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo me admiro de nuevo ; y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. » — *Carta dedicatoria* de las obras de Santa Teresa. — *Obras de Fray Luis de León*, t. IV, pág. 209.

(1) Véase acerca de este niño prodigio la *Revue Hebdomadaire*, 27 Julio 1918.

dado de algunos maestros en Madrid o en Valladolid, debía ese conocimiento del latín, a la sazón de moda entre las familias aristocráticas y burguesas. La corte de Isabel la Católica y de Carlos quinto daban el ejemplo. Isabel leía en el texto original a Cicerón y a Séneca. La reina tenía fundado consigo un colegio ambulante para la educación de los hijos de los nobles que seguían a la corte en sus traslaciones. Había confiado la dirección de él al humanista Pedro Mártir, encargado además con los dos Giral dini de la educación intelectual de sus dos hijos. ¿ No sería en un colegio de este género en el que el hijo del abogado real recibió su primera formación latina ? (1).

En la Universidad y entre los agustinos perfeccionó su cultura latina y castellana. « En la brillante Escuela de Salamanca, dice el Padre Getino, el ejercicio continuo de los clásicos hacía de la generalidad de los alumnos críticos juiciosos, jueces y guardianes del buen gusto » (2). Por otra parte, Luis de León nos advierte que « en las artes tuvo por maestro a Fray Juan de Guevara » (3). Ahora bien, Guevara fué su profesor de filosofía ; con ella marchaban, pues, de conserva ciertos estudios literarios.

Adquirió entonces esa latinidad de corte ciceroniano cuyo ritmo sabrá transportar, y a las veces el encadenamiento, a sus obras en prosa castellana (4). Aficionóse a Horacio y se

(1) Cf. Gebhart « Panurgo a Sancho Panza ». Hemos tomado de este autor algunos de los pormenores dados arriba.

(2) Getino, *Vida*, pág. 52.

(3) *Ibid.*, pág. 34.

(4) He aquí algunas líneas tomadas al discurso que pronunció delante de la provincia reunida el 15 de Mayo de 1557, contando él 29 años de edad. Es una carga de extraordinaria virulencia contra sus cohermanos, tan atestada de reminiscencias ciceronianas que le dan un tono artificial y falso. ¿ No se creería estar leyendo una catilinaria o una filípica ? pág. 13. « Quid igitur ? Nihil in illo tempore agebatis ? Imo vero (invitus dico, sed tamen reticere non possum) in media illa nocte et coeco errore Provinciae, in nescio qua de novo erigenda domo et quasi deducenda colonia, vigilabatis... Oh turpem notam temporis nostri ! oh communis salutis studium praeposterum ! oh perversam diligentiam... ! Dignitatem ne, fortunas salutem denique nostram quae illis

deja influir por él hasta en sus poesías más originales ; y para amoldar mejor el pensamiento y la forma propios a los del poeta, traduce un gran número de las Odas de éste. Obliga al castellano a competir con el latín en concisión, elegancia y gracia, y se sale con el intento.

* * *

Bien conocido y apreciado es su talento de traductor ; búscanle como árbitro los letrados de más renombre de Salamanca. Cierta día llega a su celda este billete :

« Puede vuestra paternidad quejarse de haber sido importunado en tiempo que le obliguen a gastarle en cosas que tan poco valen, y en juzgar el mal *romance* que va en esos navíos. Dios les dé más ventura que a sus dueños en fabricarlos, y a usted, padre, en juzgar estos tres diablos, aunque más bien acondicionados que las tres diosas, pues se dan por contentos de cualquiera sentencia. La oda es la XIV del libro primero de Horacio, compuesta como novia de aldea por tres tan malos poetas como ciertos servidores de vuestra paternidad. » — « Estos tres malos poetas », « estos tres diablos », eran don Juan de Almeida, laureado ya de las musas, Alonso de Espinosa y, sobre todo, Francisco Sánchez de las Brozas, profesor de retórica en la Universidad, gramático ilustre y notable versificador.

Ninguna de las traducciones fué del gusto de Fray Luis ; mas sin decirles por qué, en una sola noche compuso otra versión en que, al decir de Mayans, « juntó el rigor de la traducción con el escogimiento de las palabras y la elegancia » (1) y se la remitió acompañada de las siguientes finas y discretas

miseris casibus afflictæ tenui filo pendeant, caemento et lapidibus et novis constructionibus formari et stabiliri a vobis posse arbitramini ! Oh iterum studium praeposterum ! oh certe perfidiam summam ! Nam quid aliud est quod fuisse dicam ? » — Cf. Getino, pág. 63.

(1) *Vida y juicio del maestro Fray Luis de León.* — Biblioteca de autores españoles, t. II, pág. XIII.

palabras : « Yo tengo a buena dicha, cualquier ocasión que sea, tratar con tan buenos ingenios, aunque el juzgar entre ellos es muy dificultoso, y en este caso más, a donde cada cosa en su manera no se puede mejorar. La tercera oda tomó un poco de licencia, extendiéndose más de lo que permite esta ley de traducir ; aunque en muchas partes sigue bien las figuras de Horacio y parece que le hace hablar en castellano. En las otras dos, que son más a la letra, hay en cada una de ellas cosas muy escogidas. Al fin, señores, el caso es, que yo quiero ser marinero con tan buenos patronos, y no juez ; porque me da el ánimo que estoy muy obligado al servicio de cada uno, y así, yo también envío mi nave, y tan mal parada como cosa hecha en esta noche » (1).

A través de estos cumplidos, se descubre qué idea tenía Fray Luis del trabajo de una buena traducción. Estudiando la suya y las otras que ha dejado de Virgilio, de Horacio, de Terencio, del Petrarca, del Bembo, veríamos que realizan las cualidades que aquí exige.

Entre las de su colección poética dedicada a Portocarrero, leemos fragmentos de la Andrómaca de Eurípides y de la primera oda de Píndaro donde, dice asimismo Mayans, « hizo ver que la lengua castellana es capaz de remontarse a lo sumo de la poesía lírica de los griegos » (2).

Fray Luis conocía, pues, la divina lengua de Sófocles y de Platón, y la leía en el esplendor del original. Aprendiéndola sin duda en el convento y siguiendo los cursos de algún ilustre helenista de la Universidad. Durante su prisión pedía que se le llevase a « Homero, Píndaro, Sófocles y Aristóteles » ; Platón no aparece nombrado, pero estaba en primera fila entre los preferidos (3). Lo cita a menudo, se asimila sus ideas, y, en

(1) Ibidem.

(2) *Biblioteca de autores españoles*, pág. XIV.

(3) « No es posible pasar por alto las relaciones ciertas que unen con un lazo simpático el nombre de Fray Luis de León y el nombre del fundador de la Academia. La elevación del pensamiento, el gusto por ciertas teorías que caracterizan más o menos a los partidarios de Platón, el tono respetuoso con que

los diálogos de los *Nombres de Cristo*, a él, más que a Cicerón, es a quien imita. Escolástico, no puede ignorar a Aristóteles, pero no muestra por él ninguna afición especial (1).

Tal es el aporte castellano, latino y griego en la cultura clásica de Luis de León. Imagino que el día en que su alma encontró el alma de Job, la del autor del *Cantar de los Cantares*, la del autor de los *Salmos* y las de los Profetas, los literatos y filósofos de Atenas y de Roma pasaron al punto a segundo plano.

Experimentó la emoción que sobrecogió a nuestro Bossuet cuando, después de sus estudios clásicos, al leer la Biblia en la biblioteca de su tío, siente que se le revela un rincón oscuro de su conciencia. A mi modo de ver, esta revelación para Fray Luis de León data del año 1556 en que estudió la lengua hebrea en Alcalá con el ilustre profesor cisterciense Cipriano de la Huerga. Si algún día llegara a establecerse una cronología exacta en la producción de sus poesías originales o de sus traducciones, no me sorprendería de encontrar que este año marca una dirección nueva en su actividad literaria (2). Antes de 1556, en el ardor de su juventud, se apasiona entusiasmado por la literatura pagana, sobre todo por Horacio que es su autor de cabecera ; después de 1556, sin dejar de ser fiel en su estilo a las formas clásicas, se adhiere con todo el fuego de su alma idealista a la Biblia, particularmente a los sagrados libros del Antiguo Testamento, que lee en la lengua original (3).

cita su nombre, la apelación a su autoridad para apoyar ciertas innovaciones de forma y de método, son pruebas en que se manifiesta, hemos de confesarlo, más que una influencia aparente y superficial. » — P. Gutiérrez, *Fray Luis de León y la filosofía española del siglo XVI*.

(1) « De Aristotele nihil habeo dicere : varius est et tectus, est in plerisque, neque sibi satis constans... Plato ut in coeteris, sic in isto argumento admirabilis et divinus fiat, quem nos in praesentiam sequemur. » Y antes había dicho: « Sed hanc quaestionem implicatiorem fecit quorumdam hominum, partim error, partim studium nimis addictum Aristoteli, id est, homini neque probo satis, neque vere sapienti. » — *Quaestiones variae*. Quaest. XV. Cf. Gutiérrez, pág. 434.

(2) Esta es también la opinión de M. Federico Onís. Véase su Introducción a los *Nombres de Cristo*, t. II, pág. 12.

(3) Cf. Gutiérrez, págs. 426-427.

Escoge de entre ellos los que, aparte de su carácter inspirado, encierran un valor y significación humana universal: el *Cántico de los Cánticos*, el *Libro de Job*, los *Salmos*, los *Proverbios*. Se le mete en la cárcel, sobre todo por haber traducido al español, a ruegos de un amigo, el *Cántico de los cánticos*, del que un familiar desleal sustrajo una copia manuscrita, a tiempo que la Inquisición tenía prohibida la traducción de la Biblia en lengua vulgar (1). Durante su reclusión, escribió los *Nombres de Cristo*, espléndida paráfrasis en forma de diálogo de los títulos dados al Salvador por el profeta Isaías. Fueron impresos en Salamanca y en Barcelona en 1585. En 1586 publicó *La Perfecta Casada*, comentario del espléndido y vivo retrato de la mujer fuerte del libro de los *Proverbios*: *mulierem fortem quis inveniet?* Tradujo en verso castellano gran número de Salmos y trece capítulos de Job, que forman la tercera parte de su obra poética tal como él mismo la clasificó.

Por último, hacia el año de 1576, a solicitud de la madre Ana de Jesús, la grande amiga de santa Teresa y heredera suya en el gobierno del Carmelo reformado, había comenzado la traducción y el comentario del libro de Job, que acabó en 1591, año de su muerte. Por confesión de todos los que lo han leído, el comentario de ese libro sublime, en que el problema del sufrimiento y del mal se plantea de una manera tan trágica, es la historia, velada apenas, de las pruebas, turbaciones, angustias y consuelos por que atravesó el alma inquieta y agitada del grande agustino. De ahí, el doble interés que tiene para nosotros. Además, al decir de un crítico español cuyos conceptos compartimos, «es la obra maestra y principal de Fray Luis: mejor que ninguna otra, da testimonio de la elocuencia y el saber castellano de su autor; en ninguna parte el estilo de esta pluma excelente se despliega con más audacia,

(1) Cf. Onís, *Nombres de Cristo*, I, págs. 6-7, donde se lee en nota un extracto de Carranza, arzobispo de Toledo y uno de los padres del Concilio de Trento en que explica por qué «la Escritura Santa en lengua vulgar, que no estaba prohibida en ninguna parte antes de la Reforma, debió serlo luego por razones particulares.»

vigor y fuego en las doctrinas y ejemplos morales, en las comparaciones, los retratos, las bellas imágenes... » (1). ¡Y decir que tan hermoso trabajo permaneciese inédito hasta 1779! Esperamos que una buena traducción lo revele por fin al público inglés y francés.

El ilustre músico Francisco Salinas, amigo de Luis de León, citado como testigo en el curso del primer proceso, declaraba así: « He oído referir que el dicho maestro podía obtener una cátedra en concurso con cualquier competidor y ganar, pongo por caso, la de Sagrada Escritura » (2).

Fué por ésta, como lo hemos visto, por la que compitió de joven, sin éxito por el momento; pero al fin la obtuvo y la ocupó hasta su muerte; en ella estaba en su elemento más que en la escolástica pura. Durante su vida hizo imprimir los comentarios latinos sobre Abdías, sobre la epístola a los Gálatas, sobre el Apocalipsis, trabajo este último que nuestro Bossuet conocía (3). Estos libros suministraron a nuestros exégetas algunos puntos de vista curiosos y nuevos. Empero no es como sabio como Luis de León nos interesa.

Limitándonos aquí estrictamente a la formación literaria del ilustre monje, vamos a decir sólo una palabra acerca de su formación escolástica, que sobre él, como sobre nuestro Bossuet, ejerció tanto influjo. Se la reconoce hasta en sus versos, en los que saca magnífico partido de las ideas metafísicas. Las doctrinas de la Escuela forman, con los documentos de la fe cristiana, el fondo de su pensamiento (4); pero es él un genio demasiado personal y demasiado independiente para aceptar a ojo cerrado las primeras: ecléctico, toma su patrimonio donde lo halla (5).

(1) Tesoro de prosadores españoles, pág. 417.

(2) Blanco, pág. 218.

(3) Ibid., pág. 260.

(4) En el libro enmarañado e indigesto del Padre Gutiérrez: *Fray Luis de León y la Filosofía española del siglo XVI* se encontrarán todas las indicaciones necesarias acerca del pensamiento filosófico del ilustre profesor.

(5) Fué acusado por sus enemigos de ser un adversario de la Escolástica,

* * *

Más aún que con los libros tuvo Fray Luis que tratar con los hombres de una época y un medio especial, cuyo pensar y sentir hicieron presión sobre el sentir y pensar del primero. No tengo para qué detenerme en sus dificultades con la Inquisición, ni en sus controversias con otros monjes. Largas obras han sido escritas a este propósito en uno y en otro sentido. A ellas remito al lector (1). Trato solamente de explicar por su formación y su ambiente a un gran poeta.

De mil amores siguiera yo los pasos de su vida en Salamanca, desde 1452 en que llega a la ciudad universitaria, joven estudiante de catorce años, hasta el mes de Agosto de 1591 en que es sepultado en ella a los sesenta y cuatro de su edad. Durante este lapso raras veces abandona la metrópoli; la más larga ausencia fueron los cuatro años de su encarcelamiento. Ningún documento interesante ha sido publicado acerca de esta parte de su vida; hemos de contentarnos con rastrearla apenas en algunos avaros textos.

Mora en Salamanca en el Colegio de Béjar, dependiente del convento de agustinos y del cual le encargaron en 1572. Destruído en 1627, no queda vestigio alguno. Aparte de sus honorarios como profesor de la Universidad, que variaban según las cátedras, disfrutaba de una renta anual de 12.000 maravedís, que su hermano estaba obligado a remitirle para cumplir las últimas voluntades de su padre (2). Invertido este dinero en la compra de libros, hace de su biblioteca una de las mejor abastecidas en impresos y manuscritos de la ciudad universitaria.

de lo que tuvo que defenderse ante la Inquisición. (Cf. Gutiérrez, pág. 415). Ese libro bastante confuso y profuso sobre *Fray Luis de León y la Filosofía española del siglo XVI*, dará las suficientes indicaciones sobre el pensamiento filosófico del ilustre profesor.

(1) Leer sobre todo a A. Coster en el estudio ya citado, de la *Revue Hispanique*.

(2) Getino, pág. 108.

En atención a sus talentos, a su alta posición, a su salud tal vez y aun a sus rentas, hanle adjudicado los superiores una de las mejores celdas, provista de una chimenea (1). Acompáñalo un criado especial, que durante el proceso era Rapu, « de edad de veintiocho años y que le ha servido diez (2) ». Aun parece haber tenido un hermano lego encargado de administrarle sus bienes (3).

En su mayoría los miembros de la orden a que pertenece ufánanse desde el tiempo de su fundador de amar las letras y de marcar el paso en la marcha progresiva de la Iglesia, por más que alguna vez se hayan desviado del camino como el agustino Wittemberg. Más que en ninguna otra parte, los monjes del convento de Salamanca viven dedicados a las artes y a la erudición (4), apoyan a Luis de León en su lucha con Castro y comparten sus ideas sobre el texto de la Vulgata. Habitaron ese mismo convento escritores ilustres de la Orden, entre otros : Pedro Malón de Chaide, autor de la *Conversión de la Magdalena*, el polígrafo Juan Márquez y el crítico Diego González.

La principal preocupación de Luis de León en el claustro, es la preparación de sus cursos de teología y de exégesis según el método escolástico ; consagra a esto tanto más cuidado cuanto en aquella democracia de seis a siete mil estudiantes la elección y el ascenso de los profesores dependen de la votación de los alumnos. Podemos observarlo en su celda, entre libros y manuscritos, escribiendo las lecciones para sus oyentes que, en ciertas clases, pasaban de un millar. Igual que de las ideas, se cuida de la expresión. Su latín no es el de santo Tomás o el de los primeros escolásticos, tan rayano en el latín vulgar y casi en romance ; en él se siente la influencia de Cicerón y el esfuerzo por imitarle en elegancia y armonía, esfuerzo que da a sus escritos cierto tinte de remedo y artificio. El Re-

- (1) Getino por malquerencia la llama *una cocinilla*.
- (2) Getino, pág. 111.
- (3) Ibid., pág. 110.
- (4) Vicente de la Fuente, *Biografía de León de Castro*.

nacimiento golpea a todas las puertas tras las cuales se desenvuelve algún pensamiento, inclusive la de los claustros ; raros son los que no abren a la sirena. Menos que nadie, podía Fray Luis quedar sordo a su llamamiento : habla con libertad de los defectos de la Escuela ; riñe, llegado el caso, con Aristóteles y exalta a Platón ; empuñase en citar a los escritores de la antigüedad en el texto original y, a ejemplo de ellos, se esmera en la elección de las palabras y en el orden y armonía de las frases. El árido esqueleto de la teología y la filosofía tórnase bajo su mano en todo lo atractivo posible, adornado como aparece con los más bellos arreos literarios. En el proceso, los tradicionalistas y reaccionarios le acusan de « ser demasiado literato y gramático en la exposición de las Santas Escrituras » (1).

Un profesor que no se contentase con satisfacer a ciertos hombres retardatarios del escolasticismo y que anhelase salir adelante, había de percatarse de que el espíritu del Renacimiento había penetrado en el ánimo de maestros y alumnos, quienes tenían a la mano imprentas y librerías y la biblioteca siempre abierta. En la Universidad había no menos de sesenta cátedras de titular pagado (2). La formación lingüística y literaria de los estudiantes estaba muy bien atendida ; a pocas vueltas, todos habían leído y explicado a Cicerón, a Terencio, a Virgilio y a Horacio ; a los más grandes se los obligaba en las clases de gramática a no hablar sino en latín (3). Un comité

(1) Getino, pág. 427.

(2) Diez de derecho canónico, siete de teología, siete de medicina, once de lógica y de filosofía, una de astronomía, una de música, dos de hebreo y de caldeo, cuatro de griego y diez y siete de retórica y de gramática. (Cf. Blanco, páginas 44-45).

(3) « 2.º Item que el de menores (*el regente de los gramáticos principiantes*) a la primera hora de la mañana trate y enseñe a declinar y conjugar, y a la postrera hora de la mañana género, pretéritos y supinos, y después de Navidad, si fuera menester para el ejercicio lea una de aquellas horas Luis Vives (*Vivas dice el Título*) o el que pareciese al Rector o visitador.

3.º Item que el de medianos a la primera hora de la mañana lea construcción, á la postrera epístolas de Ciceron selectas, á la primera hora de la tarde

organizado por la Universidad estaba encargado de coronar las mejores comedias y tragedias hechas por los estudiantes (1.) Después de preparar y desempeñar sus cursos, de tomar brillante y ardiente parte en las disputas y en los exámenes, de cumplir sus obligaciones religiosas y de oír algunas confesiones (2), quedábanle a Fray Luis momentos de ocio, que empleaba en leer a los clásicos, de que su biblioteca estaba abundantemente dotada. Hemos visto cuáles se hizo llevar a la prisión. El comercio directo con los libros santos le llevó a desentenderse un poco de los primores paganos: *Job*, el *Cántico de los Cánticos*, los *Salmos*, esos libros eternamente bellos en que el hombre expresa los secretos y las inquietudes de su espíritu, las ternuras y las angustias de su pecho, con tanta espontaneidad, tanta sencillez y tanto vigor, le hacen un tanto olvidar las artes y travesuras de Horacio y de Virgilio.

Estudiaba también las matemáticas, la música y aun la astrología (3); pintaba y se cree que pintó su propio retrato;

algunas cartas breves, a la postrera hora de la tarde lea Terencio, y que los autores que se leyeren un año de Prima, no se lean en el mismo año en las regencias ni en ninguna dellas.

4.º Item que el de mayores en la primera hora de la mañana la media hora lea del libro quinto y la otra media Virgilio o Horacio, y en la postrera de la mañana epístolas de Ciceron. En la primera hora de la tarde epístolas y exercicio, y en la postrera hora de la tarde el libro que assignare el Rector, y Visitador.

5.º Item que los Maestros tengan mucho cuidado en las instituciones de sus discípulos, se exerciten en lo susodicho con mucho cuidado, y los de menores puedan hablar en romance, mas los de medianos y mayores hablen en Latin y los maestros lo procuren con diligencia». — *Constituciones*; tit. LXIII. — Citado por Getino, pág. 52.

(1) Getino, pág. 52. Según algunos autores, Luis de León habría escrito una tragedia que fué coronada en Barcelona. No tenemos dato seguro sobre el particular. Y ahora, para formarse idea de la seriedad de esos estudios, remitimos el lector al Programa trazado a los maestros de clases mayores de la Universidad. Cfr. *Constituciones*, tit. LXIII.

(2) Getino, pág. 116.

(3) Al respecto véanse curiosos pormenores en Getino, pág. 120 y siguientes.

acompañía los discursos de ocasión de que le encargaban sus colegas en la Universidad, de que es ejemplo la oración fúnebre del célebre dominico Domingo Soto (1). Traducía a Horacio y a Virgilio y escribía versos en que su alma combatida se daba treguas celebrando a sus amigos y protectores. Debíó de ser uno de esos poetas a los cuales se recurría cuando había que festejar los acontecimientos de la vida del claustro o de la ciudad. Teniendo esto en cuenta, podría acaso llegarse a fijar una cronología aproximada, al menos respecto de algunos de sus versos (2).

* * *

Pero sigamos a nuestro monje poeta afuera de su convento. Por las estrechas calles de Salamanca o en la Universidad se encuentra con profesores ilustres; de parte gustoso con ellos o bien los mira desdeñosamente. Los unos son amigos, que mantienen los puntos de vista del copartícipe de sus querellas; son los otros enemigos, que él castiga con un desprecio silencioso o aun con sus cóleras. Cuéntanse entre los últimos: Héctor Pincio, monje jerónimo oriundo de Portugal, a quien impide obtener una cátedra de Sagrada Escritura porque ignora las lenguas antiguas (3); los dominicos Gallo, Bartolomé de Medina, Mancio, el afamado Báñez, todos ellos furibundos tomistas adversarios de los hebraizantes y de los teólogos más modernos (4); pero sobre todo, el famoso León de Castro, profesor de latín, de griego y de retórica en la Universidad durante veinticinco años (1549-1574); Castro, el que de acuerdo con los dominicanos, le denunció a la Inquisición como irres-

(1) Getino, pág. 46; Blanco, pág. 63.

(2) Puede verse la cronología que propone M. Coster, apoyándose en algunos datos históricos y en ciertas alusiones de las poesías mismas. Las hipótesis de Coster no carecen de verosimilitud. *Revue Hispanique*, n.º 109, páginas 210-234.

(3) Getino, pág. 123.

(4) Blanco, pág. 82.

petuoso de las interpretaciones de los santos acerca de la Divina Escritura y como negador o detractor de la autoridad de la Vulgata.

Dejémosle pasar grave y altivo al lado de esos ultra-conservadores, ensañados en perderle; dejémosle allá en las salas de la Universidad disputando ásperamente con ellos por *bárbara* o *baralípton*. Contemplémosle más bien entre el corro de sus amigos, espíritus generosos y abiertos, en la mayor parte gramáticos u hombres de letras, que comprenden la necesidad de abrir ventanas en la vieja y un poco sombría fortaleza de la escolástica. Éstos reciben sus confidencias y le sostienen en sus luchas.

He aquí a don Pedro Portocarrero, gobernador de Galicia de 1571 a 1580 y dos veces rector (1) de la Universidad de Salamanca en 1556-1557 y en 1566-1567. Es durante este segundo rectorado cuando Fray Luis de León traba relaciones con él; Portocarrero por su parte le sostiene en todas sus dificultades, sin que su amistad se desmienta jamás. Nuestro monje de León le ha dedicado en frases llenas de afecto y de estimación algunas de sus mejores obras: *Los nombres de Cristo*, la explicación del profeta Abdías, el manuscrito de sus poesías y tres de sus odas. Cuando Portocarrero fué llamado a los Consejos del Rey, la Universidad sacó partido de esta amistad enviando a Fray Luis a Madrid a defender, con felicidad, algunos de sus privilegios disputados (2).

Otro de sus amigos es don Juan de Almeida, humanista y poeta distinguido, que es quien nos ha trasmitido la anécdota relativa a la traducción de la oda *O navis*, como que fué uno de los competidores en traducirla.

(1) El cargo de rector era anual, reservado alternativamente a un nativo de Castilla y a uno de León, que no fuese ni profesor, ni canónigo, ni religioso, ni vinculado a colegio alguno de Salamanca. Implicaba el derecho de recibir el juramento de todos los individuos del cuerpo universitario, de convocar la asamblea de profesores, de avisar la vacante de cátedras, etc.

(2) Acerca de Portocarrero véase el *Bulletin Hispanique*, 1901, pág. 80. Fué obispo de muchas diócesis, señaladamente de Calahorra.

Empero a donde con mayor gusto Fray Luis de León encamina sus pasos es a una casa habitada por un ciego, el ilustre Salinas (1). Profesor de música en la Universidad desde 1566, sucedió Salinas a Juan de Oviedo, maestro de capilla del duque de Alba, de la familia de Portocarrero (2). Compuso en 1577 un libro importante sobre la *Música*, en que sigue ciertas teorías de Aristóteles (3). Pongamos el oído a los coloquios de los dos grandes artistas: Salinas completa los conocimientos musicales que Fray Luis ha adquirido entre su familia y en el monasterio; en cambio el monje le franquea los tesoros de teología, de poesía, de humanidades de que está llena su mente, y por remate de larga y animada conversación, Salinas empuña el arco y con maestría suma ejecuta uno de aquellos trozos que arrebatan el alma del religioso. No me cabe duda, fué después de uno de esos raptos cuando nuestro poeta compuso la oda famosa que bien podría titularse: *Extasis musical*.

Otra oda no menos famosa, *Noche serena*, la dedicó a Diego Oloarte, de quien tenemos muy pocos datos. Sábese solamente que era diez años menor que Fray Luis y que fué arcediano de Ledesma. Es permitido suponer que el poeta tradujo en sus versos las emociones de estas dos almas de artistas al contemplar de consuno una noche estrellada.

Felipe Ruiz, Juan de Grial y Cherinto, a quienes están dirigidas algunas odas, casi no han dejado huella en la historia y, sin su vinculación a Fray Luis, su nombre no se hubiera preservado del olvido.

* * *

Entre los personajes que debió frecuentar y que aparecen mezclados a su vida, hay que mencionar al doctor Benito Arias

(1) Getino, pág. 121.

(2) El duque de Alba actual se apellida don Jacobo Stuart Fitz James Falco Portocarrero.

(3) Cf. Gutiérrez, pág. 430.

Montano (1527-1595), al maestro Gaspar de Grajal, muerto en 1575, y al maestro Martínez Cantalapiedra, los tres, humanistas cristianos, abiertos a las nuevas corrientes.

Arias Montano dirigió la políglota de Amberes, que fué terminada, no se explica cómo, en cuatro años. Escribió sabios comentarios sobre la Biblia, conquistó renombre de poeta y fué coronado en Alcalá, donde se hallaba en 1561. Luis de León no debió desperdiciar ninguna ocasión de verle, pues coincidían en ideas sobre la Biblia y la Vulgata (1). Platicarían igualmente sobre arte y poesía.

Con Arias Montano toca un problema interesante, de que ya he hecho alusión. En la carta dedicatoria de sus obras poéticas a Portocarrero, Luis de León se expresa así: « Nunca hice caso de esto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecía lo que nacía para nunca salir a luz, de lo cual ello mismo, y las faltas que en ello hay, dan suficiente testimonio. Pero como suele acontecer a algunos mozos que, maltratados de los padres o ayos, se meten frailes, así estas mis mocedades, teniéndose como desechadas de mí, se pusieron, según parece, en religión, y tomaron nombre y hábito muy más honrado del que ellas merecían y han andado debajo de él muchos días en los ojos y en las manos de muchas gentes, haciendo agravio a una persona religiosa y bien conocida de Vuesamerced, a quien se allegaron, con la cual yo en los años pasados tuve estrecha amistad, y no la nombro aquí por no agraviarla. Mas la ocasión de este error Vuesamerced lo sabe y, porque es para pocos y decirla aquí sería comunicarla con muchos, no la digo. Basta saber que la persona que he dicho, por condescender con mi gusto, que era vivir desconocido, disimuló hasta que, fatigado ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron a sus cuestras,

(1) A instancias de Zúñiga, Fray Luis, de viaje para Granada en 1562 ó 63 denunció a Montano ante la Inquisición por un libro que éste le había dado prestado. Montano ignoró el hecho, y las buenas relaciones entre los dos no se turbaron.

de las cuales Dios le descargó, como se ha parecido, trató conmigo que, si no me era pesado, le librase yo también de esta carga » (1).

De extrema importancia son estas líneas para elucidar ciertas oscuridades relativas a la vida y a la obra literaria de Fray Luis de León. De aquí resulta claro que Fray Luis dió manuscritos sus versos y no se declaró públicamente autor de ellos sino porque aquel que hasta entonces se había prestado a servirles de padre putativo había acabado por fatigarse de desempeñar ese papel.

¿Quién era este padre putativo? Se ha afirmado que podía ser Arias Montano (2), el cual gozaba de reputación de letrado y poeta y a quien hemos visto coronado en Alcalá. Luis de León nos habla de él como de una persona religiosa bien conocida de Portocarrero y a la cual él mismo estaba ligado con estrecha amistad, persona que estaba « fatigada ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron a sus costas ». ¿No hay aquí una alusión a los ataques de que fué blanco Arias Montano de parte de León de Castro que en Madrid y en Roma (1574) lo denunció como judaizante también en lo que atañe a la Biblia políglota? Fué menester la intervención personal de Felipe II para librarle de sus enemigos (3).

Pero, ¿cuáles son esas « cargas », esas acusaciones de que Montano quiere verse desembarazado pidiendo a Fray Luis declare la paternidad de sus versos? Son sin duda algunas de las cargas que Luis de León temía. Leamos con atención esas líneas. Defiéndose en primer lugar de haber hecho versos, ocupación que era tenida por ligereza, particularmente en un fraile (4). Para justificarse, alega que son obras de su *mocedad*,

(1) *Biblioteca de autores españoles*, t. XXXVII, pág. 1.

(2) Es la opinión del Padre Blanco y de Guardia. Cf. Blanco, pág. 74.

(3) Blanco, pág. 75.

(4) « Casi ninguno de nuestros poetas tomó en el siglo XVI la poesía sino como un medio de distracción y esparcimiento. Compusieron todos, como Fray Luis, sus obras en los años de su mocedad. » Nota a la *Vida y juicio crítico del Maestro Fray Luis de León* de Mayans, pág. XI.

—que Dios no ha desdeñado hacer uso de versos en las Santas Escrituras, — que no los había confesado porque no quería ponerse por tema de la envidia y de la maledicencia, finalmente que los versos jamás le hicieron descuidar el trabajo de su profesión. Mas ¿no habría de por medio otras «cargas»? ¿No habría asidero para conjeturar que ciertas poesías habían escandalizado y que el prohibirlas era lo que principalmente «hacía agravio» a la personalidad de Arias Montano? ¿No es con la mira de ponerse a cubierto de juicios errados a este respecto por lo que Luis de León recalca que son obras casi de la niñez, que se aplicó a ellas más por inclinación de su estrella que por juicio o voluntad y que esas obras habían nacido para nunca salir a luz? Y, con tono del que se desenreda de un asunto molesto, agrega: «Si el reconocer mis obras y el publicarme por ellas fuera poner la vida en condición, en un ruego y demanda tan justa lo hiciera; y no aventurando en ello cosa que importe más que es vencer un gusto mío particular (el de vivir encubierto), si lo rehusara no me tuviera por hombre.»

Es de extrañar que a sus enemigos, tan acuciosos en acechar sus menores debilidades, no les hubiese venido jamás a las mientes durante el proceso el tildarle el giro demasiado sensual de dos o tres de sus poesías. Esto sólo ¿no probaría que ellos las ignoraban por correr bajo otro nombre y que Fray Luis al hacer la colección declarando su paternidad no la hizo imprimir sino hacia el fin de su vida, cuando la edad y la reputación de talento y de virtud lo colocaban al abrigo de los contrarios vientos? (1).

(1) Cuando escribí estas líneas aún no había leído la ingeniosa hipótesis de M. Coster a propósito de la dedicatoria a Portocarrero. Sostiene que Luis de León habría tenido la intención de publicar sus poesías bajo el seudónimo de *Luis el Mayor* y que «la persona religiosa» de que habla en su carta dedicatoria no sería otra que él mismo. Despliega Coster brillante ingenio en defender una hipótesis que al principio me hizo vacilar; pero reflexionando luego sobre las razones en que la apoya, no las he hallado suficientemente poderosas para dar por resuelto el problema. No me es posible entrar a discutirlo aquí; dejo esta tarea a los eruditos de profesión.

El maestro Gaspar de Grajal, otro hebraizante notable, se contaba entre aquellos cuyo trato era muy caro a Fray Luis de León. Acusado de negar que el dogma de la vida eterna estuviese expresado en el Antiguo Testamento, se decretó aprisionarlo en la Inquisición el 1.º de Mayo de 1572. Pocos días después, otro profesor de Salamanca, amigo también de Fray Luis aunque menos íntimo que Grajal, Martín Martínez Cantalapiedra, apellidado a causa de su profunda erudición *Martín el hebreo*, corrió la misma suerte. Ya puede imaginarse la pena que experimentaría con esto el religioso agustino, que siempre los había defendido. Sus enemigos, Castro ante todos, sacaron partido de estas amistades para derribarle: el 27 de Mayo del mismo año iba Fray Luis a reunirse en la prisión con Martín y con Grajal. Los que se empeñaban en perderle, sobre todo le reprocharon sus relaciones con el último. No las negó, al contrario; escuchemos su noble declaración:

« Es verdad que el maestro Grajal ha sido y es mi amigo. Nació nuestra amistad el día mismo en que, siendo ambos opositores a la cátedra de la Biblia, ganó él el concurso. Luego, sin que yo lo supiera, intervino en mi favor en los otros concursos en que hube de tomar parte, y lo hizo con tanto celo, con tales extremos en su amable proceder que, cuando tuve conocimiento de ello, me creí obligado a estrechar relaciones con él. Estas relaciones me pusieron de manifiesto a uno de los hombres de corazón más sano, más puro y más recto que yo he conocido. Así nuestra amistad fué siempre, no la de dos hombres de estudio que hablan de sus trabajos y se los comunican, sino la de dos seres que se alentaban mutuamente a ser hombres de bien. Penetrados de idénticas disposiciones, nos amábamos grandemente » (1). Estas palabras honran tanto a Luis de León como a su amigo. Grajal, alma delicada y tierna, no pudo soportar su pena y sus tristezas: murió en la prisión en Agosto de 1575. Martínez permaneció en ella hasta 1577.

(1) Blanco, págs. 76-77.

¿ Se permitía que los tres amigos se avistaran para consolarse...?
No sabría yo afirmarlo ni negarlo.

* * *

Reconocido inocente, Luis de León deja los calabozos de la Inquisición un año antes que Martínez. Después de una prueba tan cruel, debió retraerse más aún al sagrado de sus libros y de su propia alma y buscar más que nunca su contentamiento en la contemplación de la naturaleza, de que había estado privado durante cuatro años.

Poseía su convento una quinta llamada « La Flecha », a donde los religiosos solían ir a descansar. Estaba situada a seis kilómetros de la ciudad en las verdeantes riberas del Tormes.

Contemplad a esos tres religiosos que caminan paso a paso por la vía que transitan los raros y pesados carruajes que van de Salamanca a Madrid... Llegan a su casa de campo. En medio de ellos reconoceréis a nuestro Fray Luis, la cabeza inclinada, la figura algún tanto severa ; bajo el capuchón blanquea un poco su corona monacal. Este día quiere llamarse Marcelo. Sus jóvenes compañeros, dos entusiastas discípulos, le escuchan con un sentimiento, mezcla de admiración, respeto y ternura. ¡ Es « el padre » que los otros religiosos envían a los agustinos ! Él mismo nos dirá por qué visita hoy « La Flecha » y nos va también a pintar con mano de artista aquel campestre rincón en donde su alma inquieta y combatida va a buscar un poco de reposo y de solaz.

« Era por el mes de Junio, a las vueltas de la fiesta de san Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás), después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tormes ; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respeto,

los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al apóstol san Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden ; mas eso mismo hacía deleite en la vista y, sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor, y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte y, corriendo y entrozando, parecía reirse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchando bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo y la hora muy fresca. Así que, asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así :

— Algunos hay a quienes la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo ; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar.

— Bien entiendo por qué lo decís, respondió al punto Marcelo, y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjearme o por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan y se despiertan con esta vista, en vos de sangre y en mí de melancolía » (1).

He aquí toda una confesión : las flores, los cantos de las aves, el murmurar de una fuente, despiertan en su alma la-

(1) *Nombres de Cristo*, lib. I, § 1.

cerada de artista la melancolía. Cansado de las luchas mezquinas de la Escuela, cansado de la envidia, de las pequeñeces, de la hipocresía, de las tempestades levantadas por la pasión, busca la soledad y la quietud de los campos, y no bien las ha encontrado, cuando se revuelven en él los téticos humores y de nuevo le conturban!

Los imperecederos clásicos de Atenas y Roma, los sublimes y divinos bardos de Judea, la ola potente del Renacimiento que, rompiéndose sobre Europa, golpea blandamente en España, los amigos del claustro y de la Universidad, más o menos sacudidos por aquel movimiento, el contacto directo con la hermosura de los cielos y los campos fueron como otros tantos excitantes y despertadores que a la Providencia plugo colocar en torno de esta grande alma; pero por muchos y preciosos que fuesen, nunca nos hubieran dado a gustar la divina música del artista, si no hubiesen tocado en una lira portentosa, pues « Salamanca no da lo que rehusó naturaleza ». Lo propicio de las circunstancias, los maestros y las reglas, la belleza de montes y cielos y corazones no brotarán jamás un artista o un hombre de genio allí donde falten las insustituibles facultades creadoras.

Tiempo es de estudiar esta lira, quiero decir esta alma en sus poesías originales; a mi entender, éstas nos la presentan en toda su sinceridad, en toda su grandeza, en toda su profundidad.

El alma de Fray Luis de León en sus versos originales

Un conocimiento muy imperfecto de su vida y la lectura superficial de sus versos, donde, a primera vista, se echa de ver un alma toda armonía y toda tranquilidad, la natural simpatía para con las desdichas y — a raíz de la Reforma protestante y de los « Enciclopedistas » — para con las víctimas de la Inquisición, habían permitido a la imaginación y a las leyendas, representarnos al ilustre monje como dulce y

terna criatura, muy maltratada por la fortuna y por implacables enemigos, a los cuales no hubiera opuesto más que mansedumbre y serenidad. Un conocimiento más adecuado de su vida y de sus obras, nos permite situar las cosas en su verdadero punto.

Nació Fray Luis con cuerpo y alma en equilibrio, llamado por los físicos, inestable, y los elementos que integraban su personalidad no pudieron jamás vivir acordes.

Un contemporáneo del monje nos ha dejado de éste una semblanza donde, entre otras cosas y palabras, nos lo pinta como « poco o nada sonriente ». Estas palabras convienen admirablemente a ese rostro de aspecto dolorido, algo sombrío, enérgico y triste, que se nos ha conservado en algunos retratos suyos. En ellos, con dificultad se dibujaba la sonrisa dulce y bondadosa. Sabemos también que estuvo siempre muy delicado de salud, y los mismos inquisidores tuvieron que tenerlo en cuenta. Él mismo nos ha confesado en la Introducción a *Los nombres de Cristo* que, en su alma, « la melancolía predominaba ». Descontento con el mismo desarrollo que tomaba su vida, muy descontento a veces con todo y con todos, no es de extrañar que tuviera no pocos enemigos hasta dentro de su misma Orden, y acechándole siempre las envidias y los celos para ver de menguar al hombre que, por la fuerza de su talento, sale empujado fuera de la « sórdida grey » — *sordidum pecus*, dice Horacio — de las medianías.

Muy joven aún y en presencia de sus mismos superiores de la Provincia de Castilla reunidos para elegir a un Provincial, pronunció un tremendo discurso de tonos violentos y cuyo fin había de ser, sin duda, el de caldear las tendencias de partido, más o menos apasionadas de que no están exentas las almas que se ocultan en el claustro. Con semejante temperamento, no pudo menos de tener sobrados disgustos, dificultades que él mismo provocaría no pocas veces. Muchos nacen llevando colgada de su cuello una soga y no contentos con verse siempre atados, tiran de ella, apretándola contra sus carnes vivas e hiriéndose a menudo hasta ahogarse.

« Con esta sensibilidad enferma — dice el ilustre profesor D. Federico Onis, catedrático de la Universidad de Columbia, en Nueva York, y a mi parecer el que mejor ha escrito hasta ahora sobre Fray Luis, — con esta sensibilidad enferma marchó Fray Luis a lo largo del camino de su vida, viviéndola en los centros adonde le llevó su vocación : el convento y la Universidad ; donde, si pudo satisfacer muchas de las necesidades de su espíritu, encontró también un ambiente muy adecuado a su temperamento impresionable y ardoroso ; porque son aquellos pequeños mundos en que las grandes luchas humanas se empequeñecen, convirtiéndose en roces deprimentes de personalismos, perdiendo cuanto la lucha puede tener y tiene de grande y sano y purificador : precisamente porque en ellos no es la lucha lo substantivo, sino la paz, la comunión en un ideal. Este ambiente fué el que contribuyó a desarrollar el aspecto de su vida, que nos le presenta como agrio y violento ; el aire que respiraba ponía cada día veneno en su alma sensitiva ; la lucha sorda y mezquina a que no podía sentirse ajeno, hubo de levantar en él frecuentemente ciegas oleadas de pasión. Las oposiciones a cátedras, las disputas escolásticas, la competencia entre las Órdenes religiosas, las reuniones de claustro, la emulación intelectual, las diferencias doctrinales, las antipatías personales, todo esto eran motivos y ocasiones de rozamientos y de choques entre los miembros de la Universidad, en los que Fray Luis de León tenía que tomar la parte principal que a hombre de tal capacidad correspondía (1). »

Muy atinadas al par que bien expresadas son aquellas observaciones, las cuales, dicho sea de paso, no justifican a sus enemigos. A pesar de lo que escribe Getino, el cual puso toda la saña y todas las habilidades del amor propio frailuno en disminuir al agustino, Castro, Medina y los varios dominicos con quienes tropezó Fray Luis para dificultarle su camino, eran tan susceptibles y tan ásperos como él. Sin hablar de ta-

1) Introducción a *Los Nombres de Cristo*, t. II, p. XVI.

lento, pues **harto** menos que él tenían, no brillaron ni por su generosidad, ni por su amplitud de miras, ni por su austeridad ni mucho menos por su amor a la verdad. Parece ahora evidente que el primer proceso que tuvo Fray Luis y su encarcelamiento, los debió a la amistad que le unía con Grajal y a quien no quiso abandonar. Además, los mismos jueces de la Inquisición proclamaron su inocencia. Las ideas que defendía en exégesis, teología y filosofía, dentro de los límites de la ortodoxia, indicaban su sentido agudo de las nuevas condiciones en que el Renacimiento puso la apologética eclesiástica; así es que, de ser mejor entendido y seguido en este ambiente, tal vez Salamanca y las demás Universidades españolas se hubiesen salvado de su triste decadencia.

Los dolores físicos, los conflictos de ideas, de temperamento y pasiones, la falta de aire para sus grandes pulmones y de horizonte para sus ojos de águila en la Universidad, hicieron de la parte inferior de su sér, un campo de batallas ininterrumpidas. Planeando en las alturas y arrebatado por su audaz imaginación, anhela siempre por el desenlace de esos contactos deprimentes y de aquellas inquietudes: «La armonía y la unidad en el espíritu de Fray Luis, dice el profesor Onís, se lograban sólo mediante un esfuerzo supremo que no podía ser muy duradero; su alma atormentada volvía pronto a sufrir el embate de sentimientos y pasiones contradictorias, y, sobre todo, el dolor de no sentirse dueño de sí mismo. Así, que lo sustantivo de su espíritu, el rasgo permanente y definitivo, no es otro que la lucha misma, la crisis constante, y en medio de ella una sola y su prema aspiración: la paz interior. Diríamos con menos palabras que la vida de Fray Luis significaba algo tan humano como la lucha por la paz. Era, pues, nuestro poeta hombre delicado y enfermizo, aquejado de melancolía y pasiones de corazón, como se decía entonces, enfermedad en que «son increíbles las tristezas y los celos y las imágenes de temor que se ofrecen a los ojos del que padece» y aunque «sea de muchas diferencias, pero en todas es común y general el hacer tristeza y temor; que todos los melancólicos se

demuestran ceñudos y tristes y no pueden muchas veces dar de su tristeza razón y casi todos los mismos temen y se recelan de lo que no merece ser recelado.»

El P. Getino, siempre preocupado en rebajar a nuestro agustino, escribe: «El artificio horaciano de los versos que nos dejó, no permite sacar de ellos indicación alguna que sea base sólida para esbozar su retrato moral. Unos son puros caprichos, los otros ficciones ideales, los más imitaciones y versiones. Ver en esas muy torcidas palabras el alma del poeta, no es posible. Si uno tomase en serio algunas de sus poesías, le juzgaríamos religioso malo y, dando valor a los otros, podríamos creer que su muy agitada vida fué vida de inalterable paz (1)».

Muestran aquellas líneas a qué grado de obcecamiento puede llegar el egoísmo corporativo. Ahora bien, en una inteligencia elevada que no es la de un mentecato, ni mucho menos, ha llegado el obcecamiento hasta no admitir esta elemental verdad literaria, que todo escritor, más o menos, pinta su personalidad en su obra, aun en sus obras de imitación. Es que la palabra de Bufón será eternamente verdadera: «El estilo es el hombre» y lo anuncia.

Lo es sobre todo de Fray Luis, de tan agitada vida por que ni supo ni quiso disimular sus pensamientos, ni desautorizar a sus amigos, y cuyos trabajos empezando desde sus *Catilinarias* delante de sus hermanos hasta sus menores traducciones, expresan en su fondo, la personalidad de un pensador y de un artista, con todo su relieve. Fué alma muy sincera y su psicológica idiosincrasia se refleja sobre todo en sus versos. Para descubrirla en ellos, hay que hacerse cuenta de las condiciones precisadas por las manifestaciones estéticas más elevadas, y buscar después, en su obra poética, el alma del vate sublime.

(1) *Vida y Procesos del Maestro. Fr. Luis de León*, p. 54.

* * *

Sobre el primer punto, ha escrito el profesor Onis estas líneas a las que nada puedo agregar, por reflejar, según mi humilde opinión, la misma verdad. « Las más altas manifestaciones artísticas, dice, no son ni pueden ser producto de la espontaneidad de una psicología, sino de una lenta, esforzada y difícil labor de depuración de los elementos caóticos de la conciencia individual hasta hacer patente la forma más pura y exaltada de expresión de la originalidad interna. Nada más torturado y trabajoso, nada menos espontáneo en nuestra literatura que el estilo de Fray Luis de León, tan límpido y tan sereno ; y nada que nos dé al mismo tiempo la impresión tan segura de hallarnos en todo momento en posesión de una plenitud psicológica, ante la expresión de un modo personal de sentir el mundo. Fray Luis posee en alto grado la dignidad y sinceridad literarias, que consisten precisamente en rehuir la expresión fácil de los falsos movimientos espontáneos del ánimo, producto de reacciones superficiales y pasajeras, pretendiendo en cambio dar siempre la verdad de sí mismo mediante la expresión más intensa y cabal de su íntima sensibilidad» (1).

Entre sus producciones poéticas, ninguna hay, a mi juicio, que nos muestre a Fray Luis en carne viva y ensangrentada, como los diez versitos, escritos al salir de su cárcel:

« Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
con solo Dios se compasa.
Y a solas su vida pasa,
ni envidiado ni envidioso. »

(1) Introducción a *Los Nombres de Cristo*, t. I, p. XIII.

—Aquí la envidia y mentira me tuvieron encerrado;— aquellos dos versos de una enérgica y acerada concisión, expresan la honda amargura, la indignación, más aún, como cierto vago deseo de venganza, la alegría de su triunfo y liberación, que agitaban el alma del poeta, quien, después de cuatro largos y duros años, abandonaba los calabozos de la Inquisición en Valladolid. «Aquí le tuvieron encerrado» en realidad de verdad, «la envidia» que sus talentos y sus escritos literarios y teológicos inspiraron a sus enemigos; «la mentira», hija de «la envidia» con la cual lanzaron contra él la acusación difamante y por entonces, horrorosa para un monje, de no ser ortodoxo y de favorecer las nuevas herejías.»

De esa dura cárcel y de las sangrientas heridas que de ello recibió en su amor propio, ¿quiénes fueron los causantes, sino su brillante situación como profesor en la primera Universidad de España en aquel entonces y tal vez de Europa, sino sus relaciones con los hombres más distinguidos y la confianza que en ellos puso? Con rápida intuición, ve el poeta que la dicha, decir, la paz, no se puede alcanzar sino huyendo de los honores mundanos y del ruido, para vivir vida humilde y escondida:

«Dichoso — exclama — el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado ;»

Aquella paz tan apetecida que los hombres no quieren darle, requiere que en «el humilde estado» renuncie a las comidas sabrosas y ricas que solían acompañar algunos concursos teológicos en Salamanca, a las espléndidas moradas del Claustro y de la Universidad. Pero, «con pobre mesa y casa» no le faltarán los campos, los horizontes despejados, las aves, las fuentes, las flores, las frutas, cosas «deleitosas» con las cuales el alma, en fin, libre de «envidias» y «mentiras» puede entenderse con sólo Dios.

«y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
con sólo Dios se compasa.»

Allí a solas, consigo mismo, cual apacible río perdido y olvidado entre verdes ramas, esa alma apaciguada por los campos y por Dios, se desliza tranquila, pues no hay enormes piedras, ni otros obstáculos que irriten y contraríen sus ondas. Su ambición no es regar tierras ópimas y lúcidas :

« con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa,
ni envidiado ni envidioso ».

En aquellos diez versos está como condensada toda la psicología que puede uno descubrir en las obras de Fray Luis. No es, al presente, tarea mía seguir los pasos de esa psicología en sus libros de teología o de prosa castellana y, además, me parece más y mejor a nuestro alcance, hacerlo en sus poesías auténticas (1) de las cuales excluyo desde luego las traducciones y todo lo que sea mera traducción.

Esa alma a quien indignan las mordeduras de la « envidia » y de « la mentira », busca afanosa la paz desde las alturas. En tre sus poesías originales, unas nos la describen luchando e hiriéndose en aquella lucha, cogiendo en algunos fugaces instantes la paz tan anhelada o dándose la ilusión de tenerla por fin bien cogida. Yo daría a esas poesías el epíteto de líricas en sentido moderno de la palabra, pues nuestro autor, aun cuando imita a Horacio y Virgilio, nos deja ver su « yo » palpitante y candente. Las otras nos lo pintan pacificándose en el olvido de sí mismo, con la contemplación de una virtud, de un estado de conciencia o de algún hecho glorioso. Más bien pasatiempos y juegos de la fantasía que expresiones de la conciencia profunda, son esas últimas, por ser menos personales. Pudiéranse llamar poesías pindáricas u horacianas, pues son como algo entre lo meramente épico y lo meramente lírico, que encontramos, por ejemplo, en los varios episodios

(1) Hay que exceptuar, sin embargo, el Comentario de Job, el cual es, a mi parecer, mina riquísima y aun inexplorada de la psicología de Fr. Luis.

de « la Légende des siècles » y en la « Tristesse d'Olympio », de Víctor Hugo.

En tres odas, principalmente, hizo Luis de León un relato de sí mismo, conforme con lo que deseaba él conociésemos de su vida. La primera, que llaman canción y titula él « De! conocimiento de sí mismo » y que yo, más bien titularía « Confesión de un arrepentido », expresa, en sublime lenguaje, cómo Dios le sacó de la nada.

« En el profundo del abismo estaba
del no ser encerrado y detenido,
sin poder ni saber salir afuera. »

Dios le miró, le vistió con un velo de carne, dándole un alma cuyas manchas purificara el bautismo :

« Crecí después y fui en edad entrando ;
llegué a la discreción con que debiera
entregarme a quien tanto me había dado ;
y en vez desto, la lealtad quebrando
que en el bautismo sacro prometiera,
y con mi propio nombre había firmado,
aún no hubo bien llegado
el deleite vicioso
del cruel enemigo venenoso,
cuando con todo di, en un punto, al traste

Dios, todo bueno, le perdonó y luego :

sopló a deshora un manso viento
del Espíritu Eterno, y enviando
un aire dulce al alma, fué elevando
la espesa niebla que la luz cubría,
dándole un claro y muy sereno día. »

Fueron escritos estos versos en el claustro, y en ellos recuerda Luis de León los olvidos de su juventud y su conversión el día en que se determinó a vivir vida de religioso.

« De todo punto sano,
pero con las heridas del tirano
hábito, que iba ya en naturaleza
volviéndose, y con una tal flaqueza,

que aunque sané del mal y su accidente,
diez años ha que soy convaleciente. »

Teniendo catorce años cuando entró en el convento, ya podemos concluir que compuso esta canción a los veinticuatro. La caracteriza una hermosa exactitud teológica y en ella oímos al joven estudiante del tratado « de Gratia ». Se nos permite entrever uno de aquellos temperamentos fogosos y precoces, como los que crecen a menudo por las tierras tostadas de Castilla la Nueva y por el sur de España. Joven, debió de sentir el aguijón de la pasión. Tal vez querrán algunos encontrar aquí la llave para abrir un secreto, es decir, para explicar y situar algunos versos más que mundanos y cuya paternidad aceptó públicamente. No los seguiré por ese camino.

La segunda oda en la que podemos contemplarle en su mismo rostro está titulada « Esperanzas burladas ». Creyó un momento su pobre corazón que las alegrías de la paz le visitarían en sus angustias. ¡ Esperanzas burladas !

« Huid, contentos, de mi triste pecho ;
¿ Qué engaño os vuelve a do nunca pudisteis
tener reposo ni hacer provecho ?
Adó no veréis sino nublados
y viento y torbellino y lluvia fiera,
suspiros encendidos y cuidados. »

La alusión a la Inquisición y a las persecuciones que le asaltaron es evidente en los versos de la misma oda que voy citando:

« ¡ Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,
ni el alto tribunal ni las ciudades,
ni conoció del mundo el trato fiero ! »

En cada verso de la oda, expresa el mismo deseo de vida solitaria y alejada de los hombres. Una sinceridad llena de angustias, sinceridad que aprieta el corazón, corre por todos ellos. Compadezcámonos de este pobre sér humano compuesto de carne y nervios, en una organización tan bien arreglada para seguir viviendo triste y metido en padecimientos.

La tercera oda, en fin, está dedicada a Portocarreño, Rector que fué de la Universidad de Salamanca y amigo ilustre y poderoso de nuestro Fray Luis. Podría titularse « Canto de triunfo de la inocencia sobre la maldad ». En ella se trata del triunfo del poeta sobre los que le persiguieron delante de la Inquisición. Dios no podía abandonarle y el poeta no ahorró esfuerzo para escapar de las garras de sus enemigos. Pero, ¡ qué victoria y qué alegría !

« No pudo ser vencida,
ni lo será jamás, ni la llaneza,
ni la inocente vida,
ni la fe sin error, ni la pureza,
por más que la fiereza
del tigre ciña un lado,
y el otro el basilisco emponzoñado. »

¡ Grito de alegría y al mismo tiempo grito de alivio ! El soldado de una causa justísima, con su tenacidad y valor, pudo vencer a su adversario. Pero después de tan duros esfuerzos se siente cansadísimo y lo que necesita es paz. Aquella paz, la busca primero entrando en los campos, lejos, muy lejos de todos los ruidos y gritería humana.

« ¡ Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido ! »

Aquí no tiene « las ansias vivas y mortal cuidado », compañeros de la vanidad que los honores y grandezas satisfacen,

Ya tiene a su alcance campos, montes, fuentes, « secreto seguro, deleitoso »; su sueño no será interrumpido, y le despertarán sólo las aves; vivirá consigo, sin testigos, y tendrá un huerto

« del monte en la ladera
por su mano plantado
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto. »

Vayan los demás con barcos por los océanos enfurecidos y buscando las riquezas,

« A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me basta y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada. »

Se embriagaba con esta ficción, como los soñadores despiertos se embriagan con sus fantasías que, para ellos, son una distracción y un descanso en medio de las brutales realidades.

En otra Oda a Grial, nos pinta el otoño :

« Recoge ya en el seno
el campo su hermosura, el cielo acoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja,
la cima de los árboles despoja. »

« El tiempo nos convida, dice, a los estudios nobles... », « a la subida del sacro monte », « do más pura mana la fuente » y a « escribir lo que Febo le dicta favorablemente que lo antiguo — iguala y vence al nuevo estilo... » Por lo que es de él :

« Que yo de un torbellino
traidor acometido, y derrocado
del medio del camino
al hondo, el plectro amado
y del vuelo las alas he quebrado. »

Alusión evidente a alguna dificultad, quizás al proceso pendiente que tiene con la Inquisición, en el preciso momento en que escribe y que le impide hallar en la poesía la tan ansiada calma.

La espléndida oda « Al apartamento », está llena del sentimiento de aquella calma, por fin encontrada, al menos en su imaginación, debajo de un « techo pajizo », en la cumbre de un monte, donde más sereno es el aire.

« En ti, casi desnudo
deste corporal velo, y de la asida
costumbre roto el nudo
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida. »

Siéntese demasiado feliz, estando ya libre de tantos peligros, exclama

« ¡ Ay ! otra vez y ciento
otras, seguro puerto deseado !
No me falte tu asiento,
y falte cuanto amado
cuanto del ciego error es codiciado. »

Este descanso que con incansable anhelo busca, la naturaleza se lo brinda en la contemplación del cielo de luces adornado. Después de unos de esos días en que las pasiones de los hombres y las suyas propias, le dejaban sin fuerza ni aliento, ya entrada la noche, se asomaba a la ventanilla de su celda en la casa de campo de la Flecha. Está solo ahora, y por delante de sus deslumbrados ojos, se le aparece con todo su esplendor el firmamento de los veranos Galicianos, y canta :

« Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado
en sueños y en olvidos sepultado
el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente
despiden larga vena,
los ojos hechos fuente. »

Piensa en la estupidez de los hombres quienes fueron
creados para esas maravillas y ¡ están durmiendo !

« ¡ Ay ! ¡ despertad, mortales !
Mirad con atención en vuestro daño
las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
¿ podrán vivir de sombras y de engaño ? »

« Levantad los ojos » hacia aquella esfera eterna. Mirando
« el gran concierto », « la luna moviendo la plateada rueda »
y las demás estrellas, ¿ quien hará caso de « la bajeza de la
tierra » ? Lo que en vano estoy buscando aquí abajo, está allí :

« aquí vive el contento...
aquí reina la paz, aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado,
de gloria y de deleites rodeado. »

Nos dicen las antiguas leyendas que la música de Orfeo
amansaba las fieras ; así también la música del ciego Salinas
domaba las tempestades en el corazón de su amigo Luis de
León, serenando el mismo aire que respiraba :

« El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada. »

Esa música casi desmaterializaba su cuerpo y arrebatava todo su sér, como la brisa arrebatava la leve pluma, hasta las más altas esferas.

« Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente extraño
y peregrino oye y siente.
¡ Oh desmayo dichoso !
oh muerte que das vida ¡ oh dulce olvido !
durase en tu reposo,
sin ser restituído
jamás aqúeste bajo y vil sentido. »

Por ventura, ¿ la perfecta paz estaría en ese musical reposo... ? No, no es paz que puedan proporcionar ni la contemplación de los campos y de las estrellas, ni la música de Salinas. Tiene su morada en un mundo a donde sólo la fe y la religión pueden llegar. Por duras pruebas purificada, hartada el alma del poeta por las mismas hermosuras de la tierra y del firmamento, arrebatada por la esperanza y el deseo andaba buscando a aquellos secretos refugios donde tiene su trono la verdad.

« Cuando será que pueda
libre desta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad pura sin duelo. »

Allí no sólo sus sentidos y su corazón, sino su espíritu todo tendrá cumplida satisfacción. Allí se le quitarán todas las dudas que aquí abajo le atormentaban.

« De allí levantado,
veré los movimientos celestiales,

ansí el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.»

y sobre todo,

« veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas. »

Otra vez, viviendo con la imaginación, «la vida del cielo»
se ve en esa

« alma, región luciente,
prado de bienandanza que ni hielo
ni con el rayo ardiente
fallece, fértil suelo,
productor eterno de consuelo. »

Descubre allí al Pastor Divino « de púrpura y de nieve,
— florida la cabeza, coronado », moviendo sin honda ni ca-
yado, su hato amado, bañándole en la vena del gozo fiel.
Para él, « toca el rabel sonoro ».

« ¡ Oh son ! ¡ oh voz ! siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese,
y toda en ti, oh amor, la convirtiese. »

Ningún poeta expresó con tanta penetración la nostalgia de
los campos elíseos cristianos, « aquellos prados de bienan-
danza ». De aquellos prados celestiales, bajó un día el Eterno
Pastor, para vestirse de carne. ¡ Qué gozo y qué alegría para
los que vieran sus ojos y oyeran su voz ! Pero, breve, muy
breve fué la visita, y el poeta que, a su manera, de ella gozó

con los demás privilegiados, se hace compañero ahora de desventurados. ¡ Con qué acentos y con qué tiernos reproches !

«¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto ;
y Tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?»

En el apóstrofe a la nube que se lleva con ella al Cristo consolador, oímos el grito de una pobre alma dolorida, ensangrentada en su destierro :

«¡Ay! nube envidiosa
aún deste breve gozo, ¿ qué te quejas ?
¿ Dó vuelas presurosa ?
¡ Cuán rica tú te alejas !
¡cuán pobres y cuán ciegos ¡ ay ! nos dejas!»

De la nunca bastante admirada oración que durante su prisión dirigió a Nuestra Señora, y donde sus sufrimientos y sus esperanzas son un « puro y tierno lloro », tomó ese grito conmovedor hacia la paz :

« Virgen que al alto ruego
no más humilde sí diste que honesto,
en quien los cielos contemplar desean ;
como cerrero puesto,
los brazos presos, de los ojos ciego,
a cien flechas estoy que me rodean,
que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano,
ni me es dado el huir, ni el escudarme.
Quiera tu soberano Hijo,
Madre de amor, por ti librarme. »

En la oda a *Todos los Santos*, cuya parte primera tiene acento verdaderamente épico, grita su abandono, su inquietud al Padre de los pacificados, es decir, de los Santos :

« Da paz a aqueste pecho
que hierve con dolor en noche oscura ;
que fuera deste estrecho
diré con más dulzura
tu Nombre, tu grandeza y hermosura. »

Las odas a las que he aludido hasta aquí, son estrictamente líricas. El alma del poeta, azotada por crueles vientos, se ofrece a nuestra contemplación con sus dolores y heridas. En ellas, Fray Luis imita menos o su imitación está identificada con su propio sentir.

Las demás odas originales tienen un carácter épico a modo de muchas de Píndaro u Horacio. El poeta canta en tono impersonal un acontecimiento histórico, como en la « Profecía del Tajo », imitada del « Pastor cum traheret » de Horacio, o a los santos, como en las odas « A Todos los Santos », « A Santiago », « A Nuestra Señora », o a ilustres personajes de su tiempo, como en la oda sobre el nacimiento de una hija de los Borjas, en la oda a Portocarrero y en la oda sobre la muerte del príncipe Don Carlos. De aquellos versos artificiales y torcidos por la cortesana alabanza, pocas indicaciones podemos sacar acerca del alma profunda del poeta, a no ser, quizás, algo sobre su orgullo de ser castellano y sobre su amor ardiente por su España.

En la oda que canta el nacimiento de una hija de los Borjas, pone en boca de Apolo, esta invocación :

« Desciende en punto bueno,
espíritu real, al cuerpo hermoso
que en ti el ilustre seno
está ya deseoso
de dar a tu valor digno reposo. »

La « Profecía del Tajo » es una queja elocuente y afligida de la Patria identificada con su río, contemplando las duras y largas desdichas que los criminales y nefandos amores del Rey Rodrigo con Cavia, le van preparando, arrojándola en manos de los moros.

« El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena,
igual a cada parte ;
la sexta ¡ ay ! te condena,
¡ oh cara patria!, a bárbara cadena. »

Santiago que va a morir en Jerusalén, para dar a España una prueba evidente de su amor, a través del mar, le envía su cuerpo, para que lo conserve :

« Y tú, España, segura
del mal y cautiverio que te espera,
con fe y voluntad pura
ocupa la ribera,
recibirás tu guarda verdadera. »

He aquí que las huestes del moro enemigo, como las olas del mar, cubren los campos de Iberia de ruinas, muertes y lágrimas :

« Mas cese el triste llanto,
recobre el español su bravo pecho,
que ya el Apóstol santo,
un otro Marte hecho,
del cielo viene a dalle su derecho. »

y en un arrebato de orgullo y gratitud, el poeta exclama :

« ¡ Oh gloria ! ¡ oh gran prez nuestra,
escudo fiel, oh celestial guerrero !!
vencido ya se muestra
el africano fiero
por ti, tan orgulloso de primero.
Por ti del vituperio,
por ti de la afrentosa servidumbre
y triste cautiverio
libres en clara lumbre,
y de la gloria estamos en la cumbre. »

En otra parte nos muestra los mundos sometidos al cetro de los monarcas españoles, donde el sol jamás se pone, llorando la muerte del infantito Don Carlos :

« Ilustre y alto mozo,
a quien el cielo dió tan corta vida,
que apenas fué sentida,
fuiste breve gozo,
y ahora luengo llanto de tu España,
de Flandes y Alemania,
Italia, y de aquel mundo nuevo y rico,
con quien cualquier imperio es corto y chico. »

Una vez, sin embargo, su amor a España, triunfadora de Francia en Pavía, reina del nuevo mundo hallado, parece rendirse ante otro amor y es el... de « la ilustre Nise ». Escuchadle en la oda vigésima séptima, imitada de la duodécima del libro segundo de Horacio :

« Al canto y lira mía
no dicen las escuadras, las francesas
banderas, ni las armas cordobesas,
ni el nuevo mundo hallado,
ni el mar con turca sangre bañado.

Mi musa no se emplee
más de la ilustre Nise, en su hermosura
que el sol igual no ve ;
en la luz del mirar, y en la dulzura
de voz que cuando suena
alivia de dolor el alma y pena. »

Aquellos versos algo extraños en boca de un religioso, me inducen a decir dos palabras acerca de otros muy semejantes, que de seguro conocerán los que hayan leído algo de Fray Luis. Son poesías amatorias y confesadas por su autor que las relegó después de las varias traducciones de Virgilio, Horacio y Tibulo...

Me preguntarán algunos : ¿ Se podrá en esos versos como en los demás, hallarse un espejo que refleje, al menos, un aspecto del alma del poeta, de su personalidad ? Contesté a esa pregunta en el capítulo anterior. Por ahora básteme decir que creo fueron aquellos versos los que obligaron a nuestro monje a confesar la paternidad del cuaderno manuscrito que andaba escondido con el nombre del famoso Arias Montano o de otro autor. ¿ Los escribiría él antes de ser religioso, es decir, antes de los catorce años ? Es posible que sí, para algunos ; para otros no, por demostrar estos versos un corazón y un espíritu sumamente maduros. Pero, que los haya escrito antes de entrar en el convento o después, poco nos ha de importar. El hecho indiscutible es que los admitió siendo monje, en su colección manuscrita. Además, tampoco eran aquellos tiempos los tiempos libres, en cuanto a costumbres, de los arcepresbiteros de Hita o algún otro fraile de entonces ; eran tiempos después de la Reforma hecha por el Concilio tridentino, y Fray Luis gloriábase de sentar fama de rigorista. En el prólogo del libro tercero de sus poesías, lamentase de que el sentido cristiano haya menguado hasta el punto de poner en música y en versos los mismos vicios. « Cantamos alegremente, dice, nuestra deshonra ».

Por ventura ¿ quería exponerse a que le dijeran sus muchos y maliciosos enemigos : « médico, cúrate a ti mismo » — *medice, cura teipsum* — ? No es de suponer. Así es que me inclino a creer que aquellas poesías amatorias no serían sino meros entretenimientos y juegos de su fantasía. Él mismo, después de insertada una traducción de Tibulo escribe : « Imitación de diversos ». La segunda es una imitación de Petrarca y la otra una oda mística a la manera de Bembo.

Me es más difícil ver imitaciones en los sonetos. Un conocimiento más profundo y exacto de Petrarca podría tal vez sacarnos de duda. Así y todo, no serían dichas poesías más que unos entretenimientos de la fantasía literaria.



III. EL ARTISTA

LAS poesías de fray Luis de León, dice Ticknor, caben en unas pocas páginas, pero no hay en ellas ni una sola línea que no tenga su gran valor, pudiendo sin titubeos de ninguna clase colocarlas, en conjunto, entre las primeras del lirismo español. (1) ».

Luis de León pertenecía a la familia de los artistas en quienes la emoción estética, intuición y conquista de la hermosura realizábase en el orden, la armonía y la serenidad. Sófocles, Virgilio, Horacio, Racine, Goethe, Cervantes y nuestro gran fraile han podido verse sacudidos por violentas pasiones ; pero cuando contemplaban las creaciones de su imaginación y de sus pensamientos, las olas que al lado suyo iban levantándose y rugiendo no llegaban a distraerlos. Se recreaban a veces con el espectáculo de la tempestad desencadenada para describir sus remolinos, con arte soberano y dueño de su expresión. Así, el pastor, mientras alrededor suyo están retumbando los truenos y cae el rayo sobre las laderas y valles, él, tranquilo en la cima, contempla el sol cuyo disco enrojecido se hunde en el fulgurante y enfurecido Océano.

Atraído por su pensamiento, nuestro poeta dejaba que retumbase el trueno, y que el rayo trazara su línea blanquecina y quebrada por la negra nube. Ese pensamiento se adueña de él, le rodea y le domina. De ahí ese arrojo que le echa « in medias res » y se traduce en enérgicas exclamaciones e interrogaciones :

(1) *Historia de la literatura española*, II. pág. 182.

« ¡ Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido !
.....
¡ Cuándo será que pueda
libre desta prisión volar al cielo !
.....
¡ Qué vale cuanto veo
dó nace y dó se pone el sol luciente !
.....
Alma, región luciente
prado de bienandanza...
.....
¡ Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error !
.....
¿ Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle ?...»

Apasionado por su creación interior y hecho a la escuela de Atenas y Roma, la va pintando y esculpiendo con los medios más sencillos. Nada de colores pesados en su lienzo, nada en su mármol de cincelados fatigosos, como nos los enseñan en sus obras nuestros románticos e impresionistas. Los vocablos más sencillos, pero escogidos entre mil, traducen su emoción estética, para enhebrarse y ensartarse y expresar así la imagen compleja que tiene concebida. Palabras y estrofas adquieren su precio por el lugar ocupado o por el contraste conseguido.

El autor acaba de cantar la alegría de vivir en paz consigo mismo allá en los campos. Pensando en aquéllos a quienes la ambición de gloria o de dinero empuja hacia las aventuras, dice :

« Ténganse su tesoro
los que de un falso leño se confían. »

¡ Qué sencillez de palabras y de giros ! ¿ Pudiéranse encontrar otros que expresaran más y mejor el desdén hablando familiarmente ? « Ténganse... » Desdén que sin embargo está

acompañado con sonrisa maliciosa al par que discreta, pues no tiene valor para ver a hombres llorar y a punto de desaparecer en la rugiente tempestad,

« No es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el abrego porfían...
y la embatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día...
.....»

Es de notar — de esos detalles está hecho el estilo — esa palabra «cruje» puesta así de relieve, palabra que rechina como la antena; también es de notar la oposición entre «ciego» y «claro». Oye los gritos que al cielo suben y ve a la mar que se está tragando a estos ambiciosos:

« A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada
me basta. »

Allí, el furioso Océano que arroja cadáveres; aquí, ese cuadro encantador nos muestran al poeta sentado a una mesita pobre, pero «de amable paz bien abastada». Debe llamar nuestra atención esa mezcolanza de concreto y de abstracto: «paz abastada». Otra pincelada es ésta de las propias del artista.

No tendrá sobre esta pobre mesa nada de vajilla de oro; eso, con despectiva sonrisa, lo deja para los ambiciosos, para los inquietos que van en busca de peligros. A él, le basta la vajilla de estaño o de madera,

« y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada. »

Notemos de paso la elegancia de expresión y el epíteto «de fino oro labrada».

Conjunto y detalles de esta oda concurren a desarrollar a maravilla, la idea contenida en los dos primeros versos :

« ¡ Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido ! »

Adueñado por tal idea, el poeta saca de su imaginación, de su corazón y de su memoria los colores, sentimientos y palabras para adornarla y hacerla vivir ante nuestros ojos y los suyos.

Del mismo modo, pudiéramos analizar y comentar cada cual de las odas de fray Luis, productos espontáneos, aun cuando imita, de una emoción estética, muy circunscrita, en la que todo se une por medios al par que sencillos, pero muy escogidos, para producir la misma impresión de hermosura perfecta, proporcionada, sin empujones, y, sin embargo, en donde abundan los amplios horizontes, en donde despiertan a montones, como en la Joconda, exclamaciones e interrogantes. El gran artista evoca muchos más pensamientos y sentimientos de los que expresa.

La oda sobre la Ascensión no consta sino de cinco estrofas, pero se expresa en una lengua rica de elegancia, sobriedad y armonía verdaderamente divinas ; lengua que va creando un mundo de ideas y emociones alrededor de su tema : triste estado de los Apóstoles sin Cristo Jesús. ¿ Existirá algo más hermoso en literatura alguna ? Los profesores de español tienen allí fuente inagotable de comentarios, e ideas muy propias para formar el sentido estético de sus alumnos.

Y para seguir hablando de la lengua de nuestro poeta, citaré algunos trozos en los que parece como sobrepujarse a sí misma su elegancia.

Pongo por ejemplo la fuente de su huerto, la cual al correr se apresura y luego más apacible,

« El paso entre los árboles torciendo
el suelo de pasada,
de verdura vistiendo
y con diversas flores, va esparciendo. »

Palabras todas que son verdadero lienzo : « el paso torciendo », « de verdura vistiendo », « flores esparciendo ».

Por el sendero de la virtud corre Portocarrero, y nos dirán las palabras con qué rapidez :

« Traspasa luego espacio con ligero
pie y ala voladora... »

Oigamos el apóstrofe al alma de la hija de Borja :

« Alma divina en velo
de femeniles miembros encerrada,
cuando viniste al suelo
robaste de pasada
la celestial riquísima morada. »

¡ Cuánta elegancia y finura, y al mismo tiempo cuánta sencillez !

« No pinta el prado aquí la primavera,
ni nuevo sol jamás, las nubes dora,
ni canta el ruiseñor lo que antes era. »

Dichoso el

« que por las inocentes soledades
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña
y el ánimo enriquece con verdades. »

Palabras tan bien escogidas, epítetos tan bien aplicados por su belleza al contenido del objeto que despiertan todo un mundo alrededor suyo. Las « inocentes soledades » hacen pensar en las aglomeraciones, no inocentes, de seres humanos,

¡ Cuán agradable es y suave, el viento que sopla sobre el alma arrepentida, el Espíritu ! ¡ Parece que las mismas palabras producen esa misma dulzura !

« Pero sopló a deshora un manso viento
del Espíritu eterno, y enviando
un aire dulce al alma, fué llevando
la espesa niebla que la luz cubría
dándole un claro y muy sereno día. »

La preocupación angustiosa y continua de Luis de León, lo tengo ya dicho, fué la paz. Su obra poética me parece como un descanso para que su alma se esté fijando un momento en las cumbres. Para coadyuvar a su conquista, se vale él de ideas y objetos cuya contemplación le hace olvidar sus agitaciones y miserias.

Entre esos objetos está, y en primer lugar, la naturaleza. De todos los poetas del siglo de oro español fué el que más se acercó a ella, el que mejor la sintió y entendió. La sentirá, es verdad, como discípulo clásico de Virgilio, Horacio y Tíbulo ; pero, apartándose de la moda romántica, no mezclará ni confundirá en un panteísmo psíquico sus vibraciones con las vibraciones de la naturaleza. Ésta se presentará a él en cuadro animadísimo, que, bien estudiado, ayuda a ser más hombre. Su *manera* no tiene nada de la ficción y del amaneramiento de un Boileau, y sobre todo de nuestros seudoclásicos como Delille, cuyas descripciones son, antes que visiones directas, verdaderas imágenes y recuerdos de cosas muertas. Aun dentro de su imitación, Luis de León piensa en el huerto, en la tempestad o el firmamento de sus grandes modelos, compenetrándose con ellos ; compenetración que da a su poesía un acento de sinceridad y de familiaridad de que carecen nuestros maestros del siglo XVIII cuando hablan de la naturaleza. Sólo entre ellos parece sentirla, al igual que nuestro poeta, Lafontaine.

He citado la descripción en prosa en los *Nombres de Cristo* de la casa de campo de los Agustinos, en los alrededores de Salamanca. Hela aquí en versos :

« Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que, en la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,

desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura ;

y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y el cetro pone olvido.»

¡ Qué realismo más elegante ! ¡ Qué frescura y lozanía !
Diré más : ¡ qué impresionismo, lleno de luz y de relieve, y
que no tiene nada de sensación difusa !

« El aire el huerto orea,... »

Los parnasianos se reconocerían en esa colección escogida
de palabras y vocales que acarician nuestro olfato, nuestro
oído, nuestros sentidos todos, igual que ese céfiro que « el
huerto orea ».

Véase otro ejemplo de impresionismo sano y natural en
esa primera estrofa de la oda a Grial :

« Recoge ya en el seno
el campo su hermosura, el cielo acoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja. »

Estos versos recuerdan la poesía tan conocida de Mille-
voye, que, salvó del olvido el nombre de ese poeta : *La jeune
poitrinaire*. Prestemos el oído a la música de las aves, la cual
inunda al alma de amorosa alegría.

« Las parleruelas aves
una acordada música hacían
de voces tan süaves
que el alma enternecían
y al amor de su esposo la encendían. »

Idea que vuelve a expresar el poeta hablando de la música de Salinas :

« A cuyo son divino
el alma que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida. »

Aquí y allí la acción dulcificadora de la naturaleza y del arte sobre el poeta, está maravillosamente expresada. Su alma triste se parece al cielo sombrío o al torbellino encrespado : ya la primavera no esmalta las praderas ; el sol ha dejado el lugar a una noche sin estrellas.

« Huid, contentos...
a do ya no veréis sino nublados
y viento, y torbellino, y lluvia fiera,
suspiros encendidos y cuidados. »

Noches estrelladas y serenas, cuántas delicias, cuánta quietud, cuántas exaltaciones infundís en el alma. ¡ La levantaís muy por encima de sí misma y de la tierra !

« ¿ Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra
y no gime y suspira
y rompe lo que encierra
el alma, y destos bienes la destierra ? »

Estos versos, en los que algo hay de reminiscencia del « Sueño de Escipión », pero en los que el autor se acuerda también de sus estudios astrológicos, expresan, en lengua admi-

rable, las bellezas de las noches estrelladas y el desdén de la tierra, inspirado por su contemplación. Forman parte de la poesía científica. Otro tanto diré de la oda a Salinas, en donde la acción de la música sobre el alma está admirablemente expresada. Música de la tierra que, al levantarse, se encuentra con la del cielo y de sus acordes nace una armonía del todo divina.

« Y entre ambos a porfía
se mezcla una dulcísima armonía. »

Haciendo caso omiso de la belleza de los campos, riachuelos, praderas, música y firmamento, es decir, de todo cuanto le devolvió la paz, — se encontrarán páginas admirables sobre la acción pacificadora de la contemplación del cielo estrellado en los *Nombres de Cristo* (Príncipe de la Paz) y en *El Libro de Job*, — se eleva el poeta más allá de los mundos, contemplados durante las noches serenas. Su sed de verdad se verá saciada : « veré... veré... » Oda que me parece el canto de esperanza del filósofo y del pensador, a la manera de Lucrecio. Claro que el poeta no busca solución a los problemas metafísicos o morales ; pues trata sólo de descubrir, desde la más alta esfera, desde el cielo de Ptolomeo, las causas de los fenómenos físicos. Al hablar del lugar « en donde Dios oculta sus tesoros de nieve, de donde viene el trueno », hace una descripción de una tempestad en tres estrofas que son de un realismo verdaderamente vivo y evocador de las desgracias, que siembra por los campos y en los corazones de los campesinos. Por la misma grandeza del espectáculo, por las ideas que despierta, por su expresión, en la cual todo es movimiento, color, trazo espontáneo, cautivador y muy natural, esa oda es una de las más hermosas del poeta. La prefiero yo a la famosa *Noche serena*, en donde me parece hay más artificio, menos horizonte y menos inmensidad.

Pero Luis de León se sobrepuja a sí mismo cuando, subiéndose, hasta el cielo cristiano, detiene allí su visión inte-

rior. Trasladado más allá de las estrellas a la esfera más alta, « Alma región luciente », exclama, y entre esos prados « de bienandanza » nos muestra al Cristo, Pastor eterno, llevando su rebaño de escogidos, sin cayado ni honda.

« Él va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas, dó las paze,
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace
y cuanto más se goza, más renace. »

Vuelve el poeta una vez más sobre los efectos de la música, pero, aquí, de la música que es creación del mismo Cristo :

« Toca el rabel sonoro
y el inmortal dulzor al alma pasa. »

El decir de la última estrofa, está ya en san Juan de la Cruz, y es poco habitual en Luis de León (1).

(1) Salvo en esta oda y en tres o cuatro más, no se muestra como poeta místico. Es también el parecer de Menéndez Pelayo, quien, en una nota a su discurso de ingreso en la Academia Española sobre la Poesía mística, escribe:

« Como se ve, apenas si aludo a las odas *Noche serena*, *A Salinas*, *A Felipe Ruiz*, *A la Vida del cielo*, odas que son las que más se acercan al género místico. » Menéndez Pelayo define la poesía mística en los términos siguientes : « No es sinónima de poesía cristiana ; abarca menos y abarca más... Para llegar a la inspiración mística, no basta ser cristiano devoto, ni gran teólogo, ni siquiera santo ; hace falta un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ardorosa y honda de las cosas divinas, una metafísica o filosofía primera que sigue camino diferente, pero no opuesto al que sigue la teología dogmática... ». Hay también los místicos del patriotismo y aún de la política, si se quiere admitir esa presión oculta que un sentimiento muy vivo nacido de una idea o de una pasión muy viva, ejerce muchas veces ignorándolo el sujeto, sobre sus pensamientos y acciones. Energía inconsciente y como ignorada, empuja hacia un objeto no conocido, ilimitado, inagotable, pero iluminado fuera por los reflejos del deseo que aspira violentamente a su conquista. Un objeto finido, conocido y limitado, sacia en seguida el deseo.

« Conocería donde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
desta prisión adonde
padece, a tu manada
viviré junta, sin vagar errada. »

Para pacificarse, el alma de nuestro poeta tenía otras visiones que las de los campos o cielos estrellados ; tenía las visiones de su fe fortalecientes, desarrolladas por sus estudios, sobre todo por el estudio de sí mismo.

La oda titulada « El conocimiento de sí mismo » es síntesis espléndida de los conceptos cristianos, sobre el hombre sacado de la nada, herido por el pecado, lavado por el bautismo, volviendo a pecar y redimido por la penitencia. El poeta concreta sus conceptos vistiéndolos magníficamente.

Escuchad esta evocación de su ser hundido en la nada :

« En el profundo del abismo estaba
del no ser, encerrado y detenido,
sin poder ni saber salir afuera,
y todo lo que es algo en mí faltaba,
la vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
y en fin, mi ser no ser entonces era... »

La oda a la Virgen Santísima, queja dolorosa de su prisión, amontona todos los sentimientos de amor y de confianza que el catolicismo, y en especial el de la Edad Media, profesaba a la Madre del Hijo de Dios, Nuestra Señora.

« Virgen en cuyo seno
halló la Deidad digno reposo,
do fué el rigor en dulce amor trocado,
si blando al riguroso
volviste, bien podrás volver sereno
un corazón de nubes rodeado... »

Ciertos versos, en donde se expresan el abandono y la injusticia de que el poeta se cree víctima, son de acento desga-

rrador y profundamente humano. Substrayéndose un momento a sus sufrimientos, los contempla en su soledad desamparada, en la dulce imagen de la protectora de los desamparados. De esta visión simultánea salen este grito de dolor y este otro tierno grito de esperanza :

« Virgen, del Padre esposa,
dulce Madre del Hijo, templo santo
del inmortal Amor, del hombre escudo,
no veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa ;
si la salida, incierta ; el favor, mudo,
el enemigo, crudo,
desnuda la verdad, muy proveída
de armas y valedores la mentira,
la miserable vida
sólo cuando me vuelvo a ti respira. »

La oda « No viéramos el rostro... » encierra en su resumen toda la teología de la participación de María en la obra de la Encarnación, y tal vez ofrece la contestación más hermosa a los errores del Protestantismo sobre esta devoción a la Virgen Santísima, devoción tan conforme con las exigencias del corazón humano y de la Escritura. Yo la creo, en cuanto al fondo de los pensamientos, a los sentimientos y al arte de expresarlos, superior a todos esos tratados de devoción en donde « se extiende la sosa literatura de los meses de las Flores » de que hablaba Veuillot. Tiene versos de concisión, profundidad y esplendor verdaderamente cornelianos.

« A Dios de Dios bajáis del cielo al suelo,
del hombre al hombre alzáis del suelo al cielo. » (1)

La *Canción a Jesucristo crucificado*, aunque algo inferior a la que precede por causa de ciertas expresiones rebuscadas

(1) No creo, pues, tal oda « indigna » de Luis de León, como escribe Coster.—
Revue Hispanique. 1922.

o muy comunes, no es indigna de fray Luis de León, aunque algunos críticos piensen que no es suya. Algunas estrofas parecen escapadas de la boca de san Francisco de Asís.

♦ Inocente Cordero
en tu sangre bañado,
con que del mundo los pecados quitas,
del robusto madero
por los brazos colgado
abiertos, que abrazarme solicitas ;
ya que humilde marchitas
la color y hermosura
de ese rostro divino,
a la muerte vecino ;
antes que el alma soberana y pura
parta para salvarme,
vuelve los mansos ojos a mirarme. »

Menos me gustan, tengo que decirlo, las odas épicas *Profección del Tajo*, *A todos los Santos*, *Santiago*, etc..., pues tienen algo de artificial. En ellas se echa de ver mucho más la imitación por estar menos asimilada. No me satisface esa personificación de un río. La empleó también Boileau en su epístola sobre el paso del Rhin. Allí es menos sincera aun que en fray Luis de León, el cual, poeta de más vuelo, hace olvidar el convencionalismo de la imitación, merced al movimiento impetuoso y tumultuoso de sus versos. El patriota, desesperado divisando en el horizonte las hordas de la Media Luna, que se precipitaban a dominar y arrasar a su querida España, suplica al Rey Rodrigo ponga por fin coto a sus criminales amores y traza versos que pudieran ponerse en boca de Juana de Arco hablando a su rey, que, entre los brazos de Inés Sorel, se olvida de que los ingleses han invadido a Francia, de la que son casi dueños absolutos. Por más que hablan el Tajo y Juana, ambos príncipes anteponían sus placeres a Francia y a España.

« ¡ Ay! triste ¿ y aun te tiene
el mal dulce regazo, ni llamado
al mal que sobreviene ?
¿ No acorres ? ¿ Ocupado
no ves ya el puerto o Hércules sagrado ? »

El mismo ardor patriótico enciende la oda a Santiago. Luis de León canta en ella la confianza que todo un pueblo tiene puesta en la particular protección de Santiago. Expone con rasgos rápidos y matizados la historia o la leyenda de la llegada de Santiago a España, la devolución de su cuerpo exánime sobre un barco, sus proezas contra los moros, el amor que empuja hacia su sepulcro a los peregrinos de todo el universo mundo.

« De tu virtud divina
la fama, que resuena en toda parte,
siquiera sea vecina,
siquiera más se aparte,
a la gente conduce a visitarte.
El áspero camino
vence con devoción, y al fin te adora
el franco, el peregrino
que Libia descolora
el que en Poniente, el que en Levante mora. »

Esta oda da fe del sentimiento nacional que a los españoles del siglo XVI animaba, sentimiento noble y de origen religioso. Tal vez no encontráramos nada parecido en nuestros autores del siglo XVII, más amantes de su rey que de Francia, y sería preciso remontarnos a Ronsard y a Cristina de Pisan, para hallar algo parecido.

La oda *A todos los Santos* distínguese por la variedad de sus giros y la exactitud con la cual el poeta caracteriza a cada uno de los Santos. A modo de ejemplo, he aquí lo que nos dice de san Pedro :

« Osado en la promesa,
barquero de la barca no sumida,
a ti mi voz profesa,
y a ti que la lucida
noche te traspasó de muerte a vida. »

La oda a Portocarrero *La cana y alta cumbre* y la que escribió sobre el nacimiento de la hija del marqués de Alcañices, *Inspira nuevo canto*, antes que todo, son epístolas alabatorias — estilo Píndaro, — algo ampulosas y artificiales; pero no dejan de tener hermosas estrofas. En ellas se echa de ver, como nuevo aspecto del alma del poeta, el interés que su patriotismo profesa por las familias que fundaron su patria y por los grandes acontecimientos históricos de España en que se vieron mezcladas. El espíritu ensalza la nobleza, pero ésta, a su vez, ennoblece en cierto modo el espíritu.

« Desciende en punto bueno
espíritu real, al cuerpo hermoso
que en el ilustre seno
está ya deseoso
de dar a tu valor digno reposo.
.....
De abuelos clara historia
a quien das nueva vida,
por quien la grande España fué regida
dárate en cambio desto
de los eternos bienes la nobleza,
deseo alto, honesto,
generosa grandeza,
claro saber y llena de pureza. »

Infinitamente rica, la lira del poeta expresaba los tonos y acentos más opuestos. Cotejad esas estrofas, épicas y ardorosas, con la delicada filigrana que hace del alma de la hija del marqués de Alcañices

« Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada,

cuando viniste al suelo
robaste de pasada
la celestial riquísima morada... »

Las odas, mejor dicho, las epístolas morales me interesan menos. Hay en ellas demasiados recuerdos de lecturas clásicas; haciendo excepción de la de Portocarrero, *No siempre es poderosa*, escrita seguramente, después de la prisión: es un canto de triunfo. Ignoran esos versos los que sólo hablan de la suavidad, tranquilidad y dulzura del estilo de Luis de León. Allí se nos manifiesta como siempre, maravilloso forjador de imágenes, habita en las cimas, mientras abajo ruge la tempestad. ¡ Qué fuerza, qué arrogancia en medio de su victoria !

« El ánimo constante,
armado de verdad, mil aceradas
mil puntas de diamante
embota y enflaquece, y desplegadas
las fuerzas encerradas,
sobre el opuesto bando
con poderoso pie se ensalza hollando.
Y con cien voces suena
la fama, que a la sierpe, al tigre fiero
vencidos, los condena
a daño no jamás percedero,
y con vuelo ligero
venciendo la victoria,
corona al vencedor de gozo y gloria. »

Ahí está pintado a lo vivo el carácter áspero, fuerte, enérgico, del poeta, carácter que, tal vez más que su supuesta heterodoxia, le acarreó tantos disgustos y sufrimientos. A modo de artista superior, saborea y se goza en su triunfo y en la humillación de sus adversarios. Así Esquilo hubo de saborear las venganzas de las Euménides contra la esposa y la madre infame.

Poco he de decir acerca de las odas que hablan del amor humano. Los rasgos que pintan esa pasión son de psicología

penetrante y exacta. En la *Oda a Cerinto*, tomando lección de la manera con que Ulises se despide de las Sirenas, el poeta declara a su amigo que la huída es el único medio de escapar del peligro.

« Si a ti se presentare,
los ojos, sabio, cierra, firme atapa
la oreja si llamare ;
si prendiere la capa,
huye, que sólo aquel que huye escapa. »

La oda que empieza con esas palabras : « Vuestra tirana canción » es joya de perfección inimitable. Nuestros parnasianos no tienen nada más afiligranado. Tales versos pueden sufrir comparación con los más hermosos de *Emaux et Camées* de Théophile Gautier. Los últimos encierran verdades humanas profundísimas.

Es preciso confesar que versos semejantes parecen extraños en boca de un religioso. Hoy no se le permitiría imprimirlos. Sus enemigos, que de seguro conocerían dichos versos, pues correrían por todas las manos en Salamanca, nunca pensaron en reprochárselos delante de la Inquisición. ¿ Sería porque entonces había menos ocasión de escandalizarse que ahora por semejantes escritos, o bien se considerarían como mero pasatiempo de parte de su autor ?...

He encontrado en la *Vida y juicio crítico sobre el maestro fray Luis de León*, publicados al principio del libro de la *Biblioteca de Autores Españoles* (1) en donde están las obras de nuestro autor, la nota siguiente : « Se observa, no obstante, que León, aun imitando, da cierto tinte particular a lo que imita, aventajando no pocas veces al autor original en el modo de condensar el pensamiento. Hace aún más : personaliza a menudo en sí lo que sus modelos impersonalizaron, y logra

(1) Tomo II, pág. XII.

comunicar al asunto mayor fuerza de sentimiento. La comparación entre la oda *Qué descansada vida* y la de Horacio que empieza : « *Beatus ille qui procul negotiis* », son de esta verdad una completa prueba. ¡ Qué no hubiera hecho León si se hubiese entregado más a la espontaneidad de su genio ! »

Crítico que veía clara y delicadamente. Trátase de aclarar más todavía y en todos sus detalles esa idea tomada en conjunto.

Fray Luis ha traducido e imitado mucho. Aun en sus juveniles años, hubo de apasionarse por la antigüedad, lo mismo que muchos de sus coetáneos.

« Lo antiguo
igual a y pasa el nuevo
estilo... »

escribe él mismo a Grial.

De los antiguos, el que más atractivo ejerció sobre él, fué Horacio. Su equilibrado ingenio, armonioso, elegante y algo hastiado de los hombres, se encontraba por las cimas al lado del suyo. Luis de León tradujo en versos buena parte de la obra del amado maestro.

El crítico anónimo que he citado antes, pretende que nuestro poeta, en la oda que empieza por « *Qué descansada vida* », ha imitado la de Horacio *Beatus ille*. Varias veces la he leído y no encuentro sino pocas y vagas reminiscencias. El señor Coster me parece más cerca de la verdad cuando escribe : *Qué descansada vida* es un mosaico de imágenes o de pensamientos sacados de autores latinos : allí se encuentran recuerdos de Horacio, Virgilio, Tíbulo y Cicerón. »

En la oda *¿ Qué vale cuanto veo ?* traduce libremente los versos de Horacio, de los que ha tomado su divisa : *Ab ipso ferro* (1). *La profección del Tajo* es imitación de *Pastor cum traheret*, del poeta latino. El principio de la oda *Qué*

(1) Horacio IV, 3, V. 56, 60.

santo, *qué gloria* está inspirado por el *Quem virum, aut heroem* (1), que también es imitación de la segunda Olímpica de Píndaro.

Luis de León imita el himno de Aristóteles en su oda *Virtud, hija del cielo*. Recuerda a Virgilio en su descripción de la tempestad en la oda a Felipe Ruiz: *¿ No ves cuando acontece... ?*; al *Sueño de Escipión*, de Cicerón, en la oda *Cuando contemplo el cielo* (2), a Lucrecio, en los primeros versos de la oda sobre las Sirenas (3) y a Homero en esa misma oda, en la que las estrofas 9, 10, 11 reproducen el canto de las Sirenas.

Hay poca imitación de los autores bíblicos, pero odas hay, como *Alma región luciente*, *Y dejás, Pastor santo*, *Virgen que el sol más pura* que se cuentan entre las más hermosas por inspirarse en sentimientos e ideas bíblicas.

La que tiene sobre la Ascensión, en especial, es digna de compararse con los salmos más hermosos del profeta real, y nunca hubiera podido ser escrita por un pagano.

La obra del poeta de Castilla la Vieja me parece el punto de unión de las tres grandes culturas humanas: griega, latina y bíblica, sintiéndose la influencia de las dos primeras, sobre todo en sus versos. Pues ese fraile, en sus horas de solaz, saboreaba a Virgilio, Horacio, Homero. Artista, descubrió sus secretos de artistas, robándoles unos cuantos para su obra. La sobriedad, armonía, concentración de movimientos y de colores, sin divagaciones ni hinchazón alrededor de una emoción y de una idea, son cualidades clásicas. Tiene también su parte importante la memoria en la expresión de cuanto encuentra en los maestros de Atenas y Roma, pero vuelve a hundir dichos recuerdos en la corriente de su conciencia, los revive para

(1) Liv. I. II. Conjetura el señor Coster que fué después de haber traducido en la cárcel en 1575, la primera Olímpica: *El agua es bien precioso* que fué conducido a la 2.ª que le puso en contacto con Horacio que la había imitado.— *Revue Hispanique*, n.º 109, pág. 226.

(2) Coster indica los lugares imitados, págs. 220-221.

(3) Coster, pág. 222.

adquirir su intuición personal. Las más veces, esa intuición no sugiere del modelo sino la materia prima indecisa y confusa. En tal molde ha tomado el precioso metal una forma, unos perfiles y tonalidad que, así considerados, no han conservado nada o casi nada del molde primitivo de su primera forma clásica. Se acuerda, escribiendo, de Horacio, Virgilio, Tibulo, pero se asimila tan bien sus ideas o imágenes, que parece ser él el verdadero autor de ellas. Con mucha razón escribe Menéndez Pelayo: «Si descubriéramos la fuente de cada uno de los versos de fray Luis de León, y si pudiéramos decir que la tempestad descrita en la oda a Felipe Ruiz está copiada de las Geórgicas de Virgilio, que la Vida del campo y la profecía del Tajo no son sino desperdicios de la musa de Horacio, quedaría siempre de ello purísima esencia que escapara a todo análisis; pues el poeta se ha vuelto a poner en su mismísima naturaleza, sintiendo y viviendo todo cuanto imita de sus modelos. Y sintiéndolo lo hace vivir, animándolo con sus rasgos personales». Aun en donde parece esforzarse más su propia memoria, se nota que proyecta su recuerdo en su mismo presente. Interesante sería cotejar su descripción de la tempestad con la de Virgilio, en la que se inspira (1). Lo desleído del autor latino, lo remata Luis de León en tres es-

(1) He aquí los versos de Virgilio y los de fray Luis.

Omnis ventorum concurrere proelia vidi
quae gravidam late segetem ab radicibus imis
sublime expulsam ruerint: ita, turbine nigro,
ferret hiems calamumque levem stipulasque volantes;
saepe etiam immensum coelo venit agmen aquarum
et foedam glomerant tempestatem, imbribus atris,
collectas ex alto nubes: ruit arduus ether
et pluvia ingenti sata laeta boumque labores
diluit, implentur fossae et cava flumina crescunt.
Cum sonitu; fervet fretis spirantibus aequor.

Ipsa, Pater, media nimborum in nocte, corusca
fulmina molitur dextra: quo maxima motu
terra tremat, fugere ferae: et mortalia corda
per gentes humiles stravit pavor...

«¿No ves cuándo acontece
turbarse el aire todo en el verano
el día se ennegrece
sopla el gallego insano
y sube hasta el cielo el polvo vano
y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente,
La lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados.
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados?»

trofas cortísimas, agregando detalles que faltan al modelo.

He aquí un detalle de color muy local : « Sopla el Gallego insano ». Adelántase Dios sobre un carro ligero y brillante que reemplaza con ventaja al « Padre Júpiter » arrojando rayos y oculto tras unas nubes.

La tercera estrofa es toda de la inventiva de nuestro poeta: termínase en este cuadro, pincelando en tres versitos, el espanto de los labriegos ante las ruinas amontonadas por la tormenta :

« En trabajo deshecho
los campos arrasados
miran los labradores, espantados. »

Igual que Lafontaine, Racine, Goethe, Andrés Chénier y demás imitadores geniales, así es Luis de León.

« Sur des pensers nouveaux faisait des vers antiques. »

Boileau, los seudoclásicos Campistron, Delille, Baour-Lormian, no hacían revivir sus modelos, pues los chapeaban, plagiándolos con más o menos destreza.

Ni sus pensamientos eran nuevos ni sus versos antiguos.

Hemos señalado pocas poesías inspiradas en la Biblia. Creemos que la mayor parte de ellas las compondría Luis de León antes de que se apasionara por ella. Sin embargo, algunas evocan remembranzas del antiguo Testamento y han de ser de la época en que su comercio con la Sagrada Escritura era ya más íntimo. La oda *Cuándo será que pueda* tiene trazas de salmo, verdadero canto de esperanza al pensar en el Cielo. Abundan en ella las ideas bíblicas de las que está como saturado el poeta.

« Veré las inmortales
columnas dó la tierra está fundada. »

Allí se echa de ver una reminiscencia de las palabras de los santos Libros « Cum illo enim eram cuncta componens, quando fecit fundamenta terrae. »

La expresión « de los tesoros tiene de nieve Dios, y el trueno donde viere » (estrofa 7) está sacada del capítulo 22 de Job : ¿ Por ventura has entrado en tesoros de nieve y tesoros de granizo has hallado ? ». La imagen que sigue en la estrofa 8 :

« y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente. »

se saca de la traducción del Salmo XVII, citado en el versículo 23 :

« Los cielos doblegando descendía,
calzado de tinieblas, y en ligero
caballo por los aires discurría,
en querubín sentado, etc... »

La oda *¿ Y dejas, Pastor santo me parece otro salmo a modo del XI, Ut quid Domine recessisti ?* La Oda a la vida del Cielo hace recordar de modo perfecto, los versos del *Cantar de los Cantares*, y a Mr. Coster le parece que la escribiría el poeta mientras comentara estos cánticos.

Las obras en donde se hace notar más la influencia bíblica, son las más hermosas. Allí el autor es dueño absoluto de todos sus medios : abandona las finezas y habilidades de Virgilio y Horacio por las grandes ideas y sublimes sentimientos de los Profetas y Salmistas para adaptarlas a su alma de admirable manera. Uno de los que más y mejor han escrito sobre el poeta, el Sr. Onís, hace notar que « esa alma más que otra cualquiera era hermana de los Profetas, habiendo llegado a una comprensión más profunda de todo cuanto es humano y permanente en la civilización judaica... El espíritu bíblico forma parte de su temperamento, y sus traducciones expresan en castellano moderno la emoción estética del original. Más aún : sus propias creaciones están informadas en el mismo espíritu. » (1).

(1) Onís : Introducción a *los Nombres de Cristo*, I., pág. X.

Las traducciones en versos que nos ha dejado de algunos salmos y de varios capítulos de Job deben colocarse entre sus producciones más perfectas ; pues son superiores a la traducción « vulgata », cuyo vocabulario a veces hace palidecer la hermosura de tan sublimes cantos del alma. Identifícate Luis de León con su poeta inspirado ; clarifica, descubre las intenciones y sentimientos a veces difusos de su modelo, sin dejar de seguir su movimiento y conservando sus más pequeños matices.

Para sentir y entender los salmos, nada como ese trabajo, el cual conservaría su valor aun usando una traducción francesa que lo siguiera literalmente. Para que nos demos cuenta del aserto mío, iré transcribiendo tres estrofas del salmo *Super flumina Babylonis* en español y en latín :

« Cuando presos pasamos
los ríos de Babilonia sollozando,
un rato nos sentamos
a descansar llorando,
de ti, dulce Sión, nos acordando.

*Super flumina Babylonis, illic sedimus
et flevimus: cum recordaremur Sion*

Allí, de descontentos,
colgamos de los sauces levantados
los dulces instrumentos
que, en Sión acordados,
solían tañer a Dios salmos sagrados.

*In salicibus, in medio ejus,
suspendimus organa nostra.*

Colgámoslos de enojo
de ver que aquellas bárbaras naciones
tuviesen cruel antojo
de oír cantar canciones
a quien hacen llorar mil sinrazones.

*Quia illic interrogaverunt nos,
qui captivos ducerent, nos, verba
cantonum.*

Ellos, como se vieron
cerca de Babilonia su región,
canta y tañe, dijeron,
y no cualquier canción,
sino uno de los cantos de Sión.»

*Et qui abduxerunt nos: Hymnum
cantate nobis de canticis Sion.*

Otras veces, fray Luis, en lugar de traducir, siguiendo de más cerca las expresiones y movimientos del Salmista,

conténtase con imitación más libre. Pudiera equivocarme, pero ciñéndome al texto de la Vulgata, pues ignoro el hebreo, me parece que el poeta español llegó casi a igualar al poeta hebreo. De mi aserto se podrá juzgar por esta paráfrasis del primer versículo del salmo « Miserere », cuyo texto latino es : *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*

« Dulcísimo Dios mío,
cuya clemencia inmensa
jamás faltó al que a ti se ha convertido ;
pues sólo en ti confío,
perdóname la ofensa
que contra ti, Dios mío, he cometido.

Y así como ella ha sido
tan grande y cometida
contra divina esencia,
así sea la clemencia
también, Señor, muy grande y muy cumplida,
porque sea perdonado
con gran misericordia un gran pecado. »

El día en que los españoles quieran tener un incomparable libro de oraciones, no tendrán sino acudir a las traducciones e imitaciones de los salmos de Job y odas religiosas que les ha dejado el inmortal poeta agustino.

He hecho de fray Luis de León un elogio entusiasta y sincero ; así es que sin titubeo de ninguna clase le he de dar el sitio entre los mayores poetas, y lo que siento en el alma es que sus versos, sobre todo sus versos originales, no sean más numerosos. Es de esperar que se llegue cuanto antes a descubrir, para mayor satisfacción de sus admiradores, aquellos que todavía están inéditos, pues de seguro que los hay.

Pero por grande que sea mi admiración hacia tan incomparable artista, no me quiero forjar ilusiones sobre sus defectos. Pues hay uno que siempre me ha chocado entre todos los poetas cristianos que vinieron después del Renacimiento, y es el abuso que hacen de una mitología en la que no creen.

Es un « chapeado » que da a algunas de sus obras un no sé qué de falso y artificial verdaderamente insoportables. Luis de León, cuya emoción estética es tan profunda y sincera, se aparta de esto mucho mejor que nuestro Boileau o Fenelón, pero no lo quita del todo. En la oda sobre el nacimiento de la hija de los Borjas, pide a Caliope « inspire nuevo canto », nos habla de « Marte airado » y del « rojo y crespo Apolo » ; en la profecía del Tajo, personifica el río como Horacio personificara el mar en Nerea, pero con más verosimilitud ; es personificación que me deja del todo frío y que no llego a entender. Tampoco me gusta « el bramido de Marte », « Eolo inflando las velas », « el Padre Neptuno dando paso por el estrecho al ejército de los moros », de la profecía del Tajo. Todo eso huele mucho al joven escolar, imitando con demasiado servilismo a los autores paganos y olvidando los recursos poéticos que le proporcionan sus mismas creencias.

Paganismo que me parece aún menos en sazón cuando el poeta nos muestra « a las Nereidas por millares fuera del agua levantando su seno y turbadas entre sí, admirando la navicilla », que lleva el cuerpo de Santiago, o cuando cambia al Apóstol « en otro Marte ».

Por lo mismo que imita las formas paganas, su estilo es entonces ampuloso y excesivo. Cuando, con ocasión del nacimiento de la hija de Borja, se dirige al sol en los términos siguientes :

« Hermoso sol luciente,
que el día traes y llevas rodeado
de luz resplandeciente
más de lo acostumbrado,
sol, ya verás nacido tu traslado, »

alabanzas exageradas y fuera de tono, así como sin fundamento, puesto que se trata de una niña recién nacida. También me parece exagerado, en cuanto al tono y expresión, el principio de la oda a Santiago, que es imitación de Horacio.

« Las selvas conmoviera,
las fieras alimañas, como Orfeo. »

Otro defecto: Luis de León condensa a veces de modo tan conciso su pensamiento, que llega éste a hacerse obscuro y complicado, hasta ser intraducibles ciertos pasajes. Además, se deslizaron en sus obras algunos descuidos, debidos a los transcritores o coleccionadores de manuscritos (1).



(1) El ritmo preferido de Luis de León fué la estrofa de cinco versos, de siete y once sílabas, cuyas rimas están dispuestas en un orden fijo e invariable. Emplea también el duodecasílabo con otros versos o de diferente pie. Unos y otros adaptanse muy bien a los matices de su pensamiento, lo mismo que en nuestro Lafontaine. Pero la lengua de Luis de León es más sonora, más vestida y más amplia que la del poeta francés, que, sin embargo, supera a su rival por su fineza, profundidad y variedad de su psicología

POESÍAS ORIGINALES DE FRAY LUIS DE LEÓN

EDICIONES DE LAS POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN

DURANTE la vida del ilustre monje, andaban sus poesías en varios manuscritos para sus admiradores y amigos. Uno de ellos, Portocarrero, de la familia de los Condestables de Castilla, Rector que fué de Salamanca y protector de Fray Luis, le incitó a recoger un uno, los varios y vagabundos cuadernos. Así lo hizo él, poniendo al frente la dedicatoria a Portocarrero, que damos a continuación. Según A. Coster, fué ese manuscrito el que el agustino destinaba a ser impreso, pero con la firma seudónima de Luis Mayor, pues no buscaba la fama de poeta, poco envidiada entonces. Ya he hablado de esta ingeniosa hipótesis un poco aventurada. Pero de todos modos, no imprimió el monje su manuscrito, no sabemos *por qué*. Tenemos un solo original de sus versos y es la oda *Qué descansada vida*. Después de su muerte, editó Quevedo en 1631 la primera colección, acaso con el manuscrito que había pertenecido a Portocarrero. El mismo año 1613, apareció en Milán otra colección con algunas correcciones y adiciones. En 1761, Mayans publicó en Valencia la edición de Quevedo con algunas poesías inéditas. En 1771 Sedano, en el *Parnaso español*, publicó otras inéditas. En 1804-1816 el Padre Antolín

Merino, dió una edición completa de las obras de Fray Luis, añadiendo algunas poesías cuya autenticidad es dudosa. De vez en cuando, se publican versos atribuidos al gran agustino, como lo hizo en 1917 la *Revista Quincenal* con dos sonetos, pero hasta ahora no existe edición verdaderamente crítica. En nuestra edición, damos las poesías originales, es decir, las que no son imitaciones o traducciones, cuya autenticidad parece admitida de casi todos. Para fijar los años en que fueron escritas, aprovechamos el admirable estudio de A. Coster sobre la *Vida y obras de Fray Luis de León* (*Revue Hispanique*, Oct. 1921. Dic. 1921. Feb. 1922).

PRÓLOGO A LAS POESÍAS DE FRAY LUIS DE LEÓN (1)

A don Pedro Portocarrero

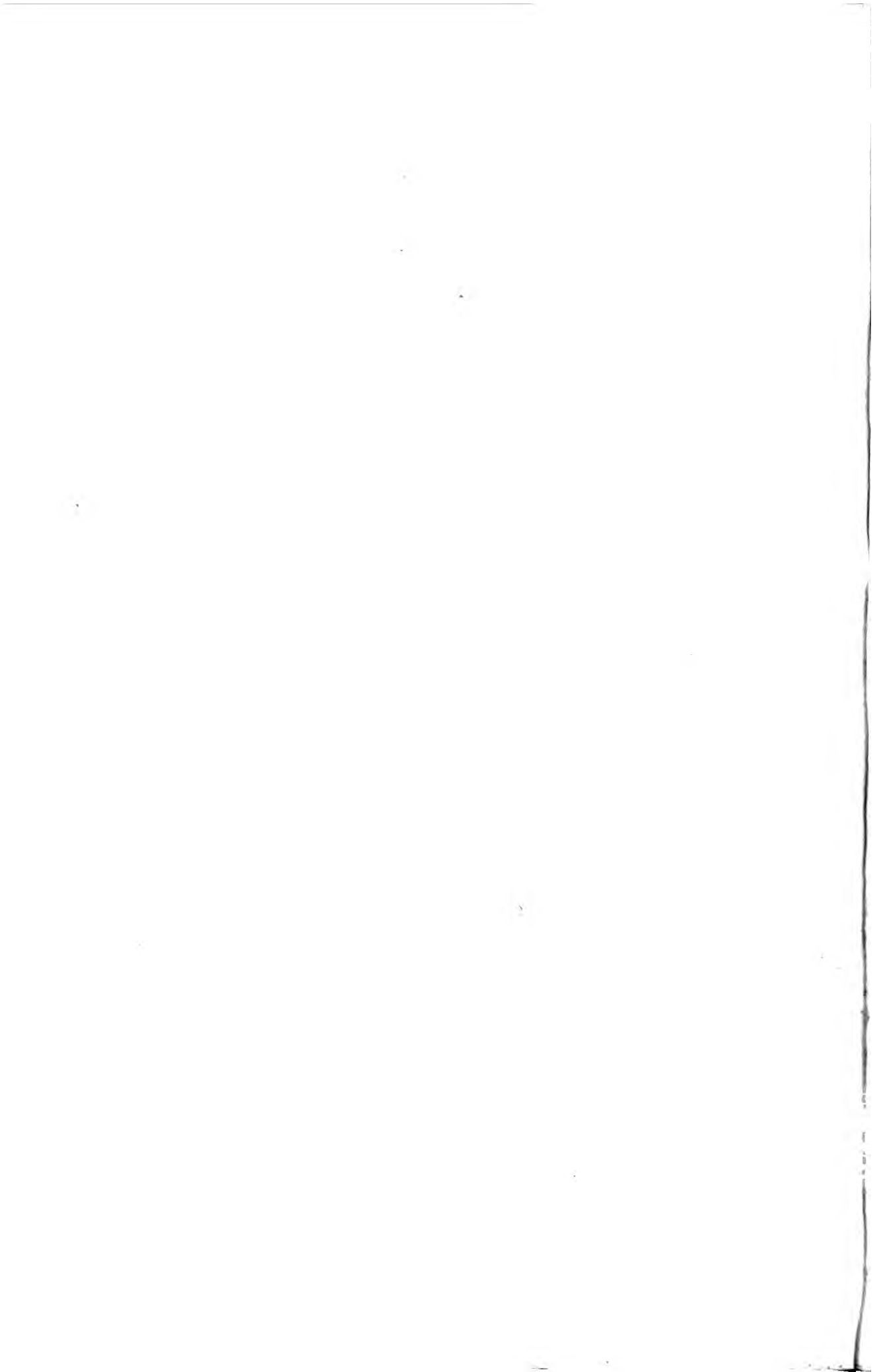
Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, á las cuales me apliqué mas por inclinacion de mi estrella que por juicio ó voluntad. No porque la poesía, mayormente si se emplea en argumentos debidos, no sea digna de cualquier persona y de cualquier nombre; de lo cual es argumento que convence, haber usado Dios della en muchas partes de sus sagrados libros, como es notorio; sino porque conocia los juicios errados de nuestras gentes, y su poca inclinación á todo lo que tiene alguna luz de ingenio ó de valor, y entendia las artes y mañas de la ambicion y del estudio, del interés propio y de la presuncion ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas, y se enseñorean agora de nuestros tiempos. Y ansí tenia por vanidad excusada, á costa de mi trabajo ponerme por blanco á los golpes de mil juicios desvariados, y dar materia de hablar á los que no viven de otra cosa. Y señaladamente siendo yo de mi natural tan aficionado al vivir encubierto, que despues de tantos años como há que vine á este reino, son tan pocos los que me conocen en él, que, como vuesa merced sabe, se pueden contar por los dedos. Por esta causa nunca hice caso desto que compuse,

(1) Véase lo que decimos sobre este preámbulo en nuestro estudio sobre Fray Luis de León, págs. 37-40.

ni gasté en ello mas tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello mas estudio del que merecia lo que nacia para nunca salir á luz ; de lo cual ello mismo, y las faltas que en ello hay, dan suficiente testimonio. Pero como suele acontecer á algunos mozos, que maltratados de los padres ó ayos, se meten frailes, así estas mis mocedades, teniéndose como por desechadas de mí, se pusieron, segun parece, en religion, y tomaron nombre y hábito muy mas honrado del que ellas merecian, y han andado debajo dél muchos dias en los ojos y en las manos de muchas gentes, haciendo agravio á una persona religiosa y bien conocida de vuesa merced, á quien se allegaron, con la cual yo en los años pasados tuve estrecha amistad, y no la nombro aquí por no agraviarla. Mas la ocasion deste error vuesa merced la sabe, y porque es para pocos, y decilla aquí seria comunicalla con muchos, no la digo. Basta saber que la persona que he dicho, por condescender con mi gusto, que era vivir desconocido, disimuló hasta que, fatigado ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron á sus cuestras, de las cuales Dios le descargó, como se ha parecido, trató conmigo que, si no me era pesado, le librase yo tambien desta carga. Si el reconocer mis obras y el publicarme por ellas fuera poner la vida en condición, en un ruego y demanda tan justa lo hiciera ; y no aventurando en ello cosa que importe, mas que es vencer un gusto mio particular, si lo rehusara no me tuviera por hombre. Y así lo hice, ó por mejor decir, lo hago ahora. Y recogiendo á este mi hijo perdido, y apartándole de mil malas compañías que se le habian juntado, y emendando de otros tantos malos siniestros que había cobrado con el andar vagueando, le vuelvo a mi casa y recibo por mio ; y porque no se queje de mí, que le he sacado de la iglesia adonde él se tenia por seguro, envíole á vuesa merced para que le ampare como cosa suya, pues yo lo soy ; que con tal trueque bien sé que perderá la queja y se tendrá por dichoso.

Son tres partes las deste libro. En la una van las cosas que yo compuse mias. En las dos postreras las que traduje

de otras lenguas, de autores así profanos como sagrados. Lo profano va en la segunda parte, y lo sagrado, que son algunos salmos y capítulos de Job, van en la tercera. De lo que yo compuse, juzgará cada uno á su voluntad ; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña a la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante ; mas helo pretendido hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo mas ; al cual yo me incliné solo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se la encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar. Mas esto, caiga como cayere, que yo no curo mucho dello ; solo deseo agradar á vuesamerced, á quien siempre pretendo servir ; y el que no me conociere por mi nombre, conózcame por esto, que es solamente de lo que me precio y lo que, si en mí hay cosa buena, tiene algun lugar.



I. POESÍAS PROPIAMENTE LÍRICAS (1)

EN LA CARCEL DONDE ESTUVO PRESO (2)

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
Del sábio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa.
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado ni envidioso.

DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO

Canción (3)

En el profundo del abismo estaba
Del no ser encerrado y detenido,

(1) Ver p. 50.—A aquellas odas, sobre todo, puede aplicarse lo que escribe A. Costar: «Es un encanto penetrante, pero sutil, que sale de esos pequeños poemas: no se puede analizar y es muy difícil definirlo. No son obras literarias maduras, corregidas, frutos de un pensamiento que se estudia y se escoge. Son sólo impresiones, estados del alma sin gran variedad, en suma, y cuya unidad está en la nota uniforme que pasa en ellos del primero al último verso». — *Revue Hispanique*. Febrero 1922.

(2) Escrita el día en que absuelto por la Inquisición, el 11 de Diciembre 1576, dejó la cárcel. — Ver el comentario de la oda en mi estudio, pág. 48.

(3) Escrita en 1553 ó 1554 teniendo el poeta 25 años, acaso cuando tomó las órdenes mayores. Comentario de la oda, págs. 51 y 75.

Sin poder ni saber salir afuera,
Y todo lo que es algo en mí faltaba,
La vida, el alma, el cuerpo y el sentido,
Y en fin, mi sér no sér entónces era,
Y así desta manera
Estuve eternamente,
Nada visible y sin tratar con gente ;
En tal suerte que aún era muy más buena
Del ancho mar la más menuda arena,
Y el gusanillo de la gente hollado
Un rey era, conmigo comparado.

Estando, pues, en tal tiniebla oscura,
Volviendo ya con cuerpo presuroso
El sexto siglo el estrellado cielo,
Miró el gran padre, Dios, de la natura,
Y vióme en sí benigno y amoroso,
Y sacóme á la luz de aqueste suelo ;
Vistióme deste velo
De flaca carne y hueso,
Mas dióme el alma, á quien no hubiera peso
Que impidiera llegar á la presencia
De la divina é inefable Esencia,
Si la primera culpa no agravára
Su ligereza, y alas derribára.

¡ Oh culpa amarga, y cuánto bien quitaste
Al alma mia, cuánto mal hiciste !
Luégo que fué criada y junto infusa,
Tú de gracia y justicia la privaste,
Y al mismo Dios contraria la pusiste,
Ciega, enemiga, sin favor, confusa.
Por tí siempre rehusa
El bien y la molesta
La virtud, y á los vicios está presta ;
Por tí la fiera muerte ensangrentada,
Por tí toda miseria tuvo entrada,
Hambre, dolor, gemido, fuego, invierno,
Pobreza, enfermedad, pecado, infierno.

Así que, en los pañales del pecado
Fuí (como todos) luego al punto envuelto,

Y con la obligacion de eterna pena
Con tanta fuerza y tan estrecho atado,
Que no pudiera della verme suelto
En virtud propia ni en virtud ajena,
Sino de aquella, llena
De piedad, tan fuerte
Bondad que con su muerte á nuestra muerte
Mató, y gloriosamente hubo deshecho,
Rompiendo el amoroso y sacro pecho
De donde mana soberana fuente
De gracia y de salud á toda gente.

En esto plugo á la bondad inmensa
Darme otro sér más alto que tenía
Bañándome en el agua consagrada.
Quedó con esto limpio de la ofensa,
Graciosísima y bella el alma mia,
De mil bienes y dones adornada ;
En fin, cual desposada
Con el Rey de la gloria.

¡ Oh cuán dulce y suavísima memoria !
Allí la recibió por cara esposa,
Y allí le prometió de no amar cosa
Fuera dél ó por él mientras viviese.
¡ Oh si de hoy más siquiera) lo cumplierse !

Crecí despues y fuí en edad entrando,
Llegue á la discrecion, con que debiera
Entregarme á quien tanto me habia dado,
Y en vez desto, la lealtad quebrando
Que en el bautismo sacro prometiera
Y con mi propio nombre habia firmado,
Aun no hubo bien llegado
El deleite vicioso
Del cruel enemigo venenoso,
Cuando con todo dí en un punto al traste.
¿ Hay corazon tan duro en sí, que baste
A no romperse dentro en nuestro seno,
De pena el mio, de lástima el ajeno ?

Más que la tierra queda tenebrosa
Cuando su claro rostro el sol ausenta,

Y á bañar lleva al mar su carro de oro ;
Más estéril, más seca y pedregosa
Que cuando largo tiempo está sedienta,
Quedó mi alma sin aquel tesoro
Por quien yo plaño y lloro,
Y hay que llorar contino,
Pues que quedé sin luz del sol divino
Y sin aquel rocío soberano
Que obraba en ella el celestial verano ;
Ciega, disforme, torpe, y á la hora
Hecha una vil esclava, de señora.
¡ Oh Padre inmenso, que inmóvil estando,
Das á las cosas movimiento y vida,
Y las gobiernas tan suavemente,
¿ Qué amor detuvo tu justicia cuando
Mi alma, tan ingrata y atrevida,
Dejando á tí, del bien eterno fuente,
Con ánsia tan ardiente
En aguas detenidas
De cisternas corruptas y podridas
Se echó de pechos ante tu presencia ?
¡ Oh divina y altísima clemencia !
¡ Que no me despeñases al momento
En el lago profundo del tormento !
Sufrióme entónces tu piedad divina
Y sacóme de aquel hediondo cieno,
Do sin sentir aún el hedor estaba
Con falsa paz el ánima mezquina,
Juzgando por tan rico y tan sereno
El miserable estado que gozaba,
Que sólo deseaba
Perpétuo aquel contento ;
Pero sopló á deshora un manso viento
Del Espíritu eterno, y enviando
Un aire dulce al alma, fué llevando
La espesa niebla que la luz cubria,
Dándole un claro y muy sereno día.
Vió luégo de su estado la vileza,
En que guardando inmundos animales,

De su tan vil manjar áun no se hartaba ;
Vió el fruto del deleite y de torpeza
Ser confusion y penas tan mortales ;
Temió la recta y no doblada vara,
Y la severa cara
De aquel Juez sempiterno.
La muerte, juicio, gloria, fuego, infierno,
Cada cual acudiendo por su parte,
La cercan con tal fuerza y de tal arte,
Que quedando confuso y temeroso,
Temblando estaba, sin hallar reposo,
Ya que, en mí vuelto, sosegué algun tanto,
En lágrimas bañando el pecho y suelo,
Y con suspiros abrasando el viento,
« Padre piadoso, dije, Padre santo,
Benigno Padre, Padre de consuelo,
Perdonad, Padre, aqueste atrevimiento ;
A vos vengo, aunque sienta
(De mí mismo corrido)
Que no merezco ser de vos oído ;
Mas mirad las heridas que me han hecho
Mis pecados, cuán roto y cuán deshecho
Me tienen, y cuán pobre y miserable,
Ciego, leproso, enfermo, lamentable.
» Mostrad vuestras entrañas amorosas
En recibirme agora y perdonarme,
Pues es, benigno Dios, tan propio vuestro
Tener piedad de todas vuestras cosas.
Y si os place, señor, de castigarme,
No me entregueis al enemigo nuestro ;
A diestro y á siniestro
Tomad vos la venganza,
Herid en mí con fuego, azote y lanza ;
Cortad, quemad, romped, sin duelo alguno
Atormentad mis miembros de uno á uno,
Con que, despues de aqueste tal castigo,
Volvais á ser, mi Dios, mi buen amigo. »
Apenas hube dicho aquesto, cuando
Con los brazos abiertos me levanta,

Y me otorga su amor, su gracia y vida,
Y á mis males y llagas aplicando
La medicina soberana y santa
A tal enfermedad constituida,
Me deja sin herida,
De todo punto sano,
Pero con las heridas del tirano
Hábito, que iba ya en naturaleza
Volviéndose, y con una tal flaqueza,
Que aunque sané del mal y su accidente,
Diez años há que soy convaleciente.

EN UNA ESPERANZA QUE SALIÓ VANA (1)

Huid, contentos, de mi triste pecho ;
¿ Qué engaño os vuelve á dó nunca pudistes
Tener reposo ni hacer provecho ?

Tened en la memoria cuando fuistes
Con público pregon ; ay ! desterrados
De toda mi comarca y reinos tristes,

A dó ya no veréis sino nublados
Y viento y torbellino y lluvia fiera,
Suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
Ni nuevo sol jamás las nubes dora,
Ni canta el ruiseñor lo que antes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora
El dia miserable sin consuelo,
Y vence al mal de ayer el mal de agora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
No puede dar contento al alma mía,
Si ya mil vueltas diere andando el cielo ;

Guardad vuestro destierro, si alegría,
Si gozo y si descanso andais sembrando,
Que aqueste campo abrojos solos cria ;

(1) Escrita en 1573 ó 1574, a raíz de su encarcelamiento.— Comentario, páginas 52 y 72.

Guardad vuestro destierro, si tornando
De nuevo, no quereis ser castigados
Con crudo azote y con infame bando ;

Guardad vuestro destierro, que olvidados
De vuestro sér en mí seréis, dolores ;
Tal es la fuerza de mis duros hados.

Los bienes más queridos y mayores
Se mudan y en mi daño se conjuran,
Y son por ofenderme á sí traidores.

Mancíllanse mis manos si se apuran,
La paz y la amistad me es cruda guerra,
Las culpas faltan, más las penas duran.

Quien mis cadenas más estrecha y cierra
Es la memoria mia y la pureza ;
Cuando ella sube, entónces vengo á tierra.

Mudó su ley en mí naturaleza ;
Y pudo en mi dolor lo que no entiende
Ni seso humano ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse más pretende
El pájaro cautivo, más se enliga,
Y la defensa mia más me ofende.

En mí la culpa ajena se castiga,
Y soy del malhechor ; ay ! prisionero,
Y quieren que de mí la fama diga ;

Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,
Ni el alto tribunal ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero ;

Que por las inocentes soledades
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
Levanta al puro sol las manos puras,
Sin que se las aplomen ódio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
La mesa le bastece alegremente
El campo, que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña y la luciente
Verdad, las sencilleces pechos de oro,
La fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro,
Y paz con su descuido le rodean,
Y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.
Allí, contesto, tus moradas sean,
Allí te lograrás, y á cada uno
De aquellos que de mí saber desean,
Les di que no me viste en tiempo alguno.

A DON PEDRO PORTOCARRERO (1)

No siempre es poderosa,
Portocarrero, la maldad, ni atina
La envidia ponzoñosa,
Y la fuerza sin ley, que más se empina,
Al fin la frente inclina ;
Que quien se opone al cielo,
Cuando más alto sube, viene al suelo.

Testigo es manifiesto
El parto de la tierra mal osado,
Que cuando tuvo puesto
Un monte encima de otro y levantado,
Al hondo derrocado
Sin esperanza gime,
Debajo su edificio, que le oprime.

Si ya la niebla fría
Al rayo que amanece odiosa ofende
Y contra el claro día
Las alas escurísimas extiende,
No alcanza lo que emprende
Al fin, y desaparece,
Y el sol puro en el cielo resplandece.

No pudo ser vencida,
Ni lo será jamás, ni la llaneza,
Ni la inocente vida,
Ni la fé sin error, ni la pureza,
Por más que la fiereza

(1) Escrita después de su prisión, 1576 ó 1577. — Comentario, pág. 53.

Del tigre ciña un lado,
Y el otro el basilisco emponzoñado.
Por más que se conjuren
El ódio y el poder y el falso engaño,
Y ciegos de ira, apuren
Lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
Jamás le harán daño ;
Antes, cual fino oro,
Recobra del crisol nuevo tesoro.
El ánimo constante,
Armado de verdad, mil aceradas,
Mil puntas de diamante
Embota y enflaquece, y desplegadas
Las fuerzas encerradas
Sobre el opuesto bando
Con poderoso pié se ensalza hollando ;
Y con cien voces suena
La fama, que á la sierpe, al tigre fiero,
Vencidos, los condena
A daño no jamas precedero,
Y con vuelo ligero
Venciendo la vitoria,
Corona al vencedor de gozo y gloria.

VIDA RETIRADA (1)

¡ Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido !
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sábio moro, en jaspes sustentado.

(1) Esa oda la habría escrito el poeta cuando abdicó Carlos V, y se retiró en un convento (1556-57). — Comentario, págs. 53, 54, 70, 71 y 72.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿ Qué presta á mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ánsjas vivas, con mortal cuidado ?

¡ Oh monte, oh fuente, oh rio,
Oh secreto seguro, deleitoso !
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqúeste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero ;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido.
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Cozar quiero del bien que debo al cielo
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto

Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura

Hasta llegar corriendo se apresura :

Y luego sosegada,

El paso entre los árboles torciendo,

El suelo de pasada

De verdura vistiendo,

Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,

Y ofrece mil olores al sentido,

Los árboles menea

Con un manso ruido,

Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro

Los que de un falso leño se confían ;

No es mio ver el lloro

De los que desconfían

Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena

Cruje, y en ciega noche el claro día

Se torna, al cielo suena

Confusa vocería,

Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla

Mesa, de amable paz bien abastada,

Me basta, y la vajilla

De fino oro labrada

Sea de quien la mar no teme airada.

Y miéntras miserable-

Mente se están los otros abrasando

Con sed insaciable

Del peligroso mando,

Tendido yo á la sombra esté cantando ;

A la sombra tendido,

De hiedra y lauro eterno coronado,

Puesto el atento oído

Al son dulce, acordado,

Del plectro sábiamente meneado.

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL (1)

Recoge ya en el seno
El campo su hermosura, el cielo acoja
Con luz triste el ameno
Verdor, y hoja á hoja
La cima de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
Al resplandor egeo, ya del día
Las horas corta escaso,
Ya Eolo, al mediodía
Soplando, espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
Del Ibico navega los nublados,
Y con voz ronca llora,
Y el yugo al cuello atados
Los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida
A los estudios nobles, y la fama,
Grial, á la subida
Del sacro monte llama,
Do no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado
Paso y la cuesta vence, y sólo gana
La cumbre del collado,
Y do más puro mana
La fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si al perdido
Error admira el oro, y va sediento
En pos de un bien fingido ;
Que no así vuela el viento
Cuanto es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo
Te dicta favorable, que lo antiguo
Iguala y pasa el nuevo

(1) Escrita después de su prisión, 1577-1578.—Comentario, págs. 71 y 82.

Estilo ; y, caro amigo,
No esperes que podré atener contigo.
Que yo, de un torbellino
Traidor acometido, y derrocado
Del medio del camino
Al hondo, el plectro amado
Y del vuelo las alas he quebrado.

AL APARTAMIENTO (1)

¡ Oh ya seguro puerto
De mi tan luengo error ! ¡ Oh deseado
Para reparo cierto
Del grave mal pasado !
¡ Reposo dulce, alegre, reposado !
Techo pajizo, adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se esconde
Invidia en rostro amigo,
Ni voz perjura, ni mortal testigo.
Sierra que vas al cielo,
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo,
Adonde el vulgo ciego
Ama el morir ardiendo en vivo fuego,
Recíbeme en tu cumbre;
Recíbeme ; que huyo perseguido
La errada muchedumbre,
El trabajar perdido,
La falsa paz, el mal no merecido.
Y do está más sereno
El aire me coloca, miéntras curo
Los daños del veneno
Que bebí mal seguro,
Miéntras el mancillado pecho apuro ;

(1) Escrita poco después de salir de la prisión, en 1576 ó 1577. — Comentario, pág. 55.

Mientras que poco á poco
Borro de la memoria cuanto impreso
Dejó allí vivir loco
Por todo su proceso
Vario, entre gozo vano y caso avieso.

En tí, casi desnudo
Deste corporal velo, y de la asida
Costumbre roto el ñudo,
Traspasaré la vida
En gozo, en paz, en luz no corrompida.

De tí, en el mar sujeto,
Con lástima los ojos inclinando,
Contemplaré el aprieto
Del miserable bando
Que las saladas ondas va cortando.

El uno, que surgia
Alegre ya en el puerto, salteado
De bravo soplo, guia,
En alta mar lanzado,
Apenas el navío desarmado ;

El otro en la encubierta
Peña rompe la nave, que al momento
El hondo pide abierta ;
El otro calma el viento,
Otro en las bajas Sirtes hace asiento.

A otros roba el claro
Dia y el corazon el aguacero,
Ofrecen al avaro
Neptuno su dinero ;
Otro nadando huye el morir fiero,

Esfuerza ó pon el pecho ;
Mas ¿ cómo será parte un afligido
Que va, el leño deshecho,
De flaca tabla asido,
Contra un abismo inmenso embravecido ?

¡ Ay, otra vez y ciento
Otras, seguro puerto deseado !
No me falte tu asiento,
Y falte cuanto amado,
Cuanto del ciego error es cudiciado.

NOCHE SERENA, A OLOARTE (1)

Cuando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente
Despide larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
« Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació ¿ qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura ?
» ¿ Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que, de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido ? »
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡ Oh ! despertad, mortales,
Mirad con atención en vuestro daño ;
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿ Podrán vivir de sombras y de engaño ?
¡ Ay ! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlareis los antojos

(1) Anterior al proceso del poeta (1570-1572). Ya hemos notado en esa oda las reminiscencias del *Somnium Scipionis*. — Comentario, pág. 56.

De aquesa lisonjera
Vida, con quanto teme y quanto espera.
¿ Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado ?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternals,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales ;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella ;
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno,
De bienes mil cercado.
Serena el cielo con su rayo amado.
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro ;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.
¿ Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra ?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado.
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece

Clarísima luz pura,
Que jamás anochece ;
Eterna primavera aquí florece.
¡ Oh campos verdaderos !
¡ Oh prados con verdad frescos y amenos,
Riquísimos mineros !
¡ Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos !

A FRANCISCO DE SALINAS (1)

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sábia mano gobernada ;
A cuyo són divino
El alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.
Y como se conoce,
En suerte y pensamiento se mejora ;
El oro desconoce
Que el vulgo vil adora,
La belleza caduca engañadora.
Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no percedera
Música, que es la fuente y la primera
Y como está compuesta
De números concordes, luégo envía
Consonante repuesta,
Y entre ambos á porfía
Se mezcla una dulcísima armonía.

(1) Escrita en 1577, cuando Salinas publicó su libro *De música*. — Comentario, página 56.

Aquí la alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él ansí se anega,
Que ningun accidente
Extraño y peregrino oye y siente.
¡ Oh desmayo dichoso !
¡ Oh muerte que das vida ! ¡ oh dulce olvido !
Durase en tu reposo,
Sin ser restituido
Jamás aqúeste bajo y vil sentido.
A este bien os llamo,
Gloria del apolíneo sacro coro,
Amigo á quien amo
Sobre todo tesoro ;
Que todo lo visible es triste lloro.
¡ Oh ! suene de continuo,
Salinas, vuestro són en mis oidos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando á lo demas adormecidos.

A FELIPE RUIZ (1)

I

¿ Cuándo será que pueda
Libre desta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo
Contemplar la verdad pura sin duelo ?
Allí, á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.
Entónces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento

(1) 1577. — Comentario, pág. 57.

Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento ;
Verélas inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada ;
Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen,
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y descrecen ;
De dó manan las fuentes,
Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas y de los estíos ;
Las soberanas aguas,
Del aire en la region quién las sostiene,
De los rayos las fraguas ;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.
¿ No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano,
El dia se ennegrece,
Sopla el Gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano :
Y entre las nuves mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente ?
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente ;
La lluvia baña el techo,
Invian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores, espantados.
Y de allí levantado,
Veré los movimientos celestiales,

Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
 Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas ;
Por qué están las dos osas
De bañarse en la mar siempre medrosas.
 Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz, dó se mantiene
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene ;
Quién en las noches largas le detiene.
 Veré sin movimiento
En la más alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

II

¿ Qué vale cuanto vee
Dó nace y dó se pone el sol luciente,
Lo que el indio posee,
Lo que da el claro Oriente,
Con todo lo que afana la vil gente ?
 El uno mientras cura
Dejar rico descanso á su heredero,
Vive en pobreza dura,
Y perdona al dinero,
Y contra sí se muestra crudo y fiero.
 El otro, que sediento
Anhela el señorío, sirve ciego ;
Por subir su asiento
Abájase á vil ruego,
Y de la libertad va haciendo entrego.
 Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora ;
Compra con mil enojos

Una menguada hora,
Un gozo breve, que sin fin se llora.
Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
A sí solo lo pide,
Y mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.
Si resplandece el día,
Si Eolo su reino turba en saña,
El rostro no varía,
Y si la alta montaña
Encima le viniere, no le daña.
Bien como la ñudosa
Carrasca en alto risco desmochada
Con hacha poderosa,
Del ser despedazada
Del hierro torna rica y esforzada. (1)
Querrás hundille, y crece
Mayor que es primero, y si porfía
La lucha, más florece,
Y firme al duelo invia
Al que por vencedor ya se tenia.
Exento á todo cuanto
Presume la fortuna, sosegado
Está y libre de espanto
Ante el tirano airado,
De hierro, de crueza y fuego armado.
» El fuego, dice, enciende,
Águza el hierro crudo, rompe y llega,
Y si me hallares, prende,
Y da á tu hambre ciega,
Su cebo deseado y la sosiega.
» ¿ Qué estás ? ¿ No ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto ? ¡ Oh ! no te cabe
En puño tan estrecho
El corazon que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave.

(1) De aquellos versos tomó Fray Luis de León el lema de su blasón.

» Ahonda más adentro,
Desvuelve las entrañas, el insano
Puñal penetra al centro ;
Mas es trabajo vano,
Jamás me alcanzará tu corta mano.

» Rompiste mi cadena
Ardiendo por prenderme ; al gran consuelo
Subido hé por tu pena ;
Ya suelto, encumbro el vuelo,
Traspaso sobre el aire, huello el cielo. »

DE LA VIDA DEL CIELO (1)

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni el hielo,
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo,
Productor eterno de consuelo ;
De púrpura y de nieve
Florida la cabeza, coronado,
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado
El buen pastor en tí su ható amado.
Él va, y en pos, dichosas,
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.
Y dentro á la montaña
Del alto bien las guía, ya en la vena
Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo y suerte buena
Y de su esfera cuando
A cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando,

(1) 1577-1580. — Comentario, pág. 58.

De su hato ceñido
Con dulce són deleita el santo oído.
Toca el rabel sonoro,
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa,
Y lanza en aquel bien libre de tasa.
¡ Oh son ! ¡ Oh voz ! Siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese,
Y toda en tí, oh amor, la convirtiese (1)
Conocería dónde
Sestecas, dulce Esposo, y desatada
Desta prision adonde
Padece, á tu manada
Viviré junta, sin vagar errada.

EN LA ASCENSIÓN (2)

¿ Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto ;
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro ?

(1) «Si la imagen colorada está ausente en la obra de Luis de León, es de notar cuán sensible es a la imagen sonora, cuán preocupado está de traducir el aspecto musical de las cosas». A. Corter. Se ve muy bien aquí en esas tres estrofas y en aquellos otros versos

Quien oyó tu dulzura...
El aire se serena...
El aire el huerto orea...

(2) Ascensión de 1572. « Es esa oda la más característica y perfecta y no tiene más que cinco estrofas, pues las que añadió el P. Merino deben eliminarse. Jamás estuvo el poeta mejor inspirado. Es la oda obra maestra. Podemos figurarnos a Fray Luis de León en su prisión, el día de la Ascensión, meditando silencioso sobre el Evangelio de aquella fiesta. Se entretiene el Salvador con los apóstoles y después sube al cielo. Pensando en eso, de los labios del

Los ántes bienhadados,
Y los agora triste y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos,
¿ A dó convertirán ya sus sentidos ?
¿ Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos ?
Quien oyó tu dulzura,
¿ Qué no tendrá por sordo y desventura?
A aqueste mar turbado,
¿ Quién le pondrá ya freno ? quién concierto
Al viento fiero, airado,
Estando tú cubierto ?
¿ Qué norte guiará la nave al puerto ?
¡ Ay ! nube envidiosa
Aun deste breve gozo, ¿ qué te quejas ?
¿ Dó vuelas presurosa ?
¡ Cuán rica tú te alejas !
Cuán pobres y cual ciegos ¡ ay ! nos dejas !

prisionero solitario, salen involuntariamente estos hermosos versos « más bien soñados que escritos ». Ningún plan sabiamente combinado. Es la antítesis que da aquí la forma más precisa y composición más robusta a la poesía. Sigue el desarrollo de cada estrofa, empezando por recordar los días de dicha, cuando la grey fiel gozaba de la vista y dirección de su Pastor, y concluyendo con la dolorosa visión del lamentable abandono en el cual va desde ese momento a permanecer. Cinco veces se repite la oposición para acabarse en un sollozo, sin tener tiempo de parecer monótona. El ritmo un poco tierno de la lira, se ofrece espontáneamente a la memoria del poeta, para exprimir con celestial armonía, su enternecimiento y sus dolores ». Coster. *Revue Hispanique*, 1922.

II. ODAS PINDÁRICAS

PROFECÍA DEL TAJO (1)

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo ;
El rio sacó fuera
El pecho, y le habló desta manera :
« En mal punto te goces,
Oyo ya forzador : que ya el sonido
Injusto, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, y de furor y ardor ceñido.
» ¡ Ay ! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa
(Que vió el sol en mal día),
A España ¡ ay ! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa.
» Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales,
» A los que en Constantina

(1) Escrita en 1551-1552. Esa oda fué sin duda inspirada al poeta por un paseo que hizo en las riberas del Tajo, cuando estudiaba el bachillerato en Toledo. Le enseñaron el Baño de la Cava y la leyenda del Rey Rodrigo y de la hija del conde Juliano. — C. Coster. *Revue Hispanique*, Oct. 1921. — Comentario, págs. 60 y 77.

Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.

» Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, a la venganza,
Atento, y no á la fama.
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

» Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera ;
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

» La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea ;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

» Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y vária crece,
El polvo roba el dia y le oscurece.

» ¡ Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves ! ¡ Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden !

» El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.

» ¡ Ay triste ! ¿ Y aún te tiene
El mal dulce regazo, ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres ? ¿ Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado ?

» Acude, corre, vuela,

Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano
» ¡ Ay cuánto de fatiga !
¡ Ay cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente !
» Y tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
¡ Darás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado !
» El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte ;
La sexta ¡ ay ! te condena,
¡ Oh cara pátria, á bárbara cadena. » (1)

A NUESTRA SEÑORA (2)

I

Vírgen que el sol más pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien es la piedad como la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura,

(1) « La fama de esta oda es un poco sin fundamento. Se siente todavía en ella la manera de los retores, en aquella larga descripción guerrera, que parece dar gozo al alma belicosa del joven religioso. Pero la estrofa es ya tratada por un artista que hace presentir al maestro. Ese ritmo, muy difícil, está aquí transformado, adaptado a la expresión de las ideas de fuerza y de rapidez, y eso con notable elasticidad en un poeta de 23 años. Las observaciones dirigidas al Rey Rodrigo de ir sin perder tiempo a combatir con el enemigo bárbaro, son admirables de impaciencia : acude, corre, vuela... » Coster. — *Ibidem*.

(2) Escrita en la cárcel de la Inquisición. — Comentario, págs. 59 y 75.

Cercado de tinieblas y tristeza ;
Y si mayor bajeza
No conoce, ni igual, juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena
Con poderoso mano,
Quiebra, Reina del cielo, la cadena.

Vírgen en cuyo seno
Halló la deidad digno reposo,
Do fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al rigoroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazon de nubes rodeado ;
Descubre el deseado
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora ;
Las nubes huirán, lucirá el dia.
Tu luz, alta Señora,
Venza esta ciega y triste noche mia.

Vírgen y madre junto,
De tu Hacedor dichosa engendradora,
A cuyos pechos floreció la vida,
Mira cómo empeora
Y crece mi dolor más cada punto ;
El ódio cunde, la amistad se olvida ;
Si no es de tí valida
La justicia y verdad, que tú engendraste,
¿ Adónde hallará seguro amparo ?
Y pues madre eres, baste
Para contigo el ver mi desamparo.

Vírgen del sol vestida,
De luces eternas coronada,
Que huellas con divinos piés la luna ;
Envidia emponzoñada.
Engaño agudo, lengua fementida,
Odio cruel, poder sin ley ninguna,
Me hacen guerra á una.
Pues contra un tal ejército maldito,
¿ Cuál pobre y desarmado será parte,
Si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte ?
Vírgen por quien vencida

Llora su perdicion la sierpe fiera.
Su daño eterno, su burlado intento,
Miran de la ribera,
Seguras, muchas gentes mi caida,
El agua violenta el flaco aliento ;
Los unos con contento,
Los otros con espanto, el más piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga ;
Yo, puesto en tí el lloroso
Rostro, cortando voy onda enemiga ;
 Vírgen, del padre esposa,
Dulce madre del Hijo, templo santo
Del inmortal Amor, del hombre escudo
No veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa ;
Si la salida, incierta ; el favor mudo,
El enemigo crudo,
Desnuda la verdad, muy proveida
De armas y valedores la mentira,
La miserable vida
Sólo cuando me vuelvo a tí respira.
 Vírgen que al alto ruego
No mas humilde sí diste que honesto,
En quien los cielos contemplar desean
Como terrero puesto,
Los brazos presos, de los ojos ciego,
A cien flechas estoy que me rodean,
Que en herirme se emplean.
Siento el dolor, mas no veo la mano,
Ni me es dado el huir ni el escudarme.
Quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por tí librarme.
 Vírgen, lucero amado,
En mar tempestuoso clara guia,
A cuyo santo rayo calla el viento,
Mil olas á porfia
Hunden en el abismo un desarmado
Leño de vela y remo, que sin tiento
El húmedo elemento
Corre ; la noche carga, el aire truena,

Ya por el cielo va, ya el suelo toca,
Gime la rota antena ;
Socorre ántes que embista en dura roca.

Vírgen no enficionada
De la comun mancilla y mal primero
Que al humano linaje contamina,
Bien sabes que en tí espero
Dende mi tierna edad ; y si malvada
Fuerza, que me venció, ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará más su bien crecido,
Cuanto es más la dolencia,
Y yo merezco ménos ser valido.

Vírgen, el dolor fiero
Añuda la lengua, y no consiente
Que publique la voz cuanto desea ;
Mas oye tú al doliente
Animo, que contino á tí vocea.

A TODOS LOS SANTOS (1)

¿ Qué santo ó qué gloriosa
Virtud, qué deidad, que el cielo admira,
¡ Oh Musa poderosa
En la cristiana lira !
Diremos entre tanto que retira
El sol con presto vuelo
El rayo fugitivo, en este día
Que hace alarde el cielo
De su caballería ?
¿ Qué nombre entre estas breñas á porfía
Repitirá sonando
La imágen de la voz, en la manera
El aire deleitando,

(1) Escrita en el día de Todos los Santos, en 1576. Imitada de Horacio y Pindaro que pidió en su prisión. —Comentario, págs. 59 y 78.

Que el Efrateo hiciera
Del sacro y verde Hermon por la ladera ?
¿ A dó ceñido el oro
Crespo con verde hiedra, la montaña
Condujo con sonoro
Laud, con fuerza y maña
Del oso y del leon domó la saña ?
Pues ¿ quién diré primero,
Que el alto y que el humilde, y que la vida
Por el manjar grosero
Restituyó perdida,
Que al cielo levantó nuestra caída ?
Igual al Padre eterno,
Igual al que en la tierra nace y mora,
De quien tiembla el infierno,
A quien el sol adora,
En quien todo el sér vive y se mejora.
Despues el vientre entero,
La madre desta luz será cantada ;
Clarísimo lucero
En esta mar turbada,
Del linaje humanal fiel abogada.
Espíritu divino,
No callaré tu voz, tu pecho opuesto
Contra el dragon malino,
Ni tú en olvido puesto,
Que á defender mi vida estás dispuesto.
Osado en la promesa,
Barquero de la barca no sumida,
A tí mi voz profesada,
Y á tí, que la lucida
Noche te traspasó de muerte á vida.
¿ Quién no dirá tu lloro,
Tu bien trocado amor, ¡ oh ! Magdalena,
De tu nardo el tesoro,
De cuyo olor la ajena
Casa, la redondez del mundo es llena ?
Del Nilo moradora,
Tierna flor del saber y de pureza,
De tí yo canto agora,

Que en la desierta alteza
Muerta luce tu vida y fortaleza.

Diré el rayo africano,
Diré el Stridones sábio, elocuente,
O del panal romano,
O del que justamente
Nombraron Boca de Oro entre la gente.

Columna ardiente en fuego,
El firme y gran Basilio al cielo toca,
Mayor que el miedo y ruego,
Y ante su rica boca
La lengua de Demóstenes se apoca.

Cual árbol con los años
La gloria de Francisco sube y crece,
Y entre mil ermitaños
El claro Anton parece
Luna que en las estrellas resplandece.

¡ Ay padre ! ¿ y dó se ha ido
Aquel raro valor ? ó ¿ qué lalvado
El oro ha destruido
De tu templo sagrado ?
¿ Quién zizañó tan mal tu buen sembrado ?

Adonde la azuzena
Lucia y el clavel, do el rojo trigo,
Reina agora la avena,
La grama, el enemigo
Cardo, la sinjusticia, el falso amigo.

Convierte piadoso
Tus ojos y nos mira, y con tu mano
Arranca poderoso
Lo malo y lo tirano,
Y planta aquello antiguo, humilde y llano.

Da paz á aqueste pecho,
Que hierve con dolor en noche oscura ;
Que fuera deste estrecho
Diré con más dulzura
Tu nombre, tu grandeza y hermosura.

No niego, dulce amparo
Del alma, que mis males son mayores
Que aqueste desamparo ;

Mas cuanto son peores,
Tanto resonarán más tus loores.

A SANTIAGO (1)

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como Orfeo,
Sí ya mi canto fuera
Igual á mi deseo,
Cantando el nombre santo Zebedeo ;
Y fueran sus hazañas
Por mí con voz eterna celebradas,
Por quien son las Españas
Del yugo desatadas
Del bárbaro furor, y libertadas ;
Y aquella nao dichosa,
Del cielo esclarecer merecedora,
Que joya tan preciosa
Nos trujo, fuera agora
Cantada del que en Cítia y Cairo mora.
Osa el cruel tirano
Ensangrentar en tí su injusta espada :
No fué consejo humano ;
Estaba á tí ordenada
La primera corona, y consagrada.
La fe que á Cristo diste
Con presta diligencia has ya cumplido ;
De su cáliz bebiste
Apénas que subido
Al cielo retornó, de tí partido.
No sufre larga ausencia,
No sufre, no, el amor que es verdadero.
La muerte y su inclemencia
Tiene por muy ligero
Medio, por ver al dulce compañero.
Cual suele el fiel sirviente,

(1) 1571-1572. — Comentario, págs. 61, 62, 77 y 78.

Si en medio la jornada le han dejado,
Que haciendo prestamente
Lo que le fué mandado,
Torna buscando al amo ya alejado ;
 Ansí entregado al viento,
Del mar Egeo al mar de Atlante vuela,
Do puesto el fundamento
De la cristiana escuela,
Torna buscando á Cristo á remo y vela.
 Allí por la maldita
Mano el sagrado cuello fué cortado ;
Camina en paz bendita,
Alma que ya has llegado
Al término por tí tan deseado.
 A España, á quien amaste
(Que siempre al buen principio el fin responde),
Tu cuerpo le enviaste
Para dar luz adonde
El sol su claridad cubre y esconde.
 Por los tendidos mares
La rica navecilla va cortando,
Nereidas á millares
Del agua el pecho alzando,
Turbadas entre sí, la van mirando.
 Y dellas hubo alguna
Que, con las manos de la nave asida,
La aguja con la una,
Y con la otra tendida
A las demas que lleguen las convida,
 Ya pasa del Egeo,
Vuela por el Ionio, atrás ya deja
El puerto Lilibeo,
De Córcega se aleja,
Y por llegar al nuestro mar se aqueja.
 Esfuerza, viento, esfuerza.
Hinche la santa vela, embiste en popa
El viento ; haz que no tuerza
Do Avila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.
 Y tú, España, segura

Del mal y cautiverio que te espera,
Con fé y voluntad pura
Ocupa la ribera,
Recibirás tu guarda verdadera ;
 Que tiempo será cuando
De innumerables huestes rodeada,
Del cetro real y mando
Te verás derrocada,
En sangre, en llanto y en dolor bañada
 De hácia el Mediodia
Oye que la voz amarga suena,
La mar de Berbería
De flotas veo llena,
Hierva la costa en gente, en sol la arena.
 Con voluntad conforme
Las proas contra tí se dan al viento,
Y con clamor deforme
De pavoroso acento
Avivan de remar el movimiento.
 Y la infernal Meguera,
La frente de ponzoña coronada,
Guía la delantera
De la morisca armada,
De fuego, de furor, de muerte armada.
 Cielos, so cuyo amparo
España está á merced, en tanta afrenta,
Si ya este suelo caro
Os fué, nunca consienta
Vuestra piedad que mal tan crudo sienta.
 Mas ¡ ay ! que la sentencia
En tabla de diamante está esculpida ;
Del godo la potencia
Por el suelo caida
España en breve tiempo es destruida.
 ¿ Cuál rio caudaloso,
Que los opuestos muelles ha rompido
Con sonido espantoso,
Por los campos tendido,
Tan presto y tan feroz jamas se vido ?

Mas cese el triste llanto,
Recobre el español su bravo pecho,
Que ya el Apóstol santo,
Un otro Marte hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.

Vesle de limpio acero
Cercado, y con la espada relumbrante,
Como rayo ligero,
Cuanto le va delante,
Destroza y desbarata en un instante.

De grave espanto herido,
Los rayos de vista no sostiene
El moro descreido ;
Por valiente se tiene
Cualquier que para huir ánimo tiene.

Huye, si puedes tanto,
Huye ; mas por demás, que no hay huida ;
Bebe dolor y llanto
Por la misma medida
Con que ya España fué de tí medida.

Como leon hambriento
Sigue, teñida en sangre espada y mano,
De más sangre sediento,
Al moro que huye en vano ;
De muertos queda lleno el monte llano.

¡ Oh gloria, oh gran prez nuestra,
Escudo fiel, oh celestial guerrero !
Vencido ya se muestra
El africano fiero
Por tí, tan orgulloso de primero.

Por tí del vituperio,
Por tí de la afrentosa servidumbre
Y triste cautiverio
Libres en clara lumbre,
Y de la gloria estamos en la cumbre.

Siempre venció tu espada,
O fuese de tu mano poderosa,
O fuese meneada
De aquella generosa
Que sigue tu milicia religiosa.

De tu virtud divina
La fama, que resuena en toda parte,
Siquiera sea vecina,
Siquiera más se aparte,
A la gente conduce á visitarte.
El áspero camino
Vence con devoción, y al fin te adora
El franco, el peregrino
Que Libia descolora,
El que en Poniente, el que Levante mora.

AL NACIMIENTO DE UNA HIJA DE LOS BORJAS (1)

Inspira nuevo canto
Caliope en mi pecho a queste día,
Que de los Borjas canto
Y Enriquez la alegría
Del rico dón que el cielo les envía.
Hermoso sol luciente,
Que el día das y llevas, rodeado
De luz resplandeciente
Más de lo costumbrado,
Sal, y verás nacido tu traslado ;
O si te place agora
En la region contraria hacer manida,
Detente allá en buen hora,
Que con la luz nacida
Podrá ser nuestra esfera esclarecida.
Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando veniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada.
Diéronte bien sin cuento
Con voluntad concorde y amorosa,
Quien rige el movimiento

(1) 1570-1572. — Comentario, págs. 60 y 79.

Sexto, con la diosa
De la tercera rueda poderosa.
De tu belleza rara
El envidioso viejo mal pagado,
Torció el paso y la cara,
Y el fiero Marte airado
El camino dejó desocupado.
Y el rojo y crespo Apolo,
Que tus pasos guiando, descendia
Contigo al bajo polo,
La cítara heria,
Y con divino canto así decia :
» Deciendo en punto bueno,
Espíritu real, al cuerpo hermoso,
Que en el ilustre seno
Te espera deseoso,
Por dar á tu valor digno reposo.
» Él te dará la gloria
Que en el terreno cerco es más tenida :
De agüelos larga historia,
Por quien la no hundida
Nave, por quien la España fué regida.
» Tú dale, en cambio desto,
De los eternos bienes la nobleza,
Deseo alto, honesto,
Generosa grandeza,
Claro saber, fe llena de pureza.
» En tu rostro se vean
De su beldad sin par vivas señales,
Los tus dos ojos sean
Dos luces inmortales
Que guien al sumo bien á los mortales.
» El cuerpo delicado,
Como cristal lucido y transparente,
Tu gracia y bien sagrado,
Tu luz, tu continente
A sus dichosos siglos represente.
» La soberana agüela,
Dechado de virtud y hermosura,
La tia de quien vuela

La fama, en quien la dura
Muerte mostró lo poco que el bien dura ;
» Con todas cuantas precio
De gracia y de belleza hayan tenido,
Serán por tí en desprecio
Y puestas en olvido,
Cual hace la verdad con lo fingido.
» ¡ Ay tristes ! ¡ ay dichosos
Los ojos que te vieren ! Huyan luégo,
Si fueren poderosos,
Antes que prenda el fuego
Contra quien no valdrá ni oro ni ruego.
» Ilustre y tierna planta,
Dulce gozo de tronco generoso,
Creciendo te levanta
A estado el más dichoso
De cuantos dió ya el cielo venturoso. »

A DON PEDRO PORTOCARRERO (1)

La cana y alta cumbre
De Iliberi, clarísimo Carrero,
Contiene en sí tu lumbre
Ya casi un siglo entero,
Y mucho en demasía
Detiene nuestro gozo y alegría ;
Los gozos que el deseo
Figura ya en tu vuelta, y determina
A dó vendrá el Lileo,
Y de la Caballina
Fuente la moradora,
Y Apolo con la cítara cantora.
Bien eres generoso
Pimpollo de ilustrísimos mayores ;
Mas esto, aunque glorioso,

(1) Portocarrero estaba en Granada cuando se alborotaron los moriscos y después que se tomó la Poquera, es decir, en 1569 ó 1570.

Son títulos menores,
Que tú por tí venciendo,
A par de las estrellas vas luciendo.
Y juntas en tu pecho
Una suma de bienes peregrinos,
Por donde con derecho
Nos colmas de divinos
Gozos con tu presencia,
Y de cuidados tristes con tu ausencia.
Porque ha salteado
En medio de la paz la cruda guerra
Que agora el Marte airado
Despierta en la alta sierra,
Lanzando rabia y sañas
En las infieles bárbaras entrañas ;
Do mete á sangre y fuego
Mil pueblos el Morisco descreido,
A quien ya perdon ciego
Hubimos concedido,
A quien en santo baño
Tenemos para nuestro mayor daño ;
Para que el nombre amigo,
¡ Ay piedad ! cruel desconociese
El ánimo enemigo,
Y ansí mas ofendiese ;
Mas tal es la fortuna,
Que no sabe durar en cosa alguna.
Y ansí la luz que agora
Serena relucia con nublados,
Veréis negra á deshora,
Y los vientos alados
Amontonando luégo
Nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.
Mas tú, que solamente
Temes al claro Alfonso, que inducido
De la virtud ardiente
Del pecho no vencido,
Por lo más peligroso
Se lanza, discurriendo vitorioso ;
Como en la ardiente arena

El líbico leon las cabras sigue,
Las haces desordena
Y rompe, y las persigue,
Armado relumbrando,
La vida por la gloria aventurando.

Testigo es la fragosa
Poqueira ; cuando él solo, y traspasado
Con flecha ponzoñosa,
Sostuvo denodado,
Y convirtió en huida
Mil banderas de gente descreida.

Mas sobre todo, cuando
Los dientes de la muerte agudos, fiera,
Apénas declinando,
Alzó nueva bandera,
Mostró bien claramente
De valor no vencible lo excelente.

Él, pues, relumbre claro
Sobre sus claros padres, mas tú en tanto,
Dechado de bien raro,
Abraza el ocio santo,
Que muchos son mejores
Los frutos de la paz, y muy mayores.

CANCIÓN A LA MUERTE DEL MISMO

Quien viere el suntuoso
Túmulo al alto cielo levantado,
De luto rodeado,
De lumbres mil copioso,
Si se para á mirar quién es el muerto,
Será desde hoy bien cierto
Que no podrá en el mundo bastar nada
Para estorbar la fiera muerte airada ;
Ni edad, ni gentileza,
Ni sangre real antigua y generosa,
Ni de la más gloriosa
Corona la belleza,
Ni fuerte corazon, ni muestras claras

De altas virtudes raras,
Ni tan grande padre, ni tan grande abuelo,
Que llenan con su fama tierra y cielo.
¿ Quien ha de estar seguro,
Pues la fénix que sola tuvo el mundo,
Y otro Cárlos Segundo,
Nos lleva el hado duro,
Y vimos sin color tu blanca cara,
A su España tan cara,
Como la tierna rosa delicada,
Que fué sin tiempo y sin sazon cortada ?
Ilustre y alto mozo,
A quien el cielo dió tan corta vida,
Que apénas fué sentida,
Fuiste breve gozo,
Y ahora luengo llanto de tu España,
De Flándes y Alemaña,
Italia, y de aquel mundo nuevo y rico
Con quien cualquier imperio es corto y chico.
No temas que la muerte
Vaya de tus despojos vitoriosa,
Antes irá medrosa
De tu espíritu fuerte,
Las ínclitas hazañas que hicieras,
Los triunfos que tuvieras ;
Y vió que á no perderte se perdía,
Y así el mismo temor le dió osadía.

III. ODAS DIDACTICAS

A DON PEDRO PORTOCARRERO (1)

Virtud, hija del cielo,
La más ilustre empresa de la vida
En el oscuro suelo,
Luz tarde conocida,
Senda que guía al bien, poco seguida :
 Tú, dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides,
Tú, en la más alta esfera
Con las estrellas mides
Al Cid, clara victoria de mil lides ;
 Por tí el paso desvia
De la profunda noche, y resplandece
Muy más (cual claro día)
De Leda el parto, y crece
El Córdoba á las nubes, y florece ;
 Y por su senda agora
Traspasa luengo espacio con ligero
Pié y ala voladora
El gran Portocarrero,
Osado de ocupar el bien primero.
 Del vulgo se descuesta,
Hollando sobre el oro firme, aspira
A lo alto de la cuesta,

(1) En aquella oda hay alusiones a las funciones de Portocarrero, gobernador de Galicia. — Es imitación del himno a la Virtud de Aristóteles, publicada en 1570. La oda es, pues, de 1570-1572.

Ni violencia de ira
Ni blando y dulce engaño le retira.
Ni mueve más ligera,
Ni más igual divide por derecha
El aire y fiel carrera,
O la traciana flecha
O la bola tudesca, un fuego hecha.
En pueblo inculto y duro
Induce poderoso igual costumbre,
Y do se muestra escuro
El cielo enciende lumbre,
Valiente á ilustrar más alta cumbre.
Dichosos los que baña
El Miño, los que el mar monstruoso cierra
Dende la fiel montaña
Hasta el fin de la tierra,
Los que desprecia de Ume la alta sierra.

A FELIPE RUIZ, DE LA AVARICIA

En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un ánimo sereno.
No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara
Esmeralda provecho,
Que más tuerce la cara
Cuanto posee más el alma avara.
Al capitán romano
La vida, y no la sed, quitó el bebido
Tesoro persiano,
Y Tántalo metido
En medio de las aguas afligido.
De esta sed, y más dura,
La suerte es del mezquino que sin tasa
Se cansa así, y endura
El oro y la mar pasa

Osado, y no osa abrir la mano escasa.
¿ Qué vale no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño,
Si estrecha el ñudo dado,
Si más enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre al dueño ?

CONTRA UN JUEZ AVARO

Aunque en ricos montones
Levantes el cautivo inútil oro,
Y aunque tus posesiones
Mejores con ajeno daño y lloro,
Y aunque cruel tirano
Oprimas la verdad, y tu avaricia,
Vestida en nombre vano,
Convierta en compra y venta la justicia.
Aunque engañes los ojos
Del mundo, á quien adoras, no por tanto,
No nacerán abrojos
Agudos en tu alma, ni el espanto
No velará en tu lecho,
Ni escucharás la cuita y agonía,
El último despecho,
Ni la esperanza buena en compañía
Del gozo tus umbrales
Penetrará jamás, ni la Meguera
Con llamas infernales,
Con serpentino azote la alta y fiera
Y diestra mano armada,
Saldrá de tu aposento sola una hora ;
Y ni tendrás clavada
La rueda, aunque más puedas, voladora
Del tiempo hambriento y crudo,
Que viene, con la muerte conjurado,
A dejarte desnudo
Del oro y cuanto tienes más amado ;
Y quedarás sumido
En males no finibles y en olvido.

A ELISA

Elisa, ya elpreciado
Cabello que del oro escarnio hacia,
La nieve ha variado.
¡ Ay ! ¿ Yo no te decia:
« Recoge, Elisa, el pié, que vuela el dia » ?
Ya ios que prometian
Durar en tu servicio eternamente,
Ingratos se desvian,
Por no mirar la frente
Con rugas, y afeado el negro diente.
¿ Qué tienes del pasado
Tiempo sino dolor ? ¿ Cuál es el fruto
Que tu labor te ha dado,
Sino es tristeza y luto,
Y el alma hecha sierva á vicio bruto ?
¿ Qué fé te guarda el vano
Por quien tú no guardaste la debida
A tu bien soberano ;
Por quien mal proveida,
Perdiste de tu seno la querida
Prenda ; por quien velaste ;
Por quien ardiste en celo ; por quien uno
El cielo fatigaste
Con gemido importuno ;
Por quien nunca tuviste acuerdo alguno
De tí mesma ? Y agora,
Rico de tus despojos, más ligero
Que el ave huye, y adora
A Lida el lisonjero ;
Tú quedas entregada al dolor fiero.
¡ Oh cuánto mejor fuera
El dón de hermosura que del cielo
Te vino, á cuyo era
Habello dado en velo
Santo, guardado bien del polvo y suelo !
Mas hora no hay tardía,
Tanto nos es el cielo piadoso,

Mientras que dura el día ;
El pecho hervoroso
En breve del dolor saca reposo.
Que la gentil señora
De Magdalo, bien que perdidamente
Dañada, en breve hora
Con el amor ferviente
Las llamas apagó del fuego ardiente ;
Las llamas del malvado
Amor con otro amor más encendido,
Y consiguió el estado
Que no fué concedido
Al huésped arrogante en bien fingido.
De amor guiada y pena,
Penetra el techo extraño, y atrevida,
Ofrécese á la ajena
Presencia, y sábia olvida
El ojo mofador, buscó la vida.
Y toda derrocada
A los divinos piés que la traian,
Lo que la en sí fiada
Gente olvidado habian,
Sus manos, boca y ojos lo hacian.
Lavaba, larga en lloro,
Al que su torpe mal lavando estaba ;
Limpiaba con el oro
Que la cabeza ornaba
A su limpieza, y paz á su paz daba.
Decia : « Solo amparo
De la miseria, extrema medicina
De mi salud, reparo
De tanto mal, incilna
A aqueste cieno tu piedad divina.
» ¡ Ay ! ¿ qué podrá ofrecerte
Quien todo lo perdió ? aquestas manos,
Osadas de ofenderte,
Aquestos ojos vanos
Te ofrezco, y estos labios tan profanos.
» La que sudó en tu ofensa
Trabaje en tu servicio, y de mis males

Proceda mi defensa ;
Mis ojos dos mortales
Fraguas, dos fuentes sean manantiales.
» Bañen tus piés mis ojos,
Límpienlos mis cabellos, dé tormento
Mi boca, y red de enojos
Les dé besos sin cuento,
Y lo que me condena te presento.
» Preséntote un sujeto
Tan mortalmente herido, cual conviene
Do un médico perfecto
De cuanto saber tiene
Dé muestra, que por siglos mil resuene.»

LAS SIRENAS, A CHERINTO (1)

No te engañe el dorado
Vaso, ni de la puesta al bebedero
Sabrosa miel cebado (2),
Dentro al pecho ligero,
Cherinto, no traspases el postrero.
Asensio, ten dudosa,
La mano liberal ; que esa azucena,
Esa purpúrea rosa,
Que el sentido enajena,
Tocada, pasa el alma y la envenena.
Retira el pié, que asconde
Sierpe mortal el prado, aunque florido
Los ojos roba ; adonde
Aplace más, metido
El peligroso lazo está y tendido.
Pasó tu primavera,
Ya la madura edad te pide el fruto
De gloria verdadera.

(1) Seudónimo de algún amigo de fray Luis, usado sin duda en alguna Academia literaria.

(2) Ejemplo de las negligencias de algunos versos no corregidos por el autor y muy difícil de entender.

¡ Ay ! pon del cieno bruto
Los pasos en lugar firme y enjuto,
 Antes que la engañosa
Circe, del corazón apoderada,
Con copa ponzoñosa
El alma trasformada,
Te junte, nueva fiera, á su manada.
 No es dado al que allí asienta,
Si ya el cielo dichoso no le mira,
Huir la torpe afrenta ;
O arde oso en ira,
O hecho jabalí, gime y suspira.
 No fies en viveza,
Atiende al sabio rey Solimitano ;
No vale fortaleza,
Que al vencedor Gazano
Condujo á triste fin femenil mano.
 Junta al alto griego,
Que sábio no aplicó la noble antena
Al enemigo ruego
De la blanda Sirena,
Por do por siglos mil su fama suena.
 Decia conmoviendo
El aire en dulce són : « La vela inclina
Que del viento huyendo,
Por los aires camina
Ulíses, de los griegos luz divina.
 » Allega y da reposo
Al inmortal cuidado, y entre tanto
Conocerás curioso
Mil historias que canto,
Que todo navegante hace otro tanto ;
 » Que todo lo sabemos ;
Cuanto contiene el suelo, y la reñida
Guerra te cantarémos
De Troya y su caída,
Por Grecia y por los dioses destruida »
 Ansí falsa cantaba
Ardiendo en crueldad ; mas el prudente
A la voz atajaba

El camino en su gente
Con la aplicada cera suavemente.
Si á tí se presentáre,
Los ojos, sabio, cierra, firme atapa
La oreja si llamáre ;
Si prendiere la capa,
Huye, que sólo aquel que huye escapa.

IV. POESÍAS AMOROSAS ⁽¹⁾

(Imitaciones de diversos)

A UNA SEÑORA QUE DESPRECIA EL AMOR

Vuestra tirana exencion
Y ese vuestro cuello erguido,
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquiva y exenta,
Que a mi cuenta
Vos serviréis al amor
Cuando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recogieren ya su lumbre ;
Cuando la ruga enojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo, que vuela, helare
Esa fresca y linda rosa ;

Cuando os viéredes perdida,
Os perderéis por querer,
Sentiréis qué es padecer,
Querer y no ser querida ;
Diréis con dolor, Señora,
Cada hora :

« Quién tuviera, ¡ ay, sin ventura !
O ahora aquella hermosura,
O antes el amor de ahora. »

A mil gentes que agraviadas
Tenéis con vuestra porfia

(1) Ver págs. 37, 40, 62 y 63.

Dejaréis en aquel día
Alegres y bien vengadas ;
Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no sigue su bando.
¡ Ay ! Por Dios, señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella.
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que a amor no esté sujeta.
El amor gobierna el cielo
Con ley dulce eternamente,
Y ¿ pensáis vos ser valiente
Contra él ? Acá en el suelo
Da movimiento y viveza
A belleza
El amor, y es dulce vida,
Y la suerte más valida
Sin él es pobre tristeza.
¿ Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Los montones de tesoro ?
Y ¿ qué vale, si a derecho
Os da pecho
El mundo todo y adora;
Si a la fin dormis, señora,
En el solo frio lecho ?

SONETOS

Amor casi de un vuelo me ha encumbrado
Adonde no llegó ni el pensamiento,
Mas toda esta grandeza de contento

Me turba y entristece este cuidado :
Que temo que no venga derrocado
Al suelo por faltarle fundamento ;
Que lo que en breve sube en alto asiento,
Suele desfallecer apresurado.

Mas luégo me consuela y asegura
El ver que soy, señora ilustre, obra
De vuestra sola gracia, y que en vos fio.

Porque conservaréis vuestra hechura,
Mis faltas supliréis con vuestra sobra
Y vuestro bien hará durable el mio.

Alargo enfermo el paso, y vuelvo, cuanto
Alargo el paso, atras el pensamiento.
No vuelvo, que ántes siempre miro atento
La causa de mi gozo y de mi llanto.

Allí estoy firme y quedo ; mas en tanto,
Llevado del contrario movimiento
(Cual hace el extendido en el tormento),
Padezco fiero mal, fiero quebranto.

En partes, pues, diversas dividida
El alma, por huir tan cruda pena
Desea dar ya al suelo estos despojos.

Gime, suspira y llora dividida,
Y en medio del llorar sólo esto suena :
¿ Cuándo volveré, Nise, á ver tus ojos ?

Agora con la aurora se levanta
Mi luz, agora coge en rico ñudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora vuelta al cielo pura y santa,
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo,
Agora incomparable tañe y canta.

Ansí digo, y del dulce error llevado,

Presente ante mis ojos la imagino,
Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luégo vuelve en sí el engañado
Animo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

—
¡ Oh cortesía, oh dulce acogimiento,
Oh celestial saber, oh gracia pura,
Oh de valor dotado y de dulzura,
Pecho real, honesto pensamiento !
¡ Oh luces, del amor querido asiento,
Oh boca donde vive la hermosura,
Oh habla suavísima, oh figura
Angélica, oh mano, oh sábio acento !
Quien tiene en sólo vos atesorado
Su gozo y vida alegre da y su consuelo,
Su vienaventura y rica suerte,
Cuando de vos se viere desterrado,
¡ Ay ! ¿ qué le quedará sino es recelo,
Y noche y amargor y llanto y muerte ?

—
Después que no descubren su lucero
Mis ojos lagrimosos noche y día,
Llevado del error, sin vela y guía,
Navego por un mar amargo y fiero.
El deseo, la ausencia, el carnicero
Recelo, y de la ciega fantasía
Las olas muy furiosas á porfía
Me llegan al peligro postrimero.
Aquí una voz me dice cobre aliento,
Señora, con la fé que me habeis dado,
Y en mil y mil maneras repetido ;
Mas ¿ cuánto desto allá llevado ha el viento ?
Respondo, y á las olas entregado,
El puerto desespero, el hondo pido.

V. PARAFRASES DE ALGUNAS POESÍAS SAGRADAS

DEL SALMO *MISERERE*

1. Dulcísimo Dios mio,
Cuya clemencia inmensa
Jamás faltó al que á Tí se ha convertido,
Pues sólo á Tí confío,
Perdona la ofensa
Que contra Tí, mío Dios, he cometido,
Y así como ella ha sido
Muy grande, y cometida
Contra divina esencia,
Así sea la clemencia
También, Señor, muy grande y cumplida,
Porque sea perdonado
Con gran misericordia un gran pecado.

2. Y pues que siendo una
Tu clemencia divina,
Las obras dellas son innumerables,
No me niegues ninguna,
Pues varia medicina
Requieren tantas llagas incurables :
Y aquellos exorables
Ojos tuyos piadosos
Que están acostumbrados
A perdonar pecados,
Los vuelve á mí, Señor, más amorosos
Borrando mis delitos
Del libro del rigor de tus escritos.

3. Lave mi culpa grave
Con agua de tu gracia,
Una y otra vez, mi Dios eterno,
Porque con tan suave
Remedio y eficacia
Me libras de las penas del infierno,
Y el fuego sempiterno
En que arde quien te ofende
En el profundo abismo;
Aparta de mí mismo
Y en tu divino amor, Señor, me enciende,
Pues es muy más cumplida
Tu gracia que la culpa más crecida.

4. Si yo, Señor, negase
Mi culpa en tu presencia
Queriéndome librar, y excusar della,
Sería justo faltase
A mí tu gran clemencia,
Pues no podré negando merecella.
Mas yo que en conocella
Jamás me vis obstinado,
Antes siempre delante
Tengo en un cualquier instante
Mi culpa descubierta y mi pecado,
Es visto que merezca
Que tu piedad de mí se compadezca.

DEL SALMO *SUPER FLUMINA*

1. Estando en las riberas
De los rios crecidos,
Que á Babilonia ciñen, asentados,
Memorias lastimeras
De los bienes perdidos
Traían los sentidos tan turbados,
Que los gozos trocados
En dolorosos llantos

Ajenos de contentos,
Todos los instrumentos
De música acordada, y dulces cantos
De los salces más altos
Colgamos, de consuelo y gozo faltos.

2. Y en medio estas tristezas
Y destierro prolijo
Ved que alivio los bárbaros nos daban :
Movían las cabezas
Con fiesta y regocijo,
Nuestras bravas miserias ultrajaban,
Himnos nos preguntaban
De los que en otro tiempo
Cantábamos en Sión,
Y que nostra pasión
La echásemos en burla y pasatiempo,
Y los que nos tenían
Presos, con esto más nos afligian.

3. Nosotros la respuesta
Que á petición tan dura
Dábamos, era hablarles sollozando :
¡ Oh gente descompuesta
Sin rastro de blandura !
Como queréis que estando así llorando
De Sión nos acordando,
Tristes y pensativos,
De nostra tierra ausentes,
Y en la ajena dolientes,
Cantemos siendo presos y cautivos
Los himnos que cantábamos,
Cuando en Jerusalem de paz estábamos.

4. Jerusalem, mi gloria,
Mi gloria y alegría,
De verdadera paz principio y fuente,
Si jamás tu memoria
Cayere de la mia,
Si te olvidare un punto solamente,
Si estuvieres ausente
De mi alma un momento,
Si una o mil pasiones,

Si fieros escuadrones
Apartaron de mí tu pensamiento,
Mi diestra helada y queda
Se torna, que tocar la harpa no pueda.

5. Plegue á Dios, patria mia,
Que si yo me olvidare
De ti, del templo y casas torreadas,
Que en la garganta fria
Las voces que formare
Dentro se queden de mi boca heladas
Y al paladar pegadas ;
Y si jamás hubiere
De placer un instante
Sin ponerte delante
En cualquier fiesta y gozo que sintiere,
Mil horas de tormento
Pague por sola una de contento.

6. No os olvidéis, Señor,
De dar su merecido
A los hijos de Edóm, en aquel dia,
Cuando tras el dolor
Fuere restituido
Vuestro pueblo á la gloria y ufanía,
De que gozar solía ;
Y aquellos fementidos
Que nuestras cuitas riendo
Decían con grande estruendo,
A ellos, á ellos, mueran destruidos
Hasta los fundamentos :
Señor, vengad sus burlas con tormentos.

7. Ciudad brava y terrible,
Babilónico Imperio,
Desdichado de ti, y aquel dichoso
Que con pecho invencible
Rompido el cautiverio
Librare á Israel pueblo glorioso,
Y con brazo furioso
Hiciere en ti el estrago,
Que tú en Sión hiciste
Cuando la destruiste ;

Dichoso el que te diere el justo pago,
Que aun tus recién nacidos
En duras piedras mueran sacudidos.

CAPÍTULO VII DE JOB

La vida humana es peligrosa guerra,
Un combate sangriento en estacada,
Que no hay paz, ni la esperen en la tierra.

Toda la vida es dura y afanada
Como la de un cansado jornalero,
Que no deja de sol á sol la azada.

Cual el que ya sin huelgo al resistero
Del sol mas alto está segando, espera
La sombra, que mitigue el ardor fiero :

Cual rústico peon que desespera
Con la fatiga larga de un destajo,
Muere por ver atada la haz postrera :

Tal yo, que por demás ha que trabajo
Meses enteros sin algun provecho,
He contado mil noches de trabajo.

Cuando voy á entregar mi triste pecho
En los brazos del sueño regalados,
Voy ya con ansia de dejar el lecho.

Y aun apenas he visto los dorados
Cabellos de la aurora, y ya suspiro
Por ver cubierto el sol tras los collados.

Ni con este esperar vario respiro,
Ni engaño este dolor, que consumido
Me tiene hasta la noche donde aspiro.

Porque asquerosa cosa es el vestido,
Con que cubro la carne regalada,
Y suciedad del polvo podrecido.

Del liso cuero está la tez trocada,
Que con muy hondos surcos le han arado,
Seca ya su frescura y agostada.

Con mayor ligereza se han pasado
Mis dias, que cortara de una tela
El tejedor el hilo delicado.

Mas en el tiempo que cual ave vuela
Nunca yo osé poner mi confianza,
Y así no me consuela ó desconsuela.

Y atended vos, Señor, y habed **membranza**
Que mi vida es un soplo de este viento ;
No ensañeis contra mí vuestra venganza.

Cerráranse mis ojos al momento,
Y apagada una vez aquesta lumbre,
No se abrirán al temporal contento.

Y no me mirará de la alta cumbre
La vista del Cordero Soberano
Con el acostumbrada **mansedumbre**.

Antes como leon fiero africano
Pondrás en mí tu vista penetrante,
Y no resistirá mi flaca **mano**.

Como la oscura nube en un instante
(Si con su rayo el claro sol la hiere)
Se desvanece y huye de delante,

Así el que á los infiernos descendiere
No subirá otra vez á ver el cielo,
Mientras que nuestro Dios, Dios nuestro fuere.

Que en el negro lugar del desconsuelo
El que pone una vez el pié cuitado,
No volverá jamas al patrio suelo.

Y el solar do nació y do fué criado
Le desconocerá y pondrá en olvido,
Como al que nunca ha visto ni tratado.

Y en estos desengaños he aprendido
A no cerrar jamás mi triste boca,
Pregonando quien soy, y quien he sido.

Y entonces el quejarme mas me toca,
Cuando mas la congoja me apretare,
Que llorada la pena se hace poca.

Y cuando alguna vez me retirare
Dentro en mi pecho, pena y amargura
Será cuanto en mi alma conversare.

¿ Soy yo el insano mar por aventura,
O ballena sin freno monstruosa
Que me encierras en cárcel tan oscura ?

Que si espero la noche tenebrosa
En las mullidas plumas consolarme
Con olvido de toda humana cosa :

O conmigo á lo menos aliviarme,
Dando y tomando cosas en mi lecho,
Y á solas responderme y preguntarme :

Has llegado á ponerme en tal estrecho,
Que si duermo con sombras engañosas
Traspasas de pavor helado el pecho.

Si velo, de visiones espantosas
Un millon á mis ojos se presenta,
Que hacen tremer las carnes temerosas.

Y así por no me ver en esta afrenta,
Escoge el alma un lazo para el cuello,
Y á mis huesos la muerte les contenta.

Ya cuelga la esperanza de un cabello,
En que vivir cansado se sostiene,
Y aun este estoy á punto de rompello.

Perdóname, Señor, que el alma tiene
En lo eterno la mira, y aborrece
Los días en que poco va ni viene.

¿ Qué valor tiene el hombre que merece
Que ponga en él los ojos y el cuidado
Tu majestad, y tanto lo engrandece ?

Apenas por las nubes ha asomado
La bella aurora acompañando el día,
Cuando el hombre te tiene ya á su lado.

¡ Mas ay ! ¡ cuan poco dura el alegría,
Que con la misma ó con mayor presteza
Le desampara al punto y se desvia !

¿ Hasta cuando, Señor, á mi flaqueza
Suspendes el perdon, y no consientes
Que trague mi saliva con dureza ?

¿ Yo te he ofendido ?, ¡ ó guarda de las gentes !
¿ Cómo podré hacer en mí castigo
Con que te satisfagas y contentes ?

¿ Porqué por tu contrario y enemigo
Me declaras, y á mí me soy pesado,
Y lo mismo que quiero contradigo ?

¿ Y porqué no me pones en estado,
Adonde de ofenderte esté seguro,
Y rematada cuenta en lo pasado ?

Mira que presto dormiré el oscuro
Y postrer sueño en polvo convertido ;
Si mañana me buscas te aseguro
Que ya me habré de ti desaparecido.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
FRAY LUIS DE LEÓN. — I. EL HOMBRE	1-7
El medio de su niñez	7-14
Los grandes acontecimientos de su vida desde su entrada en los Agustinos hasta su muerte.....	14-20
II. EL POETA	21
El ambiente literario.....	21-43
El alma de Fray Luis de León en sus versos originales.....	43-65
III. EL ARTISTA	65-90

LAS POESÍAS ORIGINALES DE FRAY LUIS DE LEÓN

Ediciones de las poesías de Fray Luis de León	91
Prólogo a las poesías de Fray Luis de León	93
Poesías propiamente líricas	97-121
Poesías Pindáricas.....	121-138
Poesías Didácticas.....	139-158

NIHIL OBSTAT

**EL CENSOR,
MANUEL MESTRES, PBRO.**

Barcelona, 1.º de Mayo de 1924

IMPRÍMASE

**EL VICARIO GENERAL
JUAN FLAQUER**

**Por mandado de Su Sría.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
SCRIO. CANC.**

A.S. 3

ABATE A. LUGAN *

EL GRAN POETA DEL SIGLO
DE ORO ESPAÑOL
FRAY LUIS DE LEÓN

EL HOMBRE
EL POETA

*Su formación
Su alma
Su arte
Sus versos originales*



INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS
EN LOS ESTADOS UNIDOS

317 c 41

OBRAS DEL ABATE A. LUGAN

CASA BLOUD ET GAY, PARIS

Catholicisme d'Action : Sermons et Conférences pour l'année liturgique.	Fr. 6
Méditation sur la Guerre (agotada).	Fr. 3
La Pensée et l'Œuvre d'un Grand Seigneur russe.	Fr. 1
L'Action française et l'idée chrétienne. 3. ^e édit.	Fr. 3
La Morale de l'Action Française.	Fr. 1'50

CASA BOSSARD, PARIS

Les Problèmes internationaux et le Congrès de la Paix. — Vue d'ensemble.	Fr. 3'90
---	----------

EDICIONES « SPES ». 17 Rue Soufflot, PARIS

Balmes sociologue.	Fr. 5
L'Egoïsme Humain (ouvrage couronné par l'Académie des Sciences morales et politiques).	Fr. 5
Un précurseur du Bolchévisme : Francisco Ferrer. Etude critique.	Fr. 2'50
Hier et Demain. — Un programme de concorde nationale. — À propos de l'attitude de la <i>Dépêche</i> de Toulouse.	Fr. 1'25

L'Enseignement social de Jésus.

I. **Les Grandes directives sociales.** (L'Évangile contient-il une doctrine sociale? — Jésus et l'Individu. — Jésus et la Famille. — Jésus et la Société). — 4^e Edition *refondue et augmentée.* Fr. 6

II. **L'Évangile et la Liberté et l'Égalité et la Fraternité.**

III. **La Grande Loi sociale de l'amour des Hommes.** (Jésus et la Loi d'amour. — Jésus et les degrés dans l'Amour — Jésus et ses Parents — Jésus et ses Amis — Jésus et sa Patrie — Jésus et l'Humanité — Jésus et l'Amour des ennemis — Jésus et la pratique de la loi d'Amour.) Fr. 5

IV et V. **L'Évangile et la Loi de la Justice** Fr. 5

VI. **La Loi Sociale du Travail.** (Jésus travailleur — Jésus et les Travailleurs — Jésus et la Doctrine du Travail.) Fr. 5

VII. **L'Évangile et les Biens de ce monde** (sous presse)





INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS

EN LOS ESTADOS UNIDOS

522, FIFTH AVENUE, NEW YORK, N. Y.

PUBLICACIONES

Lawrence A. Wilkins. — <i>La enseñanza de lenguas modernas en los Estados Unidos.</i>	Rústica, \$ 1'25
Nicholson B. Adams. — <i>The Romantic Dramas of García Gutiérrez.</i>	» \$ 1'00
Henry A. Holmes. — <i>Martín Fierro. An Epic of the Argentine</i>	» \$ 1'00
Frank Callcott. — <i>The Supernatural in Early Spanish Literature.</i>	» \$ 1'00
Federico de Onís. — <i>Jacinto Benavente.</i>	» \$ 0'50
A. Lugan. — <i>Fray Luis de León</i>	» \$ 1'00
Gabriela Mistral. — <i>Desolación. Poemas</i> Rústica, \$ 1'50. Tela, \$ 2'25	
Julio Mercado. — <i>Del Camino. Poesías.</i>	Rústica, \$ 1'00
Joaquín Ortega. — <i>Lo que se puede aprender en España.</i>	» \$ 0'15
M. Romera Navarro y J. Mercado. — <i>Cervantes. Cartilla escolar.</i>	» \$ 0'05
Samuel A. Wofsy. — <i>Nuestro futuro diputado. (Farsa en 3 actos).</i>	» \$ 0'50

EN PRENSA :

Arturo Torres Rioseco. — *Poesías*

Todas las personas interesadas en la cultura hispánica en los Estados Unidos y en el extranjero, pueden ser socios del Instituto mediante el pago de una cuota anual de \$ 5'00. Los socios reciben gratuitamente las publicaciones del año por el cual hayan pagado su cuota. Pueden también adquirir las publicaciones anteriores que deseen con un descuento de 25 por 100.

Para la inscripción de socios y venta de las publicaciones en los Estados Unidos, diríjense al *Secretario General* del INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS, 522, Fifth Avenue, New York, N. Y.

Concesionaria exclusiva para la venta en Europa e Hispano-América:
Librería de "LA LECTURA", Paseo de Recoletos, 25, Madrid, España.





